SILVIO VILLEGAS

No hay enemigos a la derecha

(Materiales para una teoría nacionalista)

Casa Editorial y Talleres Gráficos
ARTURO ZAPATA
Manizales — Colombia

Compre, lea y regale libros nacionales; escritos, editados o traducidos en Colombia.

DERECHOS RESERVADOS

OBRAS DEL MISMO AUTOR:

Ejercicios Espirituales. — 1929. — Publicaciones de la revista "Universidad". — Bogotá.

El Imperialismo Económico. — 1931 — Tipografía "Cervantes". — Bogotá.

De Ginebra a Río de Janeiro. 1935. — Editorial "Santa Fé". Bogotá.

INDICE

		Pág
I	-Un método y una doctrina	7
II	-Los maestros	13
III	-La Acción Francesa y el Vaticano	59
IV	-Los Leopardos	73
V	-Democracia, República y Cesarismo	87
VI	-El Parlamento	115
VII	-El Nacionalismo económico	133
VIII	-Centralismo y autonomismo	147
IX	-La defensa del espíritu	163
X	-La reforma social	183
XI	-Una táctica	205
XII	-Tres manifiestos y un artículo	227

Un método y una doctrina

"En recuerdo de una bella sonrisa" titulaba Carlos Maurrás un breve y penetrante comentario a la derrota de las derechas españolas en las elecciones de 1.936. En apariencia nada les faltó a los grupos tradicionalistas de la península para alcanzar una victoria definitiva. Una generosa campaña, un orden inteligente y mesurado de todas las fuerzas católicas, añadieron al espíritu tradicional de una fiera nación los más nobles y los más justos impulsos de una varonil esperanza. Tenían, además, un jefe joven y enérgico. Sin embargo, les faltaron dos cosas esenciales, agrega Maurrás: UN METODO Y UNA DOCTRINA.

Antes de emprender una acción política eficaz y restauradora es preciso organizar una doctrina y adoptar una táctica. Obrar sin método es exponerse a una serie indefinida de fracasos; nada es tan inútil y peligroso como una acción política sin objetivos definidos. Este libro es un examen de conciencia, un esfuerzo por sistematizar una teoría nacionalista para Colombia, en el presente momento histórico.

Todo problema práctico está gobernado por principios abstraídos de su propia finalidad. Lo que empequeñece la vida política de las naciones es el descrédito de las preocupaciones doctrinarias. Es necesario saber por qué se obra y para qué se obra. El hombre moderno es un sér pasional, descontento, dividido e incierto. Co-

mo lo expresaba Eduardo Benés en la Academia de Ciencias Morales y Políticas de Francia, "la guerra ha reforzado este estado de espíritu y sobre todo la opinión según la cual todo se muda, todo cambia, no hay nada sólido, durable, ni definitivo. El relativismo ha triunfado; toda especie de absoluto ha desaparecido". En el mundo moderno se libra una batalla decisiva entre la pasión, el instinto y el misticismo colectivo con la razón y la inteligencia. Pero este conflicto tradicional entre lo clásiso y lo romántico en política, debe terminar por darle paso a una síntesis entre el corazón y la razón.

La crisis de la civilización maquinizada ha comprobado nuevamente la primacía del espíritu, la premurosa exigencia de utilizar el pensamiento para construír el porvenir. Toda civilización se forma por la conciencia nítida de sus orientaciones doctrinarias y decae cuando estas se abandonan.

Italia ha pasado en tres lustros de una vida desarreglada, bohemia, y viciosa, a la posición primordial de una nación "en forma", porque su jefe supo infundirle un espíritu creador, moldeando su historia en los eternos principios animadores de su grandeza.

En este libro hay innumerables verdades repetidas a lo largo de quince años continuos de acción política. Esta es la mejor fianza de sinceridad que puedo ofrecerle a la juventud de Colombia, en la cual he pensado al escribir cada una de sus líneas. El desenvolvimiento de mis ideas se ha verificado en espiral, rectificando muchas veces, pero con una preocupación ascendente.

XI

No he tratado de fijar los perfiles de una república ideal, sino de pulir y perfeccionar la que tenemos. "Los que se sientan satisfechos no tienen para qué abrir este libro que someto a todos los colombianos descontentos" Es muy grato pensar en una república mejor, en la propia medida en que vemos desvanecerse, como un fugitivo sueño, la que nos legaron nuestros padres. Lo único que puede confortarnos en la adversidad, y darnos una norma de justicia para la victoria, es la convicción profunda de la verdad de una doctrina. Sólo así es posible la adaptación sin oportunismo a las realidades políticas.

Los maestros

EN LA CULTURA DE OCCIDENTE.

Este libro pudiera llamarse también la confesión de un hijo de su siglo. Nuestra generación se formó en una época de anarquía intelectual. Después de un prolongado período de conciliación y tolerancia, realizado por la generación de lo relativo, nada más difícil que llegar en este medio a convicciones fuertes, tranquilizadoras y saludables.

De los doce a los diez y ocho años leí con el mayor desorden lo que entonces era posible leer, en una ciudad de provincia, contrita y patriarcal. Los clásicos en primer término: Homero, Hesíodo, Teócrito, Cicerón, Aristóteles, Platón, Plutarco, Dante, Shakespeare, Cervantes. Mi intención iba de preferencia hacia los llamados libros prohibidos, que repasaba con morosa deleitación: Renán, Nietzsche, Spencer, Ibarreta, Marx, Nordeau, Heckel, Darwin. Entre mis papeles de esa época tengo todavía una síntesis del admirable resumen que hizo Deville de EL CAPITAL de Marx. La juventud es crítica por excelencia; se forma casi siempre por reacción contra sus maestros. La Biblia, Los Santos Padres, Santo Tomás de Aquino, Jacques Maritain, Charles Maurrás, expulsados de la enseñanza oficial, serán pronto las lecturas predilectas de la juventud universitaria. No se puede aprisionar las

almas. El espíritu recorre itinerarios misteriosos. El mayor movimiento individualista de todos los tiempos saldrá seguramente de las entrañas mismas del comunismo ruso.

Mi formación espiritual está estrictamente ligada a la de Eliseo Arango, quien participaba de las mismas lecturas y de las mismas inquietudes. Hasta los veinte años no nos preocuparon sino las ideas puras. La tendencia natural de mi espíritu era hacia la anarquía; la de Eliseo Arango hacia el orden. Su severa dialéctica ha sido para mí el camino de oportunas y seguras rectificaciones. Eliseo Arango es un grande hombre exclusivamente para sus amigos. Toda su obra la ha confiado, como los verdaderos maestros, a la inteligencia fluída de los hombres. Analizando, discutiendo, estudiando, nunca aceptamos una verdad que no estuviera controlada por la experiencia o por la crítica.

Con Mauricio Barrés puedo escribir que antes que armado de una doctrina entré en el mundo de la literatura y de la política con emociones violentas, habiendo leído a Stendhal, a Renán, a Nietzsche y muy comprensivo de la naturaleza. "Mi vida ha ido desarrollándose armoniosamente, de acuerdo con las leyes del universo. Iba directamente hacia la verdad como una flecha dirigida al blanco. El pájaro primero aletea y se orienta; los árboles, para desarrollarse, escalonan sus ramas; todo pensamiento procede por etapas. Mi pensamiento era y es posible que aún lo sea un poco, algo palpitante, la forma de mi alma. ¿Cuál es mi obra? Mi propia persona

encarcelada. Mis errores permanecen siempre fecundos en la raíz de todas mis verdades".

La vida obedece a una lógica orgánica, cuyos resortes se hunden en el pasado. Nuestro destino lo modifican fatalmente sucesos inesperados. Nuestra generación excesivamente literaria y un poco frívola se ha encontrado ante turbadores sucesos humanos, ante las mayores tragedias de la historia —la gran guerra, la crisis mundial, la amenaza imperialista, las catástrofes políticas de los últimos quince años,— y ésto ha variado esencialmente nuestra misión humana. El deber es el grito sagrado de nuestro corazón. La zozobra de nuestro tiempo no podrá ser remediada sino afirmándonos en las puras fuentes del espíritu. Sólo un profundo sentido moral, el estoico desinterés, una inquieta voluntad de perfección, prenderán la lumbre de los nuevos amaneceres.

La primera influencia decisiva en la formación política de Eliseo Arango y en la mía fué la de Federico Nietzsche. ASI HABLABA ZARATUSTRA llegó a ser para nosotros la Biblia del porvenir. Allí aprendimos que la democracia igualitaria es enemiga de toda superioridad; que una minoría selecta conduce la trabajosa marcha del mundo; que el socialismo es el regreso a la barbarie. Este sártama anarquista, ingenioso y bárbaro nos enseñó a dudar de las soluciones del tumulto. Cada uno de los signos máginos de ZARATUSTRA era una invitación a volar sobre las más altas cimas, un exigente deseo de perfeccionamiento, un estímulo permanente a la voluntad de dominio. El pensamiento contra-

rrevolucionario de nuestra época se nutre en gran parte de las ideas de Federico Nietzsche. Alemania, que produjo el veneno revolucionario, es decir, EL CAPITAL de Marx, le ha dado al mundo el antídoto.

Era una influencia para rectificar pero una influencia. En el fondo Nietzsche es un latino. Su pasión dominante fue la Grecia clásica, la de Esquilo, la de Aristófanes, la de Tucídides, la de Sófocles. Con ligero corazón hubiera condenado a Sócrates a beber la cicuta, porque predicaba el predominio de una moral severa sobre las fuerzas que exaltan y magnifican la vida. Esta es ya nuestra primera divergencia capital. Por otra parte toda su obra es una lucha perpetua contra lo que juzgamos hoy fundamental para toda organización política: el triunfo de la razón.

Sin embargo, en una época igualitaria y materialista, donde no hay más normas que la voluntad destructora de las masas, este filósofo duro y ardiente, es una influencia provechosa, un bastión de la cultura amenazada.

Mi primera formación mental fue casi principalmente francesa. Me seducía esta fórmula: hay que pensar en francés y escribir en castellano. En Renán, en Remy de Gourmout, en France, aprendí a dudar de la mitología democrática y revolucionaria.

Una de las lecturas más provechosas de mi juventud fue la de Hipólito Taine. Pocos libros tan convincentes, desde el punto de vista contrarrevolucionario, como LOS ORIGENES DE LA FRANCIA CONTEMPORANEA. El Contrato Social y la Declaración de los Derechos del Hom-

bre, los mitos esenciales de la democracia liberal, que según la acertada expresión de Barrés, nutrieron en los primeros tres cuartos del siglo XIX la mayoría de los pensamientos, y en el último cuarto, la mayoría de los estómagos, le inspiraban un profundo desdén al historiador positivista. A los golpes certeros de su crítica desaparece la fastuosa aureola de la Revolución Francesa. La Historia de Francia se confunde con la historia de la Iglesia Católica; la gran nación latina se forma en torno de las abadías laboriosas; la filosofía cristiana desciende a las masas contra el absolutismo de los monarcas. La cultura se salva en las Iglesias y en los Conventos. Su esfuerzo diligente impide que Europa caiga en la anarquía mongólica. El bárbaro rapaz y perezoso aprende del clero el hábito y el amor al trabajo.

Los quimeristas del siglo XVIII quisieron hacer del hombre un sér abstracto, sin vínculos con el pasado ni con el presente, "un carnicero solitario". Desconociendo la naturaleza humana, trataron de construir una sociedad ideal. El mundo empezaba con el calendario republicano, haciendo tabla rasa del pasado. "Hay leyes en el mundo moral, escribía Taine, como en el mundo físico, que podemos desconocer, pero que no podemos eludir". A la anarquía espontánea sucedió la afirmación del orden; al desborde del tumulto, el absolutismo del primer Cónsul.

En su juventud Taine le escribía a Prevosto-Paradol: "Es preciso esperar, trabajar, escribir. Como decía Sócrates, sólo nosotros nos ocupamos de la verdadera po-

lítica, es decir, de la política considerada como una ciencia". No es posible organizar una sociedad sino sobre las bases de la experiencia. Maurrás, Mauricio Barrés, Jules Lemaitre, Paul Bourget, se califican a sí mismo como sus discípulos y citan su nombre con veneración.

Los grandes escritores positivistas del siglo XIX partieron de un principio diametralmente contrario a la Iglesia Católica: la negación de todo orden sobrenatural. Pero a medida que progresaron en conocimientos y avanzaron en sabiduría terminaron por reconocer los beneficios sociales y morales del catolicismo. Tal fue el caso de Augusto Comte que terminó por solicitar una alianza con los jesuítas, alianza que la Iglesia no podía aceptar, para oponerse a los avances revolucionarios de su siglo. Mi interés por este incomparable filósofo, uno de los más grandes pensadores de todos los tiempos, empezó con la lectura de aquel evangelio del orden, que Maurrás repetía a media voz, en el silencio de la noche, con una emoción casi religiosa:

"Orden y progreso;

"Familia, Patria, Humanidad;

"El Amor por principio y el orden por base; el progreso por fín;

"Inducir para deducir, a fin de construír;

"Saber para preveer a fin de poder;

"El espíritu debe ser siempre el ministro del corazón y nunca su esclavo;

"El progreso es el desenvolvimiento del orden;

"La disciplina es la base del perfeccionamiento;

"Los vivos serán siempre y cada vez más gobernados por los muertos;

"El Hombre debe subordinarse todos los días más a la humanidad".

Según Comte el origen de la vida social se encuentra en el desarrollo de las fuerzas instintivas del hombre, altruistas o egoístas. La familia, y no el individuo, es la unidad social de la cual se derivan las asociaciones posteriores. El gobierno es necesario y esencial porque de él dependen el funcionamiento y división de las facultades y la realidad de los esfuerzos que conducen a una adecuada organización política. La realidad del gobierno descansa en la fuerza física sustentada sobre los principios intelectuales, morales y religiosos.

En "El Catecismo Positivista" están las grandes bases de los movimientos contrarrevolucionarios de nuestro tiempo. En su prólogo escribía Comte:

"Venimos, pues, de una manera franca, a salvar el Occidente de los males que lo afligen: la democracia anárquica y la aristocracia retrógrada, para constituír, en lo posible, una verdadera sociocracia que haga discretamente concurrir a una común regeneración todas las fuerzas humanas, aplicada cada una según su naturaleza. En efecto, los sociócratas, no somos ni demócratas ni aristócratas. A nuestro modo de ver la respetable masa de estos partidos tan opuestos representa empíricamente por un lado la solidaridad, por el otro la continuidad, entre las cuales el positivismo establece profundamente una subordinación necesaria, acabando con su deplo-

rable antagonismo. Pero aunque nuestra política se eleva igualmente sobre aquellas dos tendencias incompletas e incoherentes, no hemos de reprobarlas ambas en igual medida. En treinta años que cuenta de duración mi carrera política y social, no he dejado de sentir un profundo menosprecio a lo que se ha llamado en nuestros varios regímenes la oposición, así como una secreta afinidad con los diversos constructores. Aun los que pretendían edificar con materiales viejos y gastados, me parecieron constantemente preferibles a los demoledores, en un siglo como el nuestro, cuya principal necesidad es la general construcción. A pesar del atraso evidente de nuestros conservadores oficiales, nuestros revolucionarios me parecen todavía más distantes del verdadero espíritu de nuestro tiempo".

Pocos escritores han formulado con tanta decisión y energía, como este duro filósofo del Languedoc francés, los principios fundamentales de la ciudad y de la patria, de la tradición y de la jerarquía, del orden y de la seguridad social.

Todos aquellos cuadros pomposos y en apariencia ridículos que redactaba Comte para el "conocimiento sistemático de la Humanidad" están colmados de útiles enseñanzas. Recuerdo haber resumido así aquel cuadro sobre las diez y ocho funciones interiores del cerebro: se obra movido por un impulso del corazón, que puede ser altruista o egoísta; se reflexiona, por el espíritu, mediante la inducción o la deducción; se ejecuta con actividad y firmeza.

Desde muy temprano aprendí que la política antes que un arte era una ciencia y que era preciso estudiar sus fundamentos filosóficos. Esta convicción me hizo emprender un estudio metódico de algunos diálogos de Platón, —especialmente LA REPUBLICA y el PARMENIDES,— de Santo Tomás y San Agustín y de algunos escritores neotomistas como el cardenal Mercier y Jacques Maritain.

Mauricio Barrés fué, luego, una de mis grandes pasiones intelectuales. **El Jardín de Berenice, La Colina Inspirada, El Hombre Libre, La Gran Piedad de las Iglesias de Francia, Ocho días en casa de Renán,** en síntesis, cada una de sus obras, leídas con amorosa voluptuosidad, en un magro departamento de estudiante, fueron paisajes luminosos de mi adolescencia. Empezó a atraerme, entonces, el aspecto estético del catolicismo. En Barrés encontré, además, los principios elementales de todo nacionalismo, las formas, como diría Platón: la solidaridad en el tiempo y en el espacio, el culto al pasado, la tierra y los muertos. Nuestra personalidad no es sino un producto de las oscuras potencias de la raza y del genio nacional. Individual y colectivamente necesitamos un método y una disciplina. No he vuelto a leer **El Jardín de Berenice.** Pero un sentimiento de piedad me lleva siempre hacia esta dulce criatura, inclinada sobre el escueto paraje de Aguas Muertas, encarnación de un pasado que ignora, representación del alma popular callada, religiosa, instintiva. Una reflexión superficial haría de ella una mujer mundana, sin aquel secreto encanto

de su misteriosa sensibilidad. Berenice es un puro símbolo de nacionalismo, es la patria tal como la hemos edificado en nuestros sueños.

La lectura de Carlos Maurrás es la más fuerte impresión intelectual de mi juventud. Todos los movimientos contra-revolucionarios del siglo XX encuentran en Maurrás su acta de nacimiento. El propio Maurrás le ha rendido un público testimonio de gratitud a sus maestros: Taine, Le Play, José de Maistre, Bossuet, Comte, Renán; yo no puedo negar su provechosa influencia. En primer lugar me atrajo la seguridad de su método, la lógica de sus ideas, la deslumbrante claridad de su estilo. Maurrás ha llevado a su prosa la límpida gravedad del paisaje materno, la floresta de la Magdalena, embalsamada por el hálito de la llanura fecunda, donde las rocas vestidas de musgo invitan al abandono en las fuerzas ciegas.

LA DEMOCRACIA RELIGIOSA fué la primera de sus obras que llegó a mis manos. Por primera vez encontraba un pensador absolutamente seguro de sí mismo, capaz de concretar en fórmulas de solidez eterna una doctrina política. Sus conceptos sobre el catolicismo me dieron razones para creer en una época en que mi fé vacilaba:

"El mundo moderno, cuyo mayor mal es sin duda la incertidumbre, saluda en el catolicismo el templo de las definiciones del deber". "¿Creyente o incrédulo, cómo desconocer que Francia es hija de sus obispos y de sus monjes? Cuando todo se olvide su nombre permanecerá

inscrito sobre la tierra que ellos modelaron. Esta religión, a la cual nosotros debemos la organización y la conservación del país, no ha cesado de ser el centro de la más firme resistencia a los diversos esfuerzos de la anarquía y de la revolución q' le abaten desde hace cien años. El espíritu cívico y social encuentra en la médula de la enseñanza católica toda la crítica de las usurpaciones del Estado moderno, encuentra además la crítica y el escarnio de las ideas del liberalismo y del igualitarismo político, del nivelamiento internacional, con los cuales tiene que concluir la inteligencia francesa o perecer".

Esta página sobre Roma es tan convincente como una demostración algebraica y tan bella como un poema:

"Soy romano, porque Roma, desde el cónsul Mario y el divino Julio, hasta Teodosio, bosquejó la primera configuración de mi Francia. Soy romano, porque Roma, la Roma de los sacerdotes y de los papas, ha dado la solidez eterna del sentimiento, de las costumbres, de la lengua, del culto, a la obra política de los generales, de los administradores y de los jueces romanos. Soy romano, porque si mis padres no hubieran sido romanos como yo lo soy, la primera invasión bárbara, entre el V y el X siglo, hubiera hecho de mí hoy un espécimen alemán o Nerovingio. Soy romano, porque no existiendo mi romanidad tutelar, la segunda invasión bárbara, que tuvo lugar en el siglo XVI, la invasión protestante, hubiera sacado de mí un espécimen suizo. Soy romano desde que abundo en mi sér histórico, intelectual y mo-

ral. Soy romano, porque si no lo fuese, tendría muy poco de francés. Los intereses del catolicisco romano y los de Francia se confunden siempre, no se contradicen nunca. Soy romano en la medida en que me siento hombre, animal que construye ciudades y estados, no vago roedor de raíces; animal social y no carnicero solitario; este animal que viajero o sedentario, se distingue porque capitaliza la adquisiciones del pasado y deduce leyes racionales, sin aparecer nunca como un destructor errante por hordas, nutrido con los vestigios de las ruinas que ha creado. Soy romano, por todo lo positivo de mi sér, por todo lo que allí se reune de placer, trabajo, pensamiento, memoria, razón, ciencia, artes, política y poesía de los hombres vivientes y de los que vivieron antes que mí. Sin réplica Roma significa la civilización y la humanidad. Yo soy romano yo soy humano, son proposiciones idénticas".

La Iglesia católica es para Maurrrás la más venerable y la más fecunda de las cosas visibles y al mismo tiempo la más noble y la más santa idea del universo.

Por innumerables caminos se va a Roma. Voltaire, siguiendo a Maquiavelo, solía decir que la religión era necesaria para el pueblo. Esta idea singular ha movido casi sin excepción, a todos los dominadores de la diplomacia, de la política y de la guerra. Fue la que hizo de Napoleón un iniciado en los versículos del Korán, en los ritos búdicos, en los misterios de Osiris, cuando ensayó realizar los sueños de Lúculo y de Julio César en los dominios engañosos y turbadores de Mitridates. Fué la

que hizo exclamar a Bolívar en la hora romántica: "Soy filósofo para mí y para algunos de mis amigos y sacerdote para el vulgo". Ateo, confirmado en el positivismo comtiano, Maurrás defiende la religión católica, como necesidad inmanente para su patria. Pero su pensamiento político descansa sobre sillares distintos al de Maquiavelo y al de Voltaire. Maurrás demuestra que la religión católica es la única que conserva la tradición latina, la esplendidez del rito y la sabiduría doctrinaria. El catolicismo se impuso en aquellos países donde triunfó el Renacimiento y donde fracasó la reforma. Fuera del catolicismo ninguna idea religiosa puede reafirmarnos desde el punto de vista estético, moral y nacional.

Sin embargo, sobre Maurrás ha caído el anatema romano. Yo me inclino ante el mandato inexorable de la Santa Sede, y creo que "La Acción Francesa" se ha perjudicado notablemente por su rebeldía contra Roma. Pero de la propia manera que Brunetiere escribió un libro titulado: "La Utilización del positivismo", donde seleccionó los materiales útiles, que son muchos, de Augusto Comte, podría escribirse un ensayo provechoso sobre la utilización del maurrasianismo. Hay libros íntegros de Maurrás, como la **Encuesta sobre la Monarquía,** uno de los más nutridos de savia política, que no figuran en el decreto de la Congregación del Santo Oficio de 26 de diciembre de 1.926 que condenó algunas de las obras del gran teórico del nacionalismo integral. Nadie ha censurado con tan persuasiva firmeza los errores de la democracia liberal, la más funesta herejía del siglo XIX. Le-

yéndole no es posible seguir creyendo en ella; la Revolución francesa no es ya el vasto rumor lírico que conmovió a Lamartine, sino el huracán tumultuario que nos revelara Taine. Los espíritus más sabios de Francia reaccionaron en pleno siglo XIX contra la Revolución, y el más elegante aristocratismo literario y político los acercó hacia la Iglesia: Taine, Barrés, Hysmans, Barbey, Jules Lemaitre. Fue la venganza de los primates contra los bárbaros. Mientras los civiles de limitada inteligencia alcanzaban la gloria efímera de las consagraciones políticas, un Foustel de Coulanges, un Le Play, un Comte, el propio Renán, eran tan sólo brillantes expositores de Academia. Dirigían el pensamiento europeo, pero no influían en su patria. Provocaba repetir las comedias de Aristófanes en una república inspirada por Cleónimo e Hipérbolo, demagogos que llevaban al Parlamento el tufo de los mercados.

Ningún suceso ha ejercido tanta influencia en la política francesa como el "affaire" Dreyfus. El 22 de diciembre de 1.894 Alfredo Dreyfus, capitán de artillería, fue condenado por el Consejo de Guerra de París, por haber entregado a los alemanes diversos documentos militares. Dreyfus fue enviado a la Isla del Diablo. Su familia, sus amigos, toda la judería se empeñaron en asegurar su rehabilitación. Se trató de endosarle el crimen a Esterhazy, utilizando documentos falsificados. Los "dreyfusistas", apelaron a todas las armas. Finalmente se dirigieron a varios escritores, —Rochefort, Francisco Coppée, Alfredo Duqueur—, para que adoptasen el partido

de Dreyfus. Emilio Zolá, jefe de la escuela naturalista, aceptó estas proposiciones y publicó en "La Aurora" el 13 de enero una carta memorable, dirigida al presidente de la república, bajo el título "Yo acuso", en la que atacaba violentamente a todos los oficiales que habían intervenido en el juicio. Zolá fue procesado por esta carta y condenado a un año de prisión. Tras varios incidentes judiciales huyó a Inglaterra y por último se acogió a una amnistía. El lema de los "dreyfusistas" parecía ser éste: "Perezcan el ejército, la patria, antes que un inocente permanezca en la prisión". En vano se objetaba que Dreyfus no era inocente; la simple sospecha producía la más agitada pasión.

Los intelectuales de la derecha sintieron la necesidad de organizarse. Según la expresión de Mauricio Barrés se trataba de mostrar que la inteligencia no estaba de un solo lado. Con este motivo se fundaron la "Patria Francesa", primero, y la "Acción Francesa", después. La idea fue de unos jóvenes universitarios: Enrique Vaugeois y Mauricio Pujo, de un lado; Daudet y Syveton, de otro. Carlos Maurrás y Federico Amouretti presentaron estos últimos a Barrés. Decidieron agrupar a cuantos habían conservado el amor a la Patria y el respeto al Ejército. El movimiento, definido así, tuvo el mayor éxito: se recogieron adhesiones por millares. Julio Lemaitre, Francisco Coppée, y Mauricio Barrés tomaron la dirección de la Liga. Por desgracia, la acción de esta Liga fue estéril.

"Vaugeois —escribe Georges Larpente— comprendió

que la "Patria Francesa" iba por mal camino. Vaugeois había sido antes secretario del "Boletín de la Unión para la acción moral", una revista fundada por Pablo Desjardins para la conversión de los franceses a una moral liberal y protestante. Mauricio Pujo pertenecía al mismo grupo, pero al producirse el caso Dreyfus se había separado violentamente de Pablo Desjardins declarando que no se trataba ya de acción moral, sino de acción francesa, y con el Coronel de Villebois-Mareuil, habían fundado el Comité de la Acción Francesa el 25 de junio de 1899 en una reunión celebrada en la Sala Atenas; Vaugeois anunció la creación de una sociedad para la publicación de este Boletín y para la asociación de aquellos que estuvieren decididos a buscar los medios de salvar al país. A la conferencia asistía León de Montesquieu, que ofreció inmediatamente su adhesión.

"En un principio fueron muy pocos los adheridos, y con excepción de Maurrás, Amouretti y Bainville, eran republicanos; pero incluso los republicanos comprendían que todo el mal provenía de las ideas que estaban entonces en curso. El primer artículo de Vaugeois en el Boletín de "Acción Francesa" se titulaba "Reacción, ante todo".

El 30 de octubre de 1899 Barrés escribía en "El Diario": "No existe posibilidad alguna de restauración de la cosa pública sin una doctrina".

Esta declaración fue comentada en "La Acción Francesa" el 15 de noviembre siguiente; pero ninguno de los miembros republicanos del Consejo de redacción tenía doctrina que exponer. Sin embargo, aceptaban la defini-

ción que Barrés había dado del nacionalismo, a saber: que entre franceses, "todos los problemas que dividen debían ser resueltos con referencia a la nación".

La divisa de la "Acción Francesa" es esta: órgano del nacionalismo integral. Esta palabra tiene un significado preciso en el idioma "maurrasiano". Integral, es decir, entero, completo.

Arrastrado por una lógica perfecta, Maurrás, que es un dialéctico a la manera socrática, se empeñó en demostrar que sólo siendo monarquista se podía ser nacionalista. Comprobó que si se quería de veras "resolver cada cuestión en relación con Francia", era preciso aceptar la institución de una monarquía hereditaria, tradicional, anti-parlamentaria y descentralizada. Con este motivo publicó la "Encuesta sobre la Monarquía", que es la Biblia de la "Acción Francesa". Este libro consta de cerca de mil páginas, nutridas de inteligencia, de sabiduría y de doctrina.

A pesar de la ardiente campaña nacionalista el proceso Dreyfus fue revisado, y como consecuencia el radicalismo se tomó el poder, en el cual se ha sostenido principalmente por sus formidables cuadros electorales. El "affaire" Dreyfus es la pila bautismal de todos los políticos franceses.

Nada parecía entonces tan imposible como una restauración monárquica o siquiera nacionalista en la tercera república, animada por el espíritu de la revolución. Pero Maurrás no es de las inteligencias hechas para hacer la política oportunista de un día. Su gran enseñanza

es que en política no hay que desesperar nunca. Lo que no haga una generación lo realizará la siguiente. "Podrá desesperar quien debe morir. Pero las naciones son inmortales; desmembradas y repartidas, pueden sobrevivir indefinidamente. Berlín tenía un gobernador francés cuando Fichte proclamaba dentro de sus muros, en su DISCURSO A LA NACION ALEMANA, el genio universal de la sangre y del espíritu germánicos. Francia puede sobrevivir a análogos aniquilamientos. Nada impide, pues, el calcular para ella una duración superior a la del partido extranjero que hoy la sojuzga". Lo único importante en política es querer lo mejor, y prescindir de la urgencia inmediata del triunfo.

Para Maurrás el "affaire" Dreyfus, que desarmó espiritual y materialmente a Francia, tenía que conducir al sacrificio de una generación nacional sobre el suelo mal defendido. En aquel turbio proceso nacen los arroyos de sangre vertida durante la gran guerra.

Desde el principio de su carrera política planteó el jefe monarquista el deber de hacer polémica y doctrina, escribir, reclutar oradores y buscar la acción en la calle y en las plazas. Frente a un estado sin moral predicó la urgencia de romper el orden legal. La monarquía debe instaurarse por medio de la fuerza. La historia es obra de las minorías enérgicas. La masa sigue siempre.

Entonces empezó la conquista de las inteligencias supremas para la monarquía. Después de un asedio de 10 años se rindió Jules Lemaitre, presidente de los primeros grupos nacionalistas republicanos. Enrique Vaugeois

fue conquistado no solamente para la Monarquía, sino para la Iglesia Católica. Mauricio Pujo y León Daudet vinieron luego. La comparación de la situación de Francia con la de Alemania, en 1898, llevó por un proceso riguroso de lógica a Jacques Bainville a la "Acción Francesa". La debilidad francesa contrastaba con la potencia germánica; Bismarck había sido el arquitecto de la tercera república. Hoy toda la juventud del barrio latino es maurrasiana. Es muy difícil librarse a los veinte años del peligroso contagio de su inteligencia.

Uno de los más convincentes estudios de Maurrás es el análisis de los Monod, "historia natural y política de una familia de protestantes extranjeros en la Francia contemporánea". Se trata de una familia judía, protestante, sin habitación, ni sepultura, sin nada que la ligue al suelo francés, cuyas cenizas corren con sus tiendas errantes. Sin embargo llegan a dominar el mundo de las finanzas, de la diplomacia y de la política. Estos judíos sin patria, para los cuales la frontera no existe, le dan innumerables pastores a la Iglesia protestante de Francia, se instalan en la escuela normal, en el Instituto, en la Academia, en la Universidad, en la diplomacia, en la administración, en el comercio; constituyen un estado dentro del estado, desalojando el elemento nacional. Gabriel Monod declara un día: "Como los otros franceses no tienen hijos, se puede matemáticamente calcular el momento en que nosotros viviremos solos en Francia". Ricos, fecundos, tarados y ambiciosos constituyen un eficaz enemigo para la nación dentro de la frontera. Nun-

ca se dieron razones más eficaces para sustentar el antisemitismo. Hitler no ha hecho sino apropiarse una doctrina francesa.

Los grandes animadores de la "Acción Francesa" han sido Carlos Maurrás, León Daudet, Enrique Vaugeois, Mauricio Pujo, Jacques Bainville, Gustavo Larpent, Jacques Delebecque y un joven de gran talento y de inmenso porvenir, Thierry Maulnier.

Carlos Maurrás es incuestionablemente la primera figura literaria de Europa, un humanista que domina su época con el propio señorío que Tomás Moro, Luis Vives, o Desiderio Erasmo la suya. Su prestigio literario nadie lo discute en Francia. Anatole France sentía por él una devoción irresistible. Un día un joven desconocido, sin recursos, llegó a París, de la ardiente tierra solar de Provenza, patria de Alfonso Daudet y de Mistral. En treinta y cinco años de labor intelectual continua ha creado una escuela política destinada a ejercer una influencia decisiva en todo el siglo veinte. Maurrás es la cantera donde se nutren todos los movimientos contra-revolucionarios de nuestro tiempo. Su influencia en Francia es casi mística entre la juventud. Pero es mayor todavía más allá de las fronteras. Mussolini le debe íntegramente la doctrina medular del fascismo. Oliveira Salazar lo reconoce como su maestro. En los Balkanes se le sigue con pasión. El nacionalismo español acuña sus verdades en sus matrices soberanas. En la Argentina, en el Brasil, en Chile, tiene apasionados discípulos.

Maurrás ha escrito innumerables obras literarias en

un lenguaje sonoro y preciso: "Antinea", "El Camino del Paraíso", "El Estanque de Cristal", "El Porvenir de la Inteligencia". Sus conocimientos son de una extensión ilimitada. Pierre Chardón ha publicado cinco volúmenes, de quinientas páginas cada uno, con este título: "Diccionario Crítico y Político", donde se trascriben las opiniones de Maurrás sobre los más variados temas humanos: "Un diccionario, —ha dicho Litré— es una colección de las palabras de una lengua, de los términos de una ciencia, de un arte, clasificados por orden alfabético con su significación". La ciencia a que hace referencia aquí Chardón es la ciencia política.

Maurrás defiende con Darwin, con Herder, con Gobineau, con Nietzsche, la necesidad de las desigualdades seleccionadas y con la Iglesia la necesidad de la jerarquía. Reconoce en el "Syllabus" la obra perfecta de la sabiduría humana. Y concluye repitiendo con el positivista Proudhome: "Soy por posición católico, clerical, si queréis, puesto que la Francia, mi patria, no ha dejado de serlo nunca, así como los ingleses son anglicanos, los alemanes protestantes, los suizos calvinistas, los rusos griegos; porque mientras nuestros misioneros se hacen martirizar en la Cochinchina, lo ingleses venden biblias y otros artículos de comercio". Pensamiento que vale por el de Gambetta, cuando dijo: "El clericalismo no es un artículo para la exportación".

El idioma de Maurrás en el periodismo es de una inverosímil violencia: "Cuánto le han pagado a usted por su traición, señor ministro?", pregunta públicamente el

gran escritor monarquista. Refiriéndose a Barthou, varias veces ministro, escribía: ¿cuáles documentos ha hurtado usted en las bibliotecas nacionales, señor ministro de instrucción pública, de cuántas mocitas es usted el infame corruptor y con qué públicos dineros adquirió usted ese cortijo?"

Sin duda alguna la página política más celebre de Maurrás fue su carta a Abraham Schrameck, ministro del interior. El gobierno había dado orden de desarmar a todos los miembros de la Liga de la Acción Francesa. Entre otras cosas Maurrás le decía: "Si usted insiste en que sus polizontes desarmen a mis jóvenes partidarios es sin odio pero sin temor que yo daré la orden de verter su sangre de perro judío. Yo sé que seré obedecido, porque se sabe que la orden dada no se inspira en ningún rencor personal y satisface únicamente las supremas necesidades de la justicia y de la patria". Maurrás fue condenando a pagar dos años de prisión, que los pasó en Bélgica, fugitivo, escribiendo páginas todavía más violentas contra el régimen.

León Daudet, hijo del celebrado novelista Alfonso Daudet, es un escritor de verbo abundante, de sintaxis millonaria, continuador de la gran tradición rabelesiana. Como Maurrás viene también de la literatura. Es médico, autor de comentadas teorías biológicas. En un delicioso libro defiende las taras hereditarias, creadoras del genio. "El viaje de Shakespeare" es una de las obras más perfectas de la literatura francesa. Su libro contra el siglo diez y nueve es ya clásico. Es un humanista, que

ama el ardiente sol del Renacimiento, la luz deslumbrante del Mediodía, comarca del buen vino, de los gratos amores y del bello estilo. La violencia de Maurrás es principalmente lógica; Daudet sobresale por sus hallazgos geniales en el panfleto. Un día su hijo Felipe, bohemio y parrandista, apareció muerto en un coche. La prensa radical-socialista y la policía declararon que se trataba de un suicidio. Daudet escribió más de quinientos editoriales demostrando que se trataba de un asesinato cometido por la policía. Su lógica, alimentada por una generosa pasión paternal, llegó aquí a la perfección. Francia se convirtió a la tesis de Daudet.

La vergonzosa justicia republicana dictó también una sentencia contra Daudet. Vino entonces su fuga teatral, uno de los más divertidos entremeses que ha representado la venerable república francesa. Los "camellotte du roi" lograron interceptar las comunicaciones del ministerio de gobierno y dieron orden a nombre del régimen de poner en libertad a Daudet. Bélgica fue entonces su refugio. Dos años más tarde toda la alta inteligencia francesa y cuatro de sus adversarios políticos, de los más ásperamente agredidos por Daudet, —Luis Marín, Mandel, Herriot, y Deladier—, los dos grandes jefes del radicalismo-socialista, pidieron a André Tardieu, ministro del interior, la amnistía para León Daudet.

Republicano por su origen, Jacques Bainville, perteneció al grupo de "La Acción Francesa", donde sostuvo durante veintiocho años la sección de negocios extranjeros. Nacido en Viencennes, hizo sus estudios en el Liceo

"Henri IV", ingresando, más tarde, a la facultad de Derecho de París. A los veinte años publicó su primer libro de historia, "Luis II de Baviera", que le aseguró ya una posición sólida en la alta inteligencia francesa.

Por su linaje, por su formación, por su rectitud moral, Bainville, pertenece a la burguesía, la más calumniada de las clases sociales, "reserva de lentas economías y de largas virtudes". Como lo ha expresado Salvador de Madariaga, civilización quiere decir casi exclusivamente vida de las clases medias occidentales, y las artes, las ciencias, las amenidades del occidente son casi todas creaciones de hombres de la clase media. Shakespeare, Cervantes, Goethe, Dante, Spinoza, Kant, Montesquieu, Galileo, Rembrant, Voltaire, Velázquez, Volta, Pasteur, Hégel, Hernán Cortés, Napoleón, Gladstone, Bismarck. Descartes, Lincoln, Wilson, Einstein, nombres vertidos al azar de la memoria, son hijos todos de la odiada burguesía.

Bainville fue el tipo del intelectual puro, es decir, del hombre hecho para comprender. Historia, literatura, economía, derecho internacional, ciencias políticas, sociología, ninguna actividad humana le fue indiferente. Por esto Bainville, fue por excelencia un periodista, con sentido social de su profesión. El mismo dijo: "El verdadero trabajo del periodista, el trabajo en que debe emplear sus esfuerzos, no es escribir, sino, sobre todo y ante todo, instruírse para escribir". No se trata de un cronista ascendido inesperadamente a la sección editorial. El periodista auténtico es el que se siente capaz de diri-

gir la opinión culta de un pueblo. De vivir en nuestros días, Erasmo no hubiera elegido otra profesión. Bainville no improvisa sobre nada. Toda su obra está hecha de rectitud, de respeto a las ideas, de laboriosidad. En sus escritos no hay nunca abandono, ni deficiencia de información.

Bainville escribía cotidianamente dos o tres artículos de periódico, sobre los más variados temas, sin que ésta agobiadora tarea le impidiera publicar uno o dos libros al año, atender sus deberes sociales, y asistir por la tarde, concluída la jornada, a los salones donde se conversa y también a los otros, aquellos donde se cree que se conversa. Esta tarea pudo cumplirla debido a la ordenada y perfecta administración de su inteligencia. Despilfarrar las facultades mentales es un crimen contra la sociedad y contra la patria.

Como historiador dejó obras definitivas: "Napoleón" y la "Historia de Francia". En seiscientas páginas apretadas ha relatado veinte siglos de historia, dejando sobre los episodios nacionales de su patria un juicio tan original como acertado. ¡Maravilloso poder de síntesis, dón escaso de inteligencias supremas! Bainville expresaba en un volumen lo que Federico Masson no hubiera dicho en cincuenta. Mauricio Donnay, reconoce así el poder convincente de sus juicios:

"Nos mostráis rigurosamente, por el encadenamiento de los hechos, cómo en poco más de un siglo, la Revolución, las guerras del Imperio, las ideas napoleónicas, el testamento de Santa Helena, las ideas de Napoleón

III, el principio de las nacionalidades, el liberalismo y la democracia le han costado cinco invasiones a nuestra patria. Al leeros, sin prejuicio, se reconoce plenamente que esta es la angustiosa verdad".

Bainville publicó, además, una apasionante novela titulada "Jaco et Lori". Lo que particulariza, en conjunto, su obra, es la claridad en el estilo, la sagacidad del razonamiento, la equidad en los juicios.

Sin haber ejercido ninguna función pública fue, por excelencia, un hombre de Estado, si este vocablo puede aplicarse a un consejero de gobernantes y a un orientador de su patria. Anunciaba el porvenir, porque conocía el pasado. El propio día en que fue admitido en la Academia Francesa, como sucesor de Poincaré, la juventud del Barrio Latino le entregó una finísima espada, obra de Máximo Real del Sarto, otro de los escritores del renacimiento francés. La Minerva que el orfebre talló sobre la empuñadura simboliza la perfecta razón y la armada sabiduría, que surgen de su obra y de su vida ejemplarísimas.

Al lado de la Acción Francesa y dependiendo directamente de ella funcionan la Liga de la Acción Francesa y la Federación Nacional de Estudiantes. En los medios universitarios el prestigio de Maurrás es incontrastable. La juventud ama su inteligencia, su valor, su firme dialéctica, su incomparable estilo. Gaston Jéze es uno de los profesores más venerables de la facultad de derecho de París. Ha publicado innumerables obras, textos clásicos de admirable claridad, sobre hacienda pública y derecho admi-

nistrativo. Con motivo de su intervención en la Sociedad de las Naciones, sosteniendo las sanciones contra Italia, los discípulos de Maurrás, alumnos de Gaston Jéze, lo declararon vendido al Negus y sus antropófagos. Los estudiantes le manifestaron que no lo aceptaban una hora más en la cátedra. Jéze insistió. En enero de 1936, se presentó en la facultad con el decano, señor Allix. Un estudiante se levantó y le dijo a nombre de sus camaradas: "Usted, señor Jéze, agente del Negus, es indigno de dirigirse a la juventud francesa". Inmediatamente se lanzó contra él una lluvia de guijarros. Dos minutos más tarde el indeseable tenía que abandonar la facultad, ante el peligro, dijo la Acción Francesa, de ser "negrificado". Ese mismo día el gobierno francés tuvo que cerrar la facultad de derecho, temiendo incidentes más graves.

Es cierto que el coronel La Rocque avanza en su organización de derechas. Sus partidarios están disciplinados y armados. Pero el radicalismo duda mucho de sus éxitos políticos. La disolución de las Ligas se debió principalmente a los venenosos artículos de Maurrás.Como su carta a Scharamek le dió un admirable resultado, Maurrás ha resuelto utilizar la amenaza del asesinato como un eficaz recurso político para disciplinar a la república. A fines de 1.935 publicó en la "Acción Francesa" la lista de todos los miembros del parlamento francés, partidarios de las sanciones a Italia, principiando con Herriot, Daladier, Blum, Boncour, declarando que todos ellos serían asesinados el mismo día en que las sanciones trajeran alguna complicación nacional. Los parla-

mentarios indignados, al ver sus cabezas señaladas a la cólera pública, reaccionaron violentamente expidiendo una ley, la "Ley Maurrás", sancionada a fines de enero de 1.936, donde se ordenó disolver la Liga de la Acción Francesa y todas las organizaciones de derecha. Esta ley, según Maurrás, fué hecha a la medida de sus zapatos. Se trataba principalmente de castigarle, con la mayor pena posible, sus continuos llamamientos al asesinatos de políticos indeseables. Laval se negó a disolver la Acción Francesa; éste fue uno de los principales motivos de su caída.

Un incidente inesperado precipitó al gobierno a la ejecución de la ley. León Blum es el más inteligente de los políticos de izquierda. Es un letrado y un humanista. Culto, elegante, persuasivo, durante el día trabaja en los barrios obreros y por la noche regresa a sus apartamentos de lujo. En el entierro de Bainville, se presentó inesperadamente en el cortejo, y estuvo a punto de ser linchado por los miembros de la Liga de la Acción Francesa. Este ha sido el motivo inmediato de su disolución. Inútil episodio. De nada sirve desarmar los brazos, cuando los espíritus están armados.

Más tarde Maurrás fue condenado a nueve meses de prisión, que cumplió con sereno estoicismo, convirtiendo su celda de penado en un laboratorio intelectual. Plantas y flores enviadas por sus legionarios llevaban hasta allí el aroma fresco de Provenza. Cotidianamente siguió escribiendo en la Acción Francesa con el seudónimo de

Pellison, renovando y multiplicando sus agravios contra León Blum y la tercera república.

Maurrás no está hecho para someterse a las leyes. La acción ilegal le apasiona. Como Sócrates prefiere la cicuta a un orden que no ama. La lucha tiene ahora caracteres desesperados. Mientras el prestigio de Maurrás aumenta, el de León Blum declina.

Lo cierto es que la democracia está en crisis. Derechas e izquierdas la odian igualmente. La fiebre eruptiva de la violencia invade todos los partidos. La tercera república francesa para salvarse se ha entregado al socialismo. El mundo moderno se lo disputan Carlos Maurrás y Carlos Marx; el nacionalismo integral y la internacional roja.

EN LA VIDA NACIONAL

El partido nacional colombiano se enorgullece desde sus orígenes de un equipo de letrados y pensadores que son alto decoro de la cultura continental. Todos ellos se han nutrido en las páginas políticas del Libertador, "el primer positivista americano, víctima de la barbarie democrática", según la adecuada expresión de Mario André.

Bolívar no es tan sólo el creador de un continente, un guerrero genial, y un estadista de vigorosa escuela cesárea, sino un pensador político supremo. Meciéndose sobre los ríos del trópico en bongos primitivos o en su

tolda de soldado bajo el rigor de la campaña, escribió páginas más durables que sus hazañas inmortales. La Carta de Jamaica, el Manifiesto de Cartagena, el Mensaje al Congreso de Angosturas, la Constitución de Bolivia, son monumentos imperecederos de derecho público. Temperamento inquieto, en permanente combustión, es muy difícil localizar de manera precisa sus ideas. En la juventud se inclinó hacia el romanticismo político, siendo un exaltado discípulo de Rousseau y de los enciclopedistas. Paul Valery ha dicho que el verdadero valor de una inteligencia consiste en la facultad de dejarse instruír por los hechos. En sus años de madurez el Libertador fue más que todo un hombre de orden, que amaba la disciplina y la jerarquía. "No se puede terminar la revolución, dice una cita varias veces repetida de Augusto Comte, con las doctrinas que le han dado origen; lo que ha servido para destruir no puede servir hoy para edificar". En la copiosa bibliografía bolivariana hay documentos singularmente útiles para fijar su concepción de la sociedad y del estado. Su ideal político era una república aristocrática, atemperada o conservadora, como quiera llamársele. Hacia esta forma de gobierno lo inclinaban sus caudalosas lecturas de los clásicos antiguos, especialmente Plutarco. "Sin duda, —escribe Parra Pérez uno de sus más admirables intérpretes—, Bolívar deseaba una república conforme a la teoría de Aristóteles, en la cual se fundamenta el gobierno sobre los principios sabiamente dosificados de la aristocracia y la democracia. César concibiera un régimen análogo y Cicerón lo pre-

conizó en sus obras políticas. La predilección del Libertador por la constitución británica proviene tanto de un examen personal de aquellas instituciones, como de la influencia de Montesquieu, que es un aristotélico. En Bolívar hallamos el error clásico del autor de "El Espíritu de las leyes" sobre el equilibrio de los poderes. Sin embargo, creía que la existencia de una nobleza en la América española era un hecho histórico utilizable para nuestra organización política y tal creencia demuestra una comprensión exacta de las causas que han determinado la permanencia de las instituciones inglesas. En la América española el régimen democrático no era una necesidad inmediata, hija de las condiciones sociales, como en los Estados Unidos. El patriciado criollo, que hizo la revolución hispanoamericana, estaba llamado a ejercer la dirección de aquellos pueblos divididos por el color, sin luces intelectuales, sin alma colectiva. Samper ha negado la existencia de esa aristocracia; pero, es indudable que fueron los blancos nobles quienes iniciaron y prosiguieron la lucha por la Independencia."

No se trata de fantasías brillantes del historiador venezolano. Bolívar creía que la democracia pura, sin freno, terminaría por producir en la América latina dictaduras personales, y para evitarlo propuso en Angostura, la creación de una república atemperada, de clásico corte romano. Los precursores de la libertad en América, al estilo de Miranda, soñaron con gobiernos paternales para estas agitadas repúblicas. Es prolongada la cadena de varones ilustres que tuvieron entre sus ideales

políticos el establecimiento de una monarquía de estilo británico: así Puyredón, Belgrano, Rivadavia, San Martín, Alvear, Monteagudo, O'Higgins, García del Río, Urdaneta, Restrepo, Ibarra, Vergara, Castillo y Rada. En las memorias de O'Leary se dice que Sucre nunca ocultó sus ideas monárquicas; y el mismo general Santander, tan celoso por la democracia, después de haber contribuído a aniquilar la república en la convención de Ocaña, tuvo ideas monarquistas.

El Libertador odiaba, sobre todas las cosas, la demagogia, las ideas extremas, la anarquía. Sus principios eran consecuencia necesaria de su vida de Imperator, de sus estudios de las constituciones europeas, de su orgullo hereditario, ya que era de la extrema descendencia de una estirpe orgullosa. Pensaba que la constitución inglesa era el ideal para las repúblicas latinas. "La democracia, dice, tiene sus encantos para el pueblo, y en teoría parece plausible por ser un gobierno libre, que excluya toda distinción hereditaria; pero a este respecto nos sirve de ejemplo Inglaterra. Cuánto más respetable es la nación británica gobernada por su rey, y por sus lores y comunes, que aquella otra, enorgullecida con su igualdad, en donde muy poco puede hacerse en beneficio del Estado. Ciertamente, dudo mucho de que la actual situación se prolongue en los Estados Unidos".

La constitución de Bolivia que establecía, según apunta Arosemena, una monarquía sin el nombre, fue el código más sabio que se construyó para estas repúblicas en los días primeros de su vida independiente; ella hu-

biera evitado a estas democracias la crónica dolida de sus infortunios. Allí se constituía una presidencia vitalicia, "ya que en un régimen sin jerarquía, es preciso más que en los otros, que haya un punto fijo al rededor del cual se muevan los magistrados y demás ciudadanos, los hombres y las cosas". Una vez más el Libertador se muestra republicano, aristócrata y autoritario. En vez del sufragio universal, propone un sufragio restringido y comienza por privar de este derecho, como lo pediría más tarde Caro entre nosotros, a los que no saben leer ni escribir, a los mendigos; también retira ese derecho a los deudores que obran fraudulentamente con sus acreedores, a los jugadores y borrachos, a los que promuevan escándalos en las elecciones, y a los que compran votos. En todas partes la obsesión moral.

De regreso a Colombia, después de haber sido investido con los poderes supremos, en el Perú y en el Ecuador, reúne la convención de Ocaña el dos de abril de 1.828. Mario André describe así el panorama de aquella asamblea deplorable:

"Los partidarios de Bolívar constituyen la inmensa mayoría de las clases populares, pero son minoría en la gran Convención, la cual oficialmente, es la expresión de la voluntad del pueblo. Santander, que ha trabajado las elecciones como un perverso muy hábil, dirige los utopistas, demagogos, parlanchines, intrigantes, profesionales del desorden, a los militares facciosos, a todos los que se han mancomunado para asaltar la autoridad del Libertador, el único respetable y respetado hasta el

presente. En el fondo, en el seno del nuevo Parlamento, sólo hay dos partidos: el del orden, con Bolívar; el de la descomposición con Santander. Durante dos meses gozaron a sus anchas. Diez militares, veinte abogados, cincuenta profesores, otros abogados y periodistas sacan de sus bolsillos constituciones modelos; de éstas se fabrican en todas partes, no sólo en las comisiones o en la tribuna de la Convención. Todos están seguros que si adoptan su proyecto, vendrá la felicidad para toda América; cada uno es un nuevo Licurgo que se levanta contra Tiberio, resucitado en la persona de Bolívar. La confusión y las maniobras santanderistas son tales que los miembros de la minoría se retiran y redactan un manifiesto al pueblo de Colombia. La constitución, no contando con número suficiente de individuos para deliberar, se disuelve. Ya no hay Parlamento, ni se ha adoptado Constitución alguna; no hay nada. Sí, es el grito que se escucha por todas partes: todavía existe Bolívar.

"El pueblo manifiesta su voluntad, ya directamente, ya por medio de sus magistrados municipales: el 13 de junio, una reunión magna de autoridades y del pueblo de Bogotá acuerda desobedecer a todo acto o reforma que emane de una Convención, que no es resultado de la voluntad general; revocar los poderes a los diputados de provincia e invitar a Bolívar a que se encargue del gobierno de la nación con poderes amplios hasta el día en que crea oportuno convocar un nuevo Parlamento. Los otros municipios siguen este mismo ejemplo; el movimiento se propaga por Venezuela; y Páez mismo, el tur-

bulento y ambicioso Páez, le patrocina y sanciona los votos de los cuerpos constituídos y de los ciudadanos. Las autoridades de Caracas, como antes las de Bogotá, prestan juramento de obediencia al Libertador, a él sólo. Todas las personas honradas se unen ante la inminencia del peligro: todos piden un amo, un jefe, aquel que pueda salvarlos. En espera de que se elija una nueva asamblea constituyente que pueda legislar, Bolívar se halla investido de la dictadura, legalmente y por un impulso irresistible del pueblo".

Muchas veces se ha discutido sobre el origen de nuestros partidos políticos, pero lo cierto es que en la convención de Ocaña se definieron dos ideologías que han luchado secularmente por su predominio en la república: el orden y la anarquía, centralismo y federalismo, demagogia y autoridad. Nadie como el Libertador lleva en Colombia el título de fundador y de maestro de la doctrina conservadora. Posada Gutiérrez, Sergio Arboleda, Rafael Núñez, Miguel Antonio Caro, Marco Fidel Suárez, no han sido sino sus comentaristas y sus intérpretes autorizados. Ni demagogia, ni imposición tumultuaria. Su concepción política fue la misma de Bruto y de Pompeyo, de los republicanos que perecieron en Farsalia, combatiendo contra la dictadura de izquierdas que había soñado Julio César.

No fueron ni sus grandes campañas, ni la tarea ciclópea de construir cinco repúblicas, los sucesos que precipitaron el curso de sus días, sino las amenazas y las imprecaciones de los mismos que él había libertado, el

espectro de la anarquía, destructora de pueblos. En sus escritos se deben buscar las bases para la reconstrucción de Colombia. Sólo así seremos fieles a su vida y a su obra. El bolivarismo es el único aspecto inmortal del genio americano.

Cronológicamente viene luego don Sergio Arboleda cuyos estudios sobre "La república en la América española" bien valen por las bases memorables de Alberdi. Educado en el seno de una familia de limpia y serenísima sangre, la vida de Arboleda fué una perpetua lucha contra la anarquía y la barbarie. En la prensa, en la tribuna, en la cátedra, en los campamentos defendió sus ideas con inquebrantable firmeza, sin ceder nunca ni a la amenaza ni al halago. Varias veces vió confiscada su fortuna y otras tantas logró reconstruírla con indomable energía.

Para Arboleda la revolución de independencia no rompió el hilo de la historia, ni creyó como ciertos utopistas que nuestro calendario debía empezarse a contar el 20 de julio de 1.810. Como Hipólito Taine partió del antiguo régimen para estudiar el nuevo, hundiéndose en profundas investigaciones sobre la vida colonial de cuyas instituciones y costumbres quedaron huellas imborrables en la república libre. Sus aciertos de vidente se desprendían de un conocimiento profundo del pasado.

Religión, orden, autoridad, jerarquía, disciplina fueron los ejes indestructibles de sus actividades públicas. Fué un republicano, pero no un demócrata. Para Arboleda el poliedro de nuestros infortunios se sustentaba en

la aceptación inconsulta del "errado dogma de la soberanía del pueblo de Rousseau" propugnado por caudillos ambiciosos que aspiraban por este medio a ganarse la parte iletrada y sencilla de la nación. "En la lucha puramente física, agregaba, el poder moral sucumbe siempre y triunfan por necesidad la intimidación y la tiranía. Quedó, pues, establecido que en Colombia era soberano el número, sin más razón que ser número y fuerza; y desde entonces pudo lógicamente preveerse que, en vez de gobernar la inteligencia y la virtud, se alzarían más tarde o más temprano, con el imperio la ignorancia y las pasiones; que una vez que la fuerza y sólo la fuerza, había de dominar, sería consiguiente que se rodeara de prestigio a los más guapos y a los que mejor supieran adular a las muchedumbres; que sólo el valor y la facultad de intimidar tendrían preeminencias sociales y políticas, y que se formaría en la nación una aristocracia de bravos, guapetones y jaques de aldea, por cuanto siendo esencial a todo gobierno la existencia de una jerarquía, una vez que faltara la de la virtud y la ciencia, aparecía en su reemplazo la de la guapeza, que precede de cerca a la de la audacia y el delito".

Temperamento realista, condenó siempre, como lo había hecho Bolívar y como lo hará más tarde Núñez, la funesta manía de importar legislaciones exóticas: "El legislador que aspire a hacer la felicidad de su patria, no debe, por tanto, estudiar sólo las leyes que rigen al hombre, sino investigar, además, cuidadosamente las peculiares del pueblo que va a constituír; así como el natura-

lista para hacer útil su ciencia no se contenta con conocer las especies animales, sino que las clasifica por familias según las dotes que las distinguen. Las instituciones políticas y civiles deben, por lo mismo, variar tanto como los pueblos; y nunca se podrán trasplantar a una nación las de otra, sin producir el malestar, el descontento y, en fin, esto que en América llamamos revoluciones, que son esfuerzos necesarios, pero casi siempre irreflexivos y sin concierto, que, en solicitud de alivio, hace sin cesar la sociedad mal acondicionada, hasta que logra situarse de manera que sienta restablecido el equilibrio de sus elementos". Es un hecho que cada país tiene su ley propia de formación y que cuando ésta es desconocida, por legisladores improvisados, empieza una serie de transformaciones, donde trabajan las defensas orgánicas, para volver a la salud normal. Los partidos liberales en América han tenido siempre la superstición jurídica, desconociendo el empirismo organizador que forma y construye pacientemente la grandeza de un pueblo.

Naciones de una imaginación deslumbrante como las del nuevo mundo necesitan un criterio pragmático de la sociedad y del gobierno si no quieren perecer a los golpes de su propia idealidad. Para nuestro prócer la moralidad, el patriotismo, el orden y la libertad verdadera están ligados a las necesidades de la industria y a las faenas rústicas; el mejor Código sería el que protegiera con hechos positivos la agricultura y el trabajo. Como lo ha expresado Guillermo Valencia "La república en la Amé-

rica española" es uno de los más profundos libros escritos en este continente, y las graves enseñanzas que encierra, el más vivo ejemplo de exactitud de las ciencias sociales cuando se las somete al método inexorable con que se estudian otros fenómenos de orden experimental".

Arboleda escribía en prosa clásica, de noble pulcritud idiomática, en amplios períodos de una sintaxis tan variada como elegante. Por especial encargo del Directorio Conservador escribió en 1.885 un anteproyecto de reforma constitucional, que no fué siquiera considerado y, donde anticipándose al futuro, se escribieron muchas de las providencias que en 1.910 le dieron a nuestras instituciones un auténtico sello nacional. Murió en el infortunio a los sesenta y seis años, olvidado por su partido, confirmando con su vida la gran sentencia suya cuando dijo que las supremas concepciones del espíritu han sido fruto del desengaño y del dolor.

Entre los grandes pensadores políticos del Continente no encuentra émulos Rafael Núñez, por la extensión y profundidad de sus conocimientos, por la firmeza y continuidad de sus propósitos, por la madurez de sus juicios. Como escritor tiene el brillo y la eficacia de Sarmiento; como Alberdi, tuvo la fortuna de ver consagradas en la Constitución nacional sus bases y orientaciones administrativas y políticas. En una época atormentada por las guerras civiles, en tránsito continuo hacia los campamentos, Núñez, sin más arma que su pluma, dominó autocráticamente a la república y realizó la trans-

formación política más durable de que haya noticia en América.

No es posible localizar a Núñez en ninguna de nuestras colectividades políticas, porque no fué propiamente un hombre de partido sino un hombre de estado. Sus infidelidades políticas corren paralelas con su culto ardiente y exclusivo de un ideal nacional. "La Reforma política" ha llegado a ser el breviario de los conservadores, pero todos sus artículos fueron redactados antes de cancelar su matrícula en el partido liberal. A nadie puede aplicársele con tánta exactitud esta frase autobiográfica sobre Mosquera: "Los hombres como Mosquera no resisten la observación microscópica. El era de la talla de los dominadores, de los imperantes, desprovistos de escrúpulos". Para Núñez los partidos no eran sino herramientas útiles en manos de un grande hombre.

El señor Suárez ha dicho con exactitud que leyendo sus escritos "se vé que sus ideas fueron siempre contrarias a la Federación y que su admiración fué siempre para políticos conservadores de hecho, como Bolívar, como Santander, como don Lino de Pombo y Fernández Madrid". Temperamento realista, médico de cabecera de una república enferma, sus conclusiones políticas coincidieron siempre con el ideal bolivariano, sobre el cual escribió estas líneas, con certera intención crítica:

"La constitución boliviana contenía sus verdaderos principios de gobierno aplicables a colonias recién emancipadas. El caudillo hispanoamericano de más fuerza después de Bolívar —San Martín— pensaba, más o me-

nos, lo mismo; y así otro tanto fué el ideal que realizaron felizmente los políticos de Chile por inspiración de Portales. Bolívar pudo desear el mando supremo vitalicio no por vanidad sino por patriotismo y justo deseo paternal de que no pereciera en su cuna la milagrosa obra de sus fabulosos esfuerzos; y si no nos engaña nuestro juicio, las instituciones que vendrán a prevalecer por algún tiempo en Hispano-América para seguridad y progreso de los pueblos, serán en sustancia modeladas —salvo la Presidencia vitalicia que tiene muchas objeciones —según los principios del gran Libertador. Y ya las tendencias manifiestas son esas en la práctica, aunque otra cosa digan los cuadernos. Para Colombia nos conformamos con la actual constitución para un cuarto de siglo".

Lo que separó al doctor Núñez del liberalismo fué su concepto positivista de la política. El reformador no creía, como los utopistas del 63, en panaceas constitucionales. La política, solía decir, es una ciencia experimental. Las transformaciones de los pueblos son lentas y todo cambio político debe ser medido por el ritmo del tiempo. Hablando de la revolución francesa escribe estas líneas que coinciden con las justas conclusiones de Taine en "Los Orígenes de la Francia Contemporánea":

"Suprimir al rey, al clero y la nobleza, de una plumada, equivaldría a hacer repetir a un reloj, en un segundo, las horas de algunos siglos".

Núñez no se conformó nunca con los gobiernos partidistas y este es el rasgo característico de los conducto-

res del partido nacional desde Bolívar hasta Suárez. Este fué el primero y el último voto del padre de la patria. Arboleda, Ospina, Mallarino no desearon y practicaron otra cosa. Núñez decía en 1885, como jefe del Estado, en plena guerra civil:

"El anhelo común es por un gobierno justo y superior a los partidos; porque la patria sea de todos y para todos; porque reine la igualdad cristiana, basada en el respeto de todos los derechos y porque el sufragio, la ley y el gobierno sean la expresión legítima y genuina de la voluntad nacional".

El señor Caro, cuando dirigía "El Tradicionalista" nunca quiso llamarse conservador y fué quien propuso el nombre de partido nacional para el movimiento triunfante en 1.886. La frase aforística: "gobernar con mi partido y para mi partido", nació con sangre en los días demagógicos de la administración López y ha sido invariable práctica del partido liberal.

Caro, Suárez y Valencia se hermanan en el culto al ideal bolivariano, en su afición a las disciplinas humanísticas, en la solidez y claridad de su doctrina. A los tres les debe la república su posición mental en el continente y la juventud tradicionalista su afición a las humanidades y su caudal ideológico. Caro fué casi monarquista; Suárez autoritario y republicano. Valencia es un aristócrata. Sus obras me fueron familiares desde la más temprana adolescencia y a ellas vuelvo siempre con la emoción que me inspira el paisaje familiar donde se modeló mi pensamiento.

La atenta observación de la naturaleza ha obrado tanto como los libros en la elaboración de mis ideas políticas. La inmensa paciencia de la tierra nos dá a cada instante una lección de serenidad y de sumisión a las lentitudes fecundas del orden. Las pigmeas agitaciones de los hombres contrastan con las evoluciones terrestres, infinitamente pausadas. "Odio, decía Goethe, todo lo violento, porque el orden de la naturaleza se encuentra así violado".

Mis ideas políticas no son fruto de la improvisación, sino del estudio y la experiencia, trabajosas conquistas intelectuales. En los grandes maestros aprendí a desconfiar de lo que suelen llamarse ideas modernas, que no son sino errores antiguos publicados con una fecha reciente. El socialismo de estado se encuentra en Platón; la propiedad como función social está bellamente definida en Aristóteles. Sólo la verdad es útil para valorar las ideas. La antigüedad o la novedad no alteran su esencia.

A un mundo tan viejo no es posible aportar ya sino un temperamento nuevo. Sólo la tradición construye. La inteligencia no ha sido ni será nunca revolucionaria.

La acción francesa y el Vaticano

Pocos episodios han desgarrado tan hondamente el alma religiosa moderna, como la lucha entre "La Acción Francesa" y el Vaticano. Para utilizar las doctrinas políticas de Maurrás es preciso esclarecer este negocio. Antes de intervenir en la política, Maurrás, fué un letrado exigente y desdeñoso. Con Jean Moreas fundó la escuela romana, como una reacción contra el romanticismo. Animado por un odio violento a la barbarie, enamorado de la gran tradición clásica, fundamento del genio francés, escribió versos y cuentos filosóficos. La Grecia antigua, Roma, los trovadores provenzales, Malherbe, La Fontaine, Racine, Chenier, fueron sus conductores literarios. Su obra capital, entonces, fué "El Camino del Paraíso" nombre tomado de un camino de Martigue, que él amaba recorrer en la juventud con Federico Amouretti. El libro es de una deslumbradora belleza, digno de los maestros antiguos. El himno al mar es una de las más nobles páginas de la literatura latina. Imagen del conocimiento perfecto, el mar, es sin embargo, modelo de amor y fecundidad. "Todas las formas de la vida se han engendrado en su seno; padre y madre de todo, es el amante que ningún furor sacia; ha engendrado islas y continentes, monstruos y héroes Aquiles, Ulyses, padre de navegantes, y la más deseable maravilla, Venus, que no teme amar a plena luz". El amoroso mar nos dió la sabia y perfecta belleza.

Más tarde las violentas intervenciones de Maurrás en la política atrajeron la curiosidad pública hacia los escritos literarios de los primeros años. "El Camino del Paraíso" fue juzgado como la obra de un ateo y de un pagano, sin que se librara siquiera de la crítica el epílogo escrito en 1920. El principio filosófico que anima esta obra puede resumirse en estas líneas de la dedicatoria a Federico Amouretti: "La cadena de las ideas que yo expongo es suficientemente pagana y cristiana para merecer el bello título de católica que pertenece a la religión en la cual hemos nacido".

Como Remy de Gourmont, Maurrás, piensa que el catolicismo no es sino un cristianismo paganizado, doctrina muy difundida en la juventud francesa del novecientos, principio dominante en toda la obra de Mauricio Barrés. El genio romano —orden y jerarquía— encadenó al "Cristo hebreo". En el catolicismo predominan la moral de Aristóteles y de Sócrates, el derecho romano, la escultura y la poesía griegas. Para Maurrás los apóstoles son anarquistas asiáticos vencidos por la cultura de occidente. El catolicismo es una religión solar, mediterránea, hija del mar latino, que ha medrado únicamente en los países donde triunfó el Renacimiento y donde fracasó la reforma.

En lenguaje casi sibilino, sólo accesible a los iniciados, impenetrable a la curiosidad común, Maurrás, defiende en este libro a Zeus vengador y a la diosa de la buena muerte. Esclareciendo su sentido de la vida y de las cosas, escribe:

"Las doctrinas modernas, importadas de los países tudescos o bretones, nos pierden con sus astrologías de lo infinito. Yo tengo sobre todo horror a los últimos alemanes. El infinito como ellos dicen. El sentimiento de lo infinito. Nada más que estos sonidos absurdos y estas formas vergonzosas deberían inducirnos a restablecer la bella noción de lo finito. Es la única sensata. ¿Qué griego lo ha dicho? La divinidad es un número; todo es número y término. No exceptuamos ni la voluptuosidad ni los propios amores".

Estas premisas no pueden conducir sino a una franca confesión de ateísmo. Maurrás es un positivista que sólo acepta la idea de Dios desde el punto de vista del reposo intelectual y del orden político, excluyendo toda creencia.

Uno de los rasgos característicos de Maurrás en su vida y en sus obras es la falta de piedad. Renán, que se mantuvo siempre fuera de la Iglesia y fué su enemigo sistemático, era el más piadoso de los hombres. Con unción casi religiosa se inclinaba ante la persona divina de Jesucristo. Con inmensa delicadeza se acercaba hasta los umbrales del misterio. Maurrás, que ha defendido al catolicismo en páginas de durable solidez, carece de la emoción religiosa. Nada puede interpretarlo mejor que aquella fábula que introduce el "Milagro de las Musas", en "El Camino del Paraíso". Fidias el escultor desterrado de Atenas, en Olimpia, está tan absorto en su Júpiter, que se olvida de saludar y de comer. Sin duda por esto Fidias, amigo de Sócrates, nutrido en el menosprecio de los ídolos que fabricaba, fué reputado como el más piadoso de

todos los griegos. "Así las apariencias determinan las opiniones". El escultor declaraba que había adivinado a Júpiter en los libros de Homero. Sin embargo, en innumerable teoría vinieron los griegos a adorar el Júpiter del escultor ateo. Un retórico, expulsado de su ciudad por haber renegado de los dioses, se detuvo un día ante la estatua; cruzó los brazos, bajó la cabeza, y repitió tres veces: "He ahí el amo del mundo". Maurrás, como el retórico ateo, no se emociona ante el catolicismo sino como escuela de orden, porque el orden es verdad y es belleza.

Es incuestionable que Maurrás deforma la verdad católica para acomodarla a sus ideas políticas. Escribe, por ejemplo, en "El Camino del Paraíso":

"Así, de un lado, tengo ante mis ojos el Cristo de la concepción protestante, revolucionario y moderno, **el bizarro Jesús romántico sansimoniano,** sugerido por la interpretación individualista que nos rodeaba entonces. Del otro y más cerca, adornado con una gloria a la cual yo me muestro profundamente sensible, no quiero conocer más que el Cristo de nuestra tradición católica, el crucifijo coronado del catolicismo de Dante.

O sommo Giove
Che fosti in terra per noi crucifisso.

El soberano Júpiter que fué sobre la tierra crucificado por nosotros".

En enero de 1914 el Pontífice Pío X suspendió un decreto del Santo Oficio condenando a Maurrás, principalmente por sus obras literarias. Maurrás ha tenido este

hecho como uno de los más grandes honores de su vida. El movimiento contra "La Acción Francesa" empezó con una carta del Cardenal Andrieu, Arzobispo de Bourdeaux, a un grupo de jóvenes católicos, fechada el 25 de agosto de 1.926. El Soberano Pontífice aprobó este documento, agregando algunas consideraciones contra el sistema religioso, moral y social de los escritores monarquistas. Al Santo Padre le llamó vivamente la atención la encuesta que abrió la juventud católica belga, sobre los escritores de los últimos años que los hombres nuevos consideraban como sus maestros. La mayoría de los sufragios señalaba a Carlos Maurrás; el Cardenal Mercier ocupó un puesto muy secundario. Un grupo de profesores universitarios publicó entonces un volumen de doscientas páginas señalando los peligros que encerraba para el porvenir del catolicismo la influencia sobre los jóvenes de un maestro ateo.

Esta obra y la carta del Santo Padre provocaron un movimiento de rebeldía contra la autoridad eclesiástica, sagazmente dirigido desde las columnas del diario monarquista. Bajo el título de "La Fidelidad Francesa", invitó a sus adherentes y discípulos a desconocer la autoridad del Sumo Pontífice en una cuestión que Maurrás consideraba exclusivamente política. Las adhesiones fueron innumerables. Tal ha sido la fascinación que este doctor agnóstico ejerce sobre las nuevas generaciones francesas. Entre Maurrás y la Santa Sede prefieren al escritor positivista. Como se acentuara la rebeldía se hizo necesaria una intervención más enérgica. El 8 de

marzo se publicó un rescripto de la Sagrada Penitenciaría, donde se les negaba la absolución sacramental y la comunión eucarística, a los sacerdotes afiliados o favorables a "La Acción Francesa". En marzo de 1928, los cardenales y arzobispos de Francia, refrendaron las declaraciones de la Santa Sede, publicando una ordenanza según la cual los miembros insurgentes de "La Acción Francesa" quedaban privados de todos los sacramentos y de las obras pías, como pecadores públicos, según las reglas del derecho canónico. El venerable sacerdote que le concedió a Jacques Bainville exequias religiosas fué suspendido de su cargo.

El jefe de "La Acción Francesa", repitió, entonces, las palabras de los apóstoles Pedro y Pablo, contra la Santa Sede: "Non possumus". Y agregaba:

"En el terreno político tenemos el deber de conservar el uso de nuestra perfecta libertad.

"En la situación donde se encuentra Francia, el acto de eliminar "La Acción Francesa" es un acto político, ajeno a los intereses de la Iglesia. Favorecerlo sería traicionar a Francia, y nosotros no la traicionaremos. Es atrozmente doloroso para los católicos sinceros encontrarse en la situación donde nosotros estamos, es penoso para los hijos verse obligados a resistir las prescripciones de un padre. El padre que pide a su hijo matar, o lo que es lo mismo dejar matar a su madre, puede ser escuchado con respeto, pero no puede ser obedecido. Rehusando nosotros no dejamos de ser buenos católicos; obedeciendo cesaríamos de ser buenos franceses.

en un tiempo donde su gobierno, tiene necesidad del valor, de la inteligencia y de la energía de sus hijos. Por duro que sea este deber para nosotros, es un deber que sabremos cumplir. El corazón martirizado, pero sin debilidad, lo cumpliremos hasta el fin. Nosotros no traicionaremos nuestra patria. Non possumus".

Nada más temerario que comparar el mandato de la Santa Sede a la imposición de un parricidio. La condenación fue atribuída, primero, a maniobras del Cardenal Andrieu. "El error de Burdeos ha engañado a la metrópoli romana". Luego se dijo que era una intriga germánica. Audazmente comentaba La Acción Francesa: "El documento firmado por el Cardenal Fruhwirth prohibe a los franceses el ejercicio de sus deberes. En otros términos, una ley positiva nos prescribe desobedecer la ley natural". El nombre germánico del Cardenal era utilizado como un argumento definitivo.

Más tarde, como el señor Nuncio de Su Santidad, en un banquete diplomático, elogiara la actitud de Aristides Briand, al firmar los pactos de Locarno, se acentuaron las acusaciones de germanofilia contra la Santa Sede, de la cual se decía que utilizaba la religión en beneficio de una política contraria a los intereses de Francia. El discurso de Monseñor Maglione, en Eliseo, les servía a los monarquistas franceses para establecer la germanofilia de la política vaticana.

Con este motivo el episcopado francés le envió al soberano Pontífice un mensaje de plena adhesión a sus enseñanzas y a las decisiones contenidas en su locución

consistorial del 20 de diciembre y al decreto del Santo Oficio. Esta declaración colectiva estaba destinada principalmente a "hacer eco al Santo Padre, a defender su pensamiento contra interpretaciones calumniosas, a restablecer la verdad ultrajada y a atestiguar, en fin, de manera solemne, que el episcopado francés permanecía fiel a su misión patriótica, sobre todo cuando luchaba con el Vaticano para salvaguardiar los principios que son la base de la civilización cristiana".

En un libro admirable, LA PRIMACIA DE LO ESPIRITUAL, y en un famoso ensayo, EL SENTIDO DE UNA CONDENACION, Jacques Maritain, que fué uno de los más devotos admiradores de Carlos Maurrás, ha explicado doctoralmente la conducta de la Santa Sede. Para resistir los mandatos de Roma, le quedaba a "La Acción Francesa" un solo camino que fué sagazmente utilizado: negar el carácter esencialmente religioso de esta condenación, declarando que se trataba de una simple medida política. La Santa Sede, afirmaba Maurrás, busca un fin político valiéndose de medios religiosos. En este caso el deber de obedecer sería dudoso. Esclareciendo definitivamente este capítulo, escribe Maritain:

"Sin duda la condenación de **La Acción Francesa** tiene repercusiones sobre lo temporal. Pero en sí misma y esencialmente es una medida exclusivamente espiritual, no tan sólo por su motivo y su razón formal sino también por la materia que comprende en sí e inmediatamente. Se trata de proteger a los fieles contra ciertas desviaciones de la doctrina y del espíritu católicos, consideran-

do en La Acción Francesa ciertas enseñanzas teóricas y prácticas atañederas a las almas. El Papa hace abstracción del partido para no considerar sino la escuela, ha puesto en el índice varios libros de Maurrás a causa de los errores que contienen y ha prohibido a los católicos recibir las enseñanzas y las influencias doctrinales y morales a las cuales juzga que la lectura del diario y la adhesión a la liga no les permiten escapar".

El Santo Padre ha tratado de salvar la civilización cristiana colocando la pura doctrina de la Iglesia al margen de todo interés político. La salvación de un mundo en ruinas no podrá encontrarse sino en el orden sobrenatural, por medio de la fe viva en Jesucristo. Los valores espirituales y religiosos tienen la primacía. La fórmula maurrasiana: "Política primero", es contraria a las enseñanzas de Roma. La acción católica debe prevalecer sobre la acción política. Por esto el Pontífice Pío XI ha podido decir: "No les es permitido a los católicos seguir siendo discípulos de Maurrás, jefe de una escuela que no coloca a Dios, que es toda nuestra razón de ser, como base del orden individual y del orden social, como lo demuestra la razón y lo manda la revelación".

No puede negarse que la herejía de "La Acción Francesa" es la mayor crisis que ha sufrido la Iglesia católica en varios siglos. Con todo tenemos que declarar, como lo hizo Fernando Brunetiere, al utilizar las enseñanzas de Augusto Comte, —aquel pontífice laico, a quien tanto le deben las ideas contrarrevolucionarias—, que "en este grande y macizo edificio de la Filosofía Positiva, puede ha-

cerse una selección de materiales". Selección doblemente difícil para un católico y para un republicano. Pero es incuestionable que en el movimiento de "La Acción Francesa" hay enseñanzas preciosas, que se deben aprovechar, en el dominio exclusivamente político.

Precisamente una de mis primeras polémicas literarias y políticas fué la que me propuso, desde "La Nación" de Barranquilla, el catalán Ramón Vinyes, escritor de múltiple información literaria y polemista de numerosos recursos. Para Vinyes no era posible ser al propio tiempo republicano y discípulo de Maurrás. La objeción parecía definitiva. Lo que caracteriza el sistema político del almenado pensador positivista es el nacionalismo integral, lo que significa sustancialmente tradición y monarquía. Felizmente todas las doctrinas políticas son relativas y Maurrás es el primero en aceptarlo. En Francia el orden está ligado a la Monarquía; en América al cesarismo o a la república aristocrática. El propio Maurrás así se lo declaraba algún día a Francisco García Calderón, en un estrecho café de la Rue du Bac:

"No creo que entre los iberos de América hallemos bases para una reyecía. Conservar allí es quizás defender la república como, en Francia, predicar salud social es volver a la monarquía. Existe en cada pueblo, una fuerza cardinal cuyo vigor o decrecimiento explica los avatares de la historia nacional. En Francia, escribía Albert Sorel, historiador republicano, esa fuerza es el rey tradicional; en Inglaterra, el Parlamento".

Y más adelante agregaba esta lección profética que no deben olvidar las juventudes nacionalistas del Continente:

"En los Estados Unidos se maridan el instinto de los negocios, el positivismo calibanesco y el más frenético sentimentalismo. Ustedes no cometerán el mismo error cardinal de entregarse a la orgía del oro y olvidar que el hombre, animal político, debe organizar y conservar la ciudad. De ocultas fuerzas disolventes sólo triunfa el estudio del medio, de la tradición, de útiles presiones, de la necesaria estabilidad, sin la cual el progreso es la anárquica expresión del romanticismo descontento. Es urgente que funden la república conservadora, hostil al parlamentarismo y a la demagogia. Un poder central fuerte, el municipio libre, la representación de los intereses regionales, y contra el socialismo que sueña en la paz universal el culto de la patria reclusa. No hay que admitir ni conquistadores materiales ni invasores espirituales."

Es todo un programa de acción nacional, que tiene el enérgico acento de las proclamas del Libertador. Allí están todos los afluentes de una teoría nacionalista para los pueblos de la América india.

La figura de Carlos Maurrás es uno de los hechos esenciales en la historia política de nuestro siglo, como lo fueron en el suyo Maquiavelo o Montesquieu. Debido a su incomparable dialéctica, a la deslumbrante magia provenzal de su estilo, a su socrática entereza, las

ideas contrarrevolucionarias han conquistado la alta inteligencia. La contrarrevolución y la cultura siguen la misma ruta. Como en el siglo de León X la divina luz de la antigüedad clásica ilumina hoy las bellas y severas columnas de la Iglesia del orden.

Los Leopardos

En 1917 conocí a Eliseo Arango en el Instituto Universitario de Caldas. Venía del Chocó magro y pálido, trabajado por el paludismo y por una fiebre eruptiva de conocimientos. Este suceso iba a ejercer una influencia decisiva en mi vida.

La capital de Caldas, con uno de los climas más propicios para las faenas de la inteligencia, era entonces un medio universitario de primer orden. Allí se agitaba una juventud insigne, cuya única ambición era descubrir diariamente una nueva verdad científica, literaria o política. Nuestro ideal no era coronar una carrera sino progresar en sabiduría y en belleza. Muy pronto dejamos atrás los libros escolares para lanzarnos como maratonidas en el vasto estadio de la literatura, de la filosofía y de la ciencia. Todas nuestras lecturas eran precipitadas como si se fueran a cerrar las bibliotecas. De los evangelios pasábamos a Carlos Marx y de San Francisco de Asís a Federico Nietszche. Nuestras aspiraciones intelectuales eran ilimitadas. Leyendo una página de Francisco García Calderón sobre el Congreso filosófico de Stugart nos sentíamos dialogando con Bergson o Alfredo Fouillée sobre los temas fundamentales de la metafísica moderna. Una polémica entre Jaurés y Clemenceau en la Cámara francesa, nos daba el presentimiento de los supremos triunfos oratorios.

Al llegar, dos años más tarde, a la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional, nuestro orgullo intelectual era diabólico. Arango se arrojaba a la polémica científica o política con acento de desafío.

"La República" de Alfonso Villegas Restrepo era entonces el centro intelectual de la brillante juventud de los claustros. Allí alternaban conservadores, liberales, republicanos y comunistas: Rafael Bernal Jiménez, Gabriel Turbay, Germán Arciniegas, Luis Tejada. Villegas Restrepo los recibía a todos con idéntico fervor, publicando sin limitación alguna, las primeras páginas políticas de la juventud de provincia, recientemente incorporada a la capital. Su generoso estímulo no le faltó a ninguno. El espíritu pendenciero y mosqueteril de nuestra generación tiene el inconfundible sello del gran diarista republicano.

En "La República" conocí a Augusto Ramírez Moreno, primero, y a Joaquín Fidalgo Hermida y José Camacho Carreño, más tarde. Veníamos de distintos polos geográficos y espirituales. Eliseo Arango era romano, Ramírez Moreno gótico, Camacho Carreño, romántico. Nos reuníamos en un apartamento de la carrera 8, entre calles 18 y 19, a discutir los más variados temas de literatura y de política. El grupo fué bautizado por Ramírez Moreno en memoria de tres ágiles y combativos leopardos, auténtico orgullo de un circo de fieras que visitaba entonces a Bogotá. Germán Arciniegas fue quien primero lanzó el nombre al gran público. Audazmente acepté el reto en un artículo de "El Nuevo Tiempo" ti-

tulado: "En la Cueva de los Leopardos". Nuestra primera manifestación conjunta fué un reportaje a "La República", editado en la edición de estreno de sus nuevos talleres. Entre otras cosas decíamos entonces:

"Los partidos pierden en el poder sus hábitos de lucha; nosotros queremos restaurar para el conservatismo su antigua y noble insolencia. En política lo fundamental es la ofensiva: la defensa es un accidente. Quisiéramos una vasta organización nacional desenvuelta en torno a las ideas tradicionalistas. No se trata de un pasatiempo, ni de una acción aislada.

"—Se dice, preguntaba el cronista, que ustedes pretenden imitar el grupo de **La Acción Francesa?**

"Descartada, por lo absurda, la idea de trasplantar hasta nosotros resabios monárquicos, anhelamos una acción conservadora-republicana que tenga la virtud explosiva de los equipos tradicionalistas que orienta en Francia, Carlos Maurrás. Predicamos la intransigencia que impone por medio de la palabra y de la acción, y si necesario fuera con la violencia, las ideas que realicen dentro de las normas de orden y autoridad el bienestar colectivo".

Acababa de concluir, en medio del mayor desprestigio histórico, la administración Suárez. Toda la juventud universitaria se matriculaba en el partido liberal y en el comunismo, no sólo por su tendencia natural a defender las causas vencidas, sino porque la prensa de oposición y, sobre todo, el más tempestuoso de nuestros tribunos, habían convertido el nombre de nuestra colectividad en

sinónimo de infamia. Del caudaloso movimiento doctrinario de 1886 no quedaba sino una burocracia reumática, que tenía el poder, pero no los honores del espíritu. Pasada la administración Ospina, que restauró transitoriamente nuestro prestigio administrativo, el régimen ya no tenía servidores sino usufructuarios.

Antes que la pasión política nos congregó el culto del idioma, el amor a las letras. El desarreglo literario del sentimiento turba el orden público. Leopoldo Lugones ha declarado en un admirable ensayo:

"La decadencia artística es un efecto de esa crisis de la fealdad. El mamarracho sistemático, la obscenidad, la farsa retórica, la contaminación política que la constituyen, niegan la virtud de crear y traicionan al pueblo. La demagogia estética, como la política, proclama la libertad incondicional que ya sabemos en qué redunda.

"Pero el arte es orden, disciplina, desinterés, sacrificio: virtud, en suma, como lo acabo de expresar. Tiene por objeto la caridad de la belleza, que es al propio tiempo la misericordia de la esperanza; y cuando lo llena, expresando la gracia superior así manifiesta en la armonía de lo creado, cumple su misión social y encuentra en ello recompensa más valiosa que el oro, más preciosa que la justicia, más elevada que la gloria".

Y Maurrás agrega:

"La crítica del romanticismo tiende a la crítica de la revolución. Los desarreglos operados en el arte habían ayudado a sentir, a comprender y a localizar los males realizados en el orden político. La decadencia de las le-

tras había inclinado a admitir la decadencia de la patria. la bella técnica renaciente hacía aspirar a otras construcciones distintas de las de la lengua y el arte".

El romanticismo, la ausencia de toda disciplina en el sentimiento y en el idioma, ha sido también entre nosotros patrimonio de los grandes adalides del liberalimo: Julio Flórez, Rojas Garrido, Antonio José Restrepo. Clásicos fueron, en cambio, Sergio Arboleda, Miguel Antonio Caro, Rufino José Cuervo, Marco Fidel Suárez, Guillermo Valencia. El arte obedece a leyes como la ciudad.

Por medio del prestigio del espíritu, escribiendo y hablando en buena lengua, nosotros emprendimos la restauración de las ideas de orden y autoridad, ingertando verdades nuevas en el viejo árbol de nuestra doctrina. La tradición que defendíamos no eran los errores del pasado, sino la herencia espiritual de Atenas, Roma y París, trasmitida al nuevo mundo por la catolicidad española. Nosotros logramos cambiar la orientación general de la juventud, que desde entonces aceptó su matrícula en las derechas como un título de nobleza.

Nuestro movimiento era esencialmente contrarrevolucionario. Ante el avance del comunismo encontramos un Estado débil, sin más programa que ceder ante las amenazas de la revolución. Aspirábamos a restaurar la autoridad a su primitivo prestigio, renovando los métodos de acción política.

Concluída nuestra vida universitaria en 1924, nos propusimos antes de dispersarnos concretar en un manifiesto nuestras ideas nacionalistas. En esta página pro-

fética, que reproducimos al final de este libro, propusimos una doctrina coherente y lógica para defender la nacionalidad amenazada por sus enemigos internos y por las ambiciones demasiado vehementes de otras razas. Nuestro nacionalismo previsor fué desechado y cada año el país viene entregando uno de los continentes de su riqueza. Bajo la administración Olaya Herrera parecíamos una simple colonia del mediterráneo americano. El Presidente de la república, como lo expresamos en la Cámara, era un simple procónsul de los Estados Unidos. La administración siguiente completó la obra funesta. Si no llegan perentorias y oportunas rectificaciones, Colombia será en el porvenir una nación de jornaleros, un "servil rebaño" al servicio de los codiciosos invasores.

La importancia del Manifiesto nacionalista, no estaba solamente en las ideas sino en el gesto. Por primera vez, en muchos años de historia patria, un grupo juvenil reclamaba su jerarquía intelectual, quebrantando la costumbre de que sólo el coro de los ancianos podía dirigirse con autoridad a la nación. Si la juventud está hoy proscrita de los cuadros directivos de la oposición la culpa es suya, porque en las horas críticas se suman a los temblorosos patricios y no a sus intrépidos compañeros.

Como era natural el **Manifiesto nacionalista** provocó la reacción colérica de los profetas del pasado. Don Marco Fidel Suárez, en la plenitud de su prestigio doctrinario, descargó sobre nosotros el caudal inagotable de

su estilo. Parecía Júpiter olímpico combatiendo contra un descarriado rebaño. Entre otras cosas decía:

"Justino. —Ahora dime lo que piensas sobre la aparición del bloque nacionalista de que se está hablando.

"Luciano. —Que Dios nos favorezca, libre y ampare de participar en esta andanza; que Dios aparte de nuestras malhadadas cabezas la responsabilidad que nos agobiaría, si nos metiéramos en semejante navegación, la cual parece mandada hacer para confundir más y para acabar de destruir a nuestro partido y a nuestra causa política . . . .

"Justino. —Y por qué no ha de ser bueno el bloque que proponen tres jóvenes que se dicen nacionalistas?

"Luciano. —Por muchas razones. Porque en el estado en que se halla el partido conservador, sumido en sopor e indiferencia, aquejado de parálisis, de olvido y de egoísmo, lo procedente, lo indicado, lo indispensable es repetir el grito aquel del 23 de abril de 1912: Unión, unión unánime, unión de pensamiento y acción. Porque esto del bloque es como sangrar a un anémico, una vez que equivale a debilitar y confundir más y más. Porque es obra desalentadora, inconsiderada, emprendida sin la debida autorización, por sujetos que personalmente tendrán buenos títulos, pero que hacen mal en tratar a una corporación tan respetable como el partido conservador, de la manera que un practicante de anatomía se llega al anfiteatro. Porque tal intento resultaría desairado por falta de apoyo y de votos. Porque los iniciadores cortan su carrera, dadas las ideas, propósitos o sentimientos que

el gobierno puede tener en estas historias y en estas materias".

Con arrogancia le contestamos al señor Suárez en una carta colectiva. El sumo pontífice de la doctrina conservadora confundía nuestro nacionalismo, con "la compañía industrial" que había estigmatizado don Carlos Martínez Silva. En nuestra réplica, declarábamos:

"Mucho nos extrañó que un experto de las ideas, reparara tan sólo en el nombre o rótulo del prospecto que entregamos a la meditación de los hombres jóvenes, confundiéndolo, así, con el antiguo independientismo del doctor Núñez, nuestro pensador máximo.

"El sistema político que hemos expuesto se diferencia del viejo nacionalismo por motivos de origen y circunstancias: porque el último tendía a reconstruir la república política y administrativamente, y el primero se encamina a defender los conceptos de nacionalidad y de patria, amenazados hoy por egoísmos regionalistas y codicias forasteras . . . Lejos, pues, de nosotros el intento de revivir los apelativos de "nacionalista" e "histórico", que tuvieron su época y que serían hoy causa de ofuscación y zozobra".

Amigos del señor Suárez en las horas de infortunio, este suceso nos alejó de su lado, y se fué a la tumba musitando sus rencores contra nosotros. Vistas a la distancia aquellas polémicas cobran incontrastable grandeza, porque se movían en el plano de las ideas puras. Sin quererlo el señor Suárez inmortalizaba a sus adversarios grabando sus nombres en uno de los estilos más puros

que se han escrito en nuestra lengua. ¡Cómo contrasta su excelsitud con la oscura pequeñez de sus continuadores, armados únicamente con la sugestión y la perfidia, y cuya prosa es áspero sendero de guijarros!

En 1924 me encargué, por primera vez, de la dirección de "La Patria" de Manizales, donde prediqué durante cuatro años un credo nacionalista. En 1928 fuí llamado a la dirección de "El Debate". Allí se congregó nuevamente nuestro grupo. Contra los desvaríos románticos que precipitaban hacia la ruina al partido conservador prediqué la urgencia de darle al país una orientación realista, cartesiana. La República Financiera fué para mí una doctrina eminentemente espiritual. Toda vida económica es la expresión de una vida psíquica. Goethe saludaba en el descubrimiento de la partida doble una de las más bellas invenciones del espíritu humano. Es preciso humanizar la tierra por medio de la inteligencia y del espíritu. A la improvisación, al lírico desborde de las teorías, deben oponérseles la ciencia, la técnica, el empirismo organizador. Una generación agobiada por realidades tremendas no puede dedicarse a la filosofía especulativa, a la retórica o al drama. Lo que no apresa y trasforma la vida toda de una época en sus más hondas raíces, ha escrito Spengler, mejor es callarlo.

La riqueza es el árbitro de los destinos en este momento histórico. En la producción y en el comercio, en la política y en la guerra, la victoria está con los pueblos ricos, los que concentran en sus manos mayor suma de dinero, eficaz productor de energía. Pueblo fuerte y

pueblo rico son expresiones equivalentes. La política de un Estado moderno, para la paz o para la guerra, consiste en el arte de conservar, de obtener y de aumentar las riquezas. Tal es la política ofensiva de otros pueblos; tal debe ser nuestra política defensiva.

En nuestro tiempo el estadista que descuida los intereses materiales comete un pecado contra el espíritu. Las masas necesitan pan y trabajo. El estado debe ser un agente constante de bienestar social. Un gran político es un benefactor de la humanidad cuyo nombre, desde este punto de vista, puede escribirse con el de Francisco Javier o Federico de Osanam. Fué Núñez quien dijo que la verdad económica era solidaria con la verdad política. La civilización es una carga tanto como un beneficio, y esto es inevitable en un universo gobernado por leyes donde se decreta que nada puede salir de la nada. La civilización no es una causa sino un efecto; el efecto de la energía humana sostenida. El medio económico creado por el general Ospina fué imponderablemente superior a las capacidades, a las aficiones y a las aptitudes de los sosegados burócratas que le sucedieron. Del conservatismo sí que puede decirse que fué un gigante vencido por la economía política.

A nuestro grupo lo congregó primordialmente una doctrina. La amistosa fidelidad que nos ha ligado se confunde con la fidelidad a ciertas convicciones políticas. Nos han unido también el amor al idioma, la independencia del carácter, la inquebrantable firmeza para soportar

la derrota, el común desdén por los honores y los empleos.

Las diferencias de nuestro grupo con Camacho Carreño empezaron desde la Universidad y se han acentuado con los años. En cambio, después de tres lustros de incansable acción pública hoy es más firme que nunca la solidaridad política que me acerca a Eliseo Arango y Augusto Ramírez Moreno.

Después de quince años de actividades cívicas tenemos hoy más resistencias en los vencidos cuadros burocráticos del partido conservador de Colombia que en los albores de nuestra carrera. No sentimos ni decepción, ni cansancio. Para garantizar el triunfo inevitable de nuestras ideas nos basta con el fervor que ellas suscitan en la Universidad, donde está el sufragio de los que vienen. A cierto organizador de derrotas que pretendió descalificarnos le hemos quebrantado la hélice: le hemos arrebatado la juventud. Nuestro deseo más vehemente ha sido cambiar los propósitos numerosos y ridículos de nuestros contemporáneos. Tener razón contra todos es la obra maestra de la energía humana.

Hemos predicado la urgencia de una contrarrevolución y lo hicimos desde la hora más inoportuna: cuando gobernaba el partido conservador. El movimiento republicano de 1910 fué un puente tendido entre la tradición y la revolución en marcha. El espíritu liberal invadió entonces la antigua encina bolivariana. Algunos náufragos de aquella colectividad indoctrinaria han pretendido ejercer un pontificado laico en el viejo partido na-

cional que no conoce sino sus agravios. Los heresiarcas dictaminan hoy en el consistorio romano.

El porvenir nos dará la razón porque representamos una doctrina coherente, organizada y lógica que tiene una solución propia frente a todos los problemas del universo. A la herejía marxista no puede oponérsele sino una doctrina de bronce; a la violencia de las izquierdas la contrarrevolución del orden. Las especies híbridas están llamadas a desaparecer: la sagaz naturaleza las ha hecho infecundas.

Democracia, República y Cesarismo

Siempre he considerado como la mejor forma de gobierno la república aristocrática o el patriciado romano, que tanto amaba Augusto Comte. Uno de los errores más frecuentes en los escritores de nuestro tiempo es confundir los términos "república" y "democracia". Se trata, principalmente, de una falta completa de disciplinas clásicas. La república hace relación a las leyes; según Marco Tulio es la nación asociada en el consentimiento del derecho. La democracia se refiere a la forma de ejercer el gobierno, por uno sólo o por muchos. Hay monarquías democráticas, como Inglaterra; hay repúblicas aristocráticas y oligárquicas como la Roma antigua. Campanella, el más antidemocrático de los hombres, dió esta definición: "El dominio de uno bueno se llama, Monarquía; el de uno malo, Tiranía; el de algunos buenos, Aristocracia; el de algunos malos, Oligarquía, y el de todos malos, Democracia". La distinción entre democracia y república era muy clara para los antiguos. Platón escribió sus diálogos marcadamente aristocráticos, trazando el prospecto de una república ideal. Contra la inconstancia en los principios y en los hombres, contra las oscilaciones de la democracia ateniense, ondulante y flúida como la costa del Archipiélago, el filósofo imaginó su república, norma permanente de salud y de vida, donde copiaba las instituciones que Licurgo le dió a Esparta, inquebrantable

áspera y disciplinada, como el Peloponeso, labrado en una cadena de montañas. Su república era aristocrática; las actividades democráticas estaban allí proscritas.

Bolívar, a quien nadie le discutirá su título de precursor del conservatismo colombiano, trató de establecer en América una especie de república lacedemónica, atemperada y autoritaria. Véase, sino, cómo compara en su memorable mensaje al Congreso de Angostura los sistemas de Atenas y de Esparta:

"El más sabio legislador de Grecia no vió conservar su república diez años y sufrió la humillación de reconocer la insuficiencia de la democracia absoluta, para regir ninguna especie de sociedad, ni aún la más culta, morigerada y limitada, porque sólo brilla con relámpagos de libertad. Reconozcamos, pues, que sólo ha desengañado al mundo y le ha enseñado cuán difícil es dirigir por simples leyes a los hombres. La república de Esparta, que parecía una invención quimérica, produjo más efectos reales que la obra ingeniosa de Solón. Gloria, virtud, moral, y por consiguiente, felicidad nacional, fueron el resultado de la legislación de Licurgo. Aunque dos reveses en un estado son dos monstruos para devorarlo, Esparta tuvo poco que sentir de su doble trono; en tanto que Atenas se prometía la suerte más espléndida, con una soberanía absoluta, libre elección de magistrados frecuentemente renovados, leyes suaves, sabias y políticas. Pisistrato, usurpador y tirano, fue más saludable a Atenas que sus leyes, y Pericles, aunque también usurpador, fue el más útil ciudadano. La república de Tebas no tuvo

más vida que la de Pelópidas y Epaminondas, porque a veces son los hombres, no los principios, los que forman los gobiernos. Los códigos, los sistemas, los estatutos, por sabios que sean, son obras muertas, que poco influyen sobre las sociedades: hombres virtuosos, hombres patriotas, hombres ilustrados, constituyen la república. La constitución romana, es la que mayor poder y fortuna ha producido a ningún pueblo del mundo . . . Sólo la democracia, en mi concepto, es susceptible de una absoluta libertad, pero ¿cuál es el gobierno democrático que ha reunido a un tiempo poder, prosperidad y permanencia? Y no se ha visto, por el contrario, a la aristocracia, a la monarquía, cimentar grandes y poderosos imperios por siglos y siglos? Qué gobierno más antiguo que el de China? Qué república ha excedido en duración a la de Esparta, a la de Venecia? El imperio romano no conquistó la tierra? No tiene Francia catorce siglos de monarquía? Quién es más grande que Inglaterra? Estas naciones, sin embargo, han sido o son aristocracia y monarquía".

El tremendo sino de la democracia es devorarse a sí misma. Donde no existe un poder moderador que equilibre las eternas fuerzas en pugna se cumple fatalmente aquella ley social, sintetizada así por Balzac: "La libertad engendra la anarquía; la anarquía conduce al despotismo y el despotismo lleva de nuevo a la libertad". El cesarismo, la dictadura, es la consecuencia obligada de los gobiernos democráticos, después de un período de desarreglos cívicos. La enciclopedia Larousse da esta de-

finición exacta de la palabra cesarismo: "dominación de soberanos, elevados al gobierno de la democracia, pero revestidos de poder absoluto". Julio Simón agrega: "El cesarismo, es la democracia sin libertad". El cesarismo es el término de toda evolución democrática. Y cuando no se presenta el Imperator el pueblo soberano concluye por entregarse a los magnates del dinero, como sucedió en los Estados Unidos. Al definir Laureano Vallenilla Lanz el cesarismo democrático, como la más auténtica expresión del pensamiento liberal, puede ser cínico, pero también es sincero. Del fondo de las plebes sublevadas han salido Guzmán Blanco, Balmaceda, Santos Zelaya, Plutarco Elías Calles, Tomás Cipriano de Mosquera.

Como lo anota Spengler "la desconfianza contra la forma elevada es tan grande en la tercera clase, en la clase sin forma íntima, que siempre y donde quiera ha preferido salvar su libertad, —su falta de forma— merced a una dictadura irregular y, por tanto, enemiga de todo lo orgánico; pero, en cambio, favorable, por su actuación mecánica, al gusto del espíritu y del dinero. Allí está para atestiguarlo la estructura de la máquina política francesa, iniciada por Robespierre y terminada por Napoleón. La dictadura en interés de un ideal de clase fué preconizada por los grandes demócratas como Rousseau, Saint-Simon, Rodbertus y Lasalle no menos que por los ideólogos del siglo IV: Jenofonte, en la Ciropedia, e Isócrates, en el Nicocles. En la conocida frase de Robespierre **el gobierno de la revolución es el des-**

potismo de la libertad contra la tiranía se expresa el profundo terror que acomete a las masas cuando ante los acontecimientos graves no se sienten seguras y en forma".

Este es el fenómeno que Ortega y Gasset ha llamado "la rebelión de las masas"y que Aristóteles había observado ya en el mundo antiguo, describiéndolo en fórmulas eternas, en su tratado de "La Política": "Cuando la ley ha perdido su autoridad absoluta por haberse trasmitido de la ley al pueblo, es que han tenido crédito los demagogos. No hay demagogos cuando impera la ley en gobiernos democráticos, pues son los ciudadanos más recomendables por sus méritos y virtudes los que gozan de las preeminencias; pero una vez que la ley pierde su soberanía, surge una multitud de demagogos. El pueblo entonces es como un monarca de mil cabezas; ninguno es soberano individualmente, pero lo es la plebe en cuerpo o en conjunto. Semejante pueblo, verdadero monarca, lo que quiere es reinar como monarca; ha sacudido el yugo de la ley y se hace déspota; como todos los déspotas, escucha las lisonjas de sus aduladores. Esta democracia es en su género, lo que la tiranía es a la monarquía. En una y otra, la misma opresión para los hombres de bien; en la monarquía tiránica, decretos; en la democracia demagógica, arbitrariedades. Demagogo y adulador son idénticos; existe una semejanza tal que los confunde. Los aduladores y los demagogos suelen tener una influencia grande: los primeros en los tiranos; los últimos, en la plebe".

Una república, para subsistir, tiene que ser más o menos oligárquica o aristocrática. Roma fué modelo eterno de magistrados y de legisladores, cuando estuvo gobernada por un patriciado culto. Con un sufragio restringido las leyes eran dictadas atendiendo únicamente a las normas de la justicia y a las exigencias de los tiempos. De su estricta aplicación se encargaban un Catón, un Licinio, un Marco Tulio. Su senado y sus cónsules dejaron como testimonio imperecedero de su rectitud y de su sabiduría, el derecho romano, filosofía de la equidad. Demagogos ambiciosos, al estilo de Clodio, empezaron a sublevar a las muchedumbres incultas, por medio de la violencia. Julio César rompió todos los diques jurídicos, colocándose a la cabeza de la plebe, para establecer una dictadura de izquierdas. Este fué el fin de la república.

Durante mucho tiempo Chile fué juzgada como la república ideal de América, por la moderación de sus magistrados, el respeto al derecho, el culto de la libertad. Prácticamente allí se había establecido aquella herencia sociocrática, que tanto amaba el Libertador, una oligarquía ilustrada. Las altas funciones públicas se trasmitían hereditariamente y las masas analfabetas no tenían mayor influjo en el gobierno. Arturo Alessandri, —un exaltado demagogo, en su primera época de formación política,— arrojó a las muchedumbres frenéticas en una violenta antítesis contra la tradición conservadora. La república había concluído. Después de él vendrían una serie de dictaduras militares y de tumultos anárqui-

cos. Hoy es el propio Alessandri quien dirige una reacción hacia la república atemperada.

Durante medio siglo mantuvo el partido nacional en Colombia una oligarquía de letrados y jurisconsultos, ejemplar por su respeto a las leyes, por el culto de la libertad y la justicia. En sus últimos veinte años de gobierno nuestra patria fué un islote perdido en medio de la barbarie. La línea divisoria entre los partidos políticos empezaba a perderse y en la administración pública alternaban liberales, conservadores y socialistas. En 1930 se rompieron los diques que sostenían el orden y conservaban la disciplina. Un sufragio vertiginoso y violento llevó al poder a las masas rebeldes, que reemplazaron entonces a los gobiernos legítimos. Las normas eternas del derecho, escritas para gobernar a la familia humana, fueron destruídas por la intrepidez ignorante de los jacobinos. La plebe en acción aniquiló la república.

Pero la política es un arte tanto como una ciencia. No es posible desear en abstracto el mejor gobierno para un pueblo, sino que es preciso estudiarlo en relación con el medio físico, con la tradición, con las costumbres, con las instituciones, con los instrumentos de poder. Platón arruinó la república de Siracusa pretendiendo ensayar en ella sus teorías políticas. Este sentido realista de la política lo tuvo en grado supremo el Libertador, cuando dijo:

"El sistema de gobierno más perfecto es aquel que produce mayor suma de felicidad posible, mayor suma

de seguridad social y mayor suma de estabilidad política".

Y Carlos Maurrás, discípulo de Comte, agrega: "No predico la monarquía en América . . . Monarquía, República, no son más que medios como la libertad o la autoridad. Cada uno vale lo que vale para dar a los pueblos el orden, y el progreso, la justicia, la prosperidad y la paz. Países hay en que la República es una necesidad nacional. Hay otros donde, como lo ha observado nuestro Renán, esta palabra es sinónimo de cierto desarrollo democrático malsano y en ellos significa estímulo, excitación a la anarquía. En estos últimos países, la monarquía es autóctona. En ellos la monarquía ha salvado durante largo tiempo la seguridad, la fuerza, la influencia y el honor. Este es el caso de Francia, donde el espíritu de la llamada Revolución Francesa ha sido importado; llegó de Suiza con Rousseau, de Londres con Montesquieu, de Prusia con Mirabeau; procedió más hondamente de la influencia perturbadora desarrollada desde el siglo XVI por el espíritu político de la Reforma".

El cesarismo, la dictadura, no es una ideal forma de gobierno, pero es la única posible en una democracia trabajada por la anarquía. Cuando nosotros combatimos la descomunal hipérbole de aversión y de injusticia del régimen que hoy padece Colombia, es precisamente en defensa de la república. La cortante iniquidad del gobierno y el peligro comunista, nos están colocando "en estado de necesidad". Todo indica que los últimos republicanos serán vencidos por la ceguedad, el exclusi-

vismo y la codicia del espíritu liberal, fúnebre arquitecto de su propia sepultura. El fascismo, para darle algún nombre a la reacción armada, es el epifenómeno del caos. Así lo demuestran Italia y Alemania.

EL FASCISMO

La filosofía política del fascismo está en el Maquiavelo republicano de los "Discursos". Maquiavelo niega las virtudes democráticas. Esta doctrina la comparte Mussolini cuando afirma que la libre voluntad del pueblo es una ficción o una ilusión más. La soberanía popular, según él, es una burla trágica. Así razona en sus juicios:

"A lo sumo el pueblo delega, pero ciertamente no puede ejercitar soberanía alguna. Los sistemas representativos pertenecen más a la mecánica que a la moral. Aún en aquellos países en que estos mecanismos se hallan en el más alto uso desde hace siglos y siglos, llegan horas solemnes en que nada se pregunta al pueblo, porque se sabe que la respuesta sería fatal; se le quitan las coronas de la soberanía —buenas para los tiempos normales— y sin más se le ordena asentar una revolución o una paz o marchar hacia lo desconocido de una guerra. Al pueblo no le queda más que un monosílabo para obedecer. Ya véis que la soberanía largamente otorgada al pueblo se le arrebata en los momentos en que precisamente más la necesitaba. Se le deja cuando es inocua

y como tal se le reputa, es decir, en los momentos de ordinaria administración ¿Imagináis una guerra proclamada por un referendum? El referendum está bien cuando se trata de elegir el lugar más a propósito para colocar una fuente en el villorrio, pero cuando los intereses supremos de un pueblo están en juego, incluso los gobiernos ultrademocráticos se guardan bien de entregarlos al propio juicio del pueblo. Regímenes exclusivamente contractuales no han existido nunca, no existen, no existirán jamás".

Cuando la universidad de Bolonia le confirió el título de doctor "honoris causa", Mussolini escribió su tesis sobre Maquiavelo. El tema se lo sugirió una frase del autor de "El Príncipe" escrita en la empuñadura de la espada que le regaló la legión de las camisas negras de la ciudad de Imola: "Con palabras no se mantiene el Estado". Para Mussolini "El Príncipe" es el abecedario del hombre de gobierno.

Italia, antes del advenimiento de Mussolini era el arrabal de Europa, encrucijada de hampones y anarquistas, sin influencia en los destinos mundiales. En quince años de acción incansable Mussolini ha acrecentado su población y doblado su territorio, llevando nuevamente victoriosos los antiguos fascios a las comarcas sojuzgadas por los cónsules. La nueva Italia es hoy uno de los barrios esenciales de la civilización. Al mágico influjo de un gobierno de derechas se multiplican los ferrocarriles, las avenidas, las carreteras, los puertos, y surgen monumentales obras arquitectónicas. Las lagunas pontinas, que desesperaron a los césares, abren

hoy surcos fecundos a las faenas triptolémicas. Y todavía más: "Grandes navíos, escribe Ludwig, hasta de cincuenta mil toneladas transportan ahora hombres y mercancías sobre los mares; la flota aérea es totalmente nueva. Han sido fundadas tres nuevas universidades y modernizadas las antiguas; en Perusa ha sido creada una universidad para extranjeros. Todas las escuelas populares han sido elevadas de nivel por el dictador, que primeramente fue maestro de escuela; el importe de las matrículas reducido o suprimido; el analfabetismo del mediodía casi extirpado del todo. En Roma, Ostia, Pompeya, se han emprendido grandes excavaciones, sacados a la luz nuevos hallazgos de antigüedades". Como sistema de gobierno es preferible incuestionablemente la democracia conservadora de Inglaterra a la dictadura cesárea. Pero Mussolini tuvo que ir hacia el fascismo porque Italia se había colocado en "estado de necesidad". Y contra la anarquía liberal y comunista no opera sino la vigorosa afirmación del orden. Quince años de gobierno de Mussolini representan para el engrandecimiento de Italia el esfuerzo de varios siglos.

EL NACIONAL-SOCIALISMO

La filosofía política del nacional-socialismo está en Hégel y en Federico Nietzsche. Su precursor inmediato es Oswaldo Spengler, que le dió al mismo tiempo una

metafísica y una teoría racial. "La Decadencia de Occidente" es la epopeya de los tiempos modernos, "El Fausto" da la civilización maquinizada. Spengler hizo un ensayo de escribir la historia del universo a través de la biografía de Goethe, su maestro. El libro arranca de un laboratorio de tesis y de doctrinas contrapuestas, hasta llegar a los coros finales, donde la acción y la técnica redimen al hombre de las culpas originarias. Para Spengler la democracia tiene un enemigo capital: el dinero, que es su arma política. "El dinero, dice, triunfó bajo la forma de la democracia. Hubo un tiempo en que él sólo —o casi sólo— hacía la política. Pero tan pronto como hubo destruído los viejos órdenes de la cultura, surge sobre el caos una magnitud nueva, prepotente, que ahonda sus raíces hasta el fondo de todo suceder; los hombres de puño cesáreo. Estos son los que aniquilan la omnipotencia del dinero. El Imperio significa, en toda cultura. el término de la política de espíritu y de dinero. Los poderes de la sangre, los impulsos primordiales de toda vida, la inquebrantable fuerza corporal, recobran su viejo señorío. Despunta pura e irresistible la raza. El éxito para el fuerte y el resto, botín. Apodérase del gobierno del mundo y el imperio de los libros y de los problemas que se anquilosan o se sumergen en el olvido. A partir de este instante, vuelven a ser posibles sinos heroicos, como los de los tiempos primitivos, sinos que se velan para la conciencia tras un sistema de causalidades".

En el último capítulo de su monumental libro vaticina la lucha entre el dinero y la sangre, es decir entre

el espacio y el tiempo, con el triunfo definitivo de éste:

"El advenimiento del cesarismo quiebra la dictadura del dinero y de su arma política, la democracia. Tras un largo triunfo de la economía urbana y sus intereses, sobre la fuerza morfogenética política, revélase al cabo más fuerte el aspecto político de la vida. La espada vence sobre el dinero; la voluntad de dominio vence a la voluntad de botín. Si llamamos capitalismo a esos poderes del dinero y socialismo a la voluntad de dar vida a una poderosa organización político-económica, por encima de todos los intereses de clase, a la voluntad de construir un sistema de "noble" cuidado y deber, que mantenga "en forma" el conjunto para la lucha decisiva de la historia, entonces esa lucha, al mismo tiempo, es la contienda entre "el dinero y el derecho".

"Los poderes privados de la economía quieren vía franca para sus conquistas de grandes fortunas: que no haya legislación que los estorbe la marcha. Quieren hacer las leyes en su propio interés, y para ellos utilizan las herramientas por ellos creadas: la democracia, el partido pagado. El derecho, para contener esta agresión, necesita de una tradición distinguida, necesita la ambición de fuertes estirpes, ambición que no haya su recompensa en el amontonamiento de riquezas, sino en las tareas del auténtico gobierno, allende todo provecho de dinero. Su poder sólo puede ser derrocado por otro poder no por un principio. No hay empero, otro poder que pueda oponerse al dinero, sino ese de la sangre. Sólo la sangre superará y anulará al dinero. La vida es lo pri-

mero y lo último, el torrente cósmico en forma microscópica. La vida es el hecho, dentro del mundo como historia".

Alcanzado el sino heroico empieza un período de grandeza colectiva, ambiente para la reconstrucción de una cultura, donde el individuo no es nada. Spengler describe esta época en términos que tienen la rica cadencia de la Egloga a Polión, salutación optimista de los tiempos nuevos:

"Con el Estado en forma, échase a dormir también la alta historia. El hombre torna de nuevo a ser planta, siervo de la gleba, obtuso y permanente. La aldea "fuera del tiempo", el eterno aldeano reaparece, engendrando niños y metiendo trigo en la madre tierra, laborioso enjambre sobre el que pasa con viento de tormenta el torrente de los soldados imperiales. En medio del campo yacen las viejas ciudades mundiales, vacíos habitáculos de una alma extinta, en los que lentamente anida la humanidad sin historia. Se vive al día, con una felicidad mezquina y una gran paciencia. Los conquistadores que buscan botín y fuerza en ese mundo pisotean las masas; pero los supervivientes llenan pronto los vacíos con fecundidad primitiva y siguen aguantando. Y mientras en las alturas alternan victoriosos y vencidos en eterno cambio, abajo los pequeños rezan, con esa poderosa devoción de la segunda religiosidad que ha superado para siempre toda duda. En las almas la paz universal se ha hecho realidad, la paz de Dios, la beatitud de frailes ancianos y de anacoretas; pero sólo en las almas. Se ha

desarollado en ellas esa profundidad en la aceptación del dolor, profundidad que el hombre histórico desconoce en el milenio de su desenvolvimiento. Con el término de la gran historia reaparece la gran conciencia sacra y tranquila. Es un espectáculo, que en su falta de finalidad, resulta sublime, un espectáculo sin objetivo y lleno de grandeza, como el curso de los astros, la rotación de la tierra, la alternancia de tierra y mar, de hielos y bosques. Podremos llorar o admirar; pero la realidad es esa".

Así es la vida de Italia y de Alemania bajo sus dictaduras de derecha.

En la obra de Spengler aparece uno de los fundamentos más vigorosos del nacional-socialismo: la teoría rascista. Para Hitler sólo la regeneración de la sangre nórdica, a la que los pueblos indogermánicos deben su grandeza histórica puede salvar a la moderna Alemania. Por cierto que como lo declaraba Mussolini a Ludwig ninguno de los defensores de la raza pura germánica ha sido alemán: Gobineau era francés, Chamberlain, inglés; Woltmann era judío. El conde de Gobineau fue una de las inteligencias más soberanas del siglo diez y nueve: letrado, pensador y filósofo. En mil ochocientos cincuenta y cuatro publicó su libro memorable: "Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas", donde sostiene que el primado de la civilidad concierne a los arios, de quienes descendieron los griegos de la antigüedad y los germanos modernos. Para Gobineau todo cuanto es grande es ario, y la fusión de las razas arias con las demás conduce a la decadencia. Ciencias, artes, civiliza-

ción, —todo lo selecto, noble y fructuoso sobre la tierra—, es producto de una sola raíz: la raza teutónica, cuyo origen es por entero diferente de la raza amarilla y negra.

De esta concepción, más política que científica, se ha derivado el odio contra la raza judía, cuya persecución fue decretada oficialmente por Hitler. Para los discípulos alemanes de Gobineau los italianos del norte descienden en su mayor parte de los invasores germanos, desde los tiempos de César hasta Carlomagno; fueron éstos hombres los que hicieron el renacimiento de Florencia para llevarlo luego a Roma. Así Dante, Rafael Ticiano, Miguel Angel, Leonardo de Vinci, resultan de tipo nórdico. En su delirio llegan a declarar que Jesucristo no es judío sino de raza aria, porque, según ellos, la tradición lo describe con atributos físicos y morales claramente nórdicos. "Al representar la Crucifixión, —escribe Gunther,— ningún artista vacila en pintar morenos a los dos ladrones, en contraste con el rubio Salvador".

Gunther afirma que cada raza tiene un olor específico, y que todas las razas que no son arias puras huelen mal. Pero lo curioso es que un racista del Japón, el profesor Adaki, declara que sólo la raza amarilla tiene un olor selecto, y que el olor de los blancos mortifica la fina sensibilidad del olfato japonés. Hitler ha llegado hasta sostener que Africa empieza en el Rhin.

Todas estas teorías son empíricas, sin ningún fundamento científico, pero están muy de acuerdo con la

tradición imperial de Prusia, con el "Discurso a la nación alemana", de Fichte y con el pangermanismo de von Bernardi.

En el triunfo de Hitler influyeron factores sociales y factores individuales. En primer término la guerra europea y sus consecuencias. El tratado de Versalles significaba el cautiverio de setenta millones de hombres, la pérdida de su imperio colonial, la desmembración del territorio, un cuantioso tributo de guerra y la infamia perpetua. El pago de las reparaciones debía durar, según el plan Young, hasta mil novecientos ochenta y ocho. Hitler se alzó como un gigante contra la pesada cadena, rompiendo sus duros eslabones. Por otra parte existían entonces en Alemania más de ocho millones de desocupados. Si esta masa se decide por el comunismo toda la civilización habría quedado quebrantada. Hitler logró desviarla a la derecha con un movimiento más religioso que político. Las alteraciones de la estructura económica, que lógicamente parecían destinadas a multiplicar los escuadrones marxistas, vinieron a favorecer, por obra de Hitler, a sus contrarios. La curva de la miseria, el empobrecimiento, la ruina de la agricultura, del comercio y de la industria, las inexorables condiciones de la paz, fueron los estímulos más poderosos para la ascensión del nacionalismo socialista. Por primera vez en la historia contemporánea de Europa las masas obreras, en la propia patria del socialismo, se incorporaron en un movimiento de derechas. El fenómeno fue estudiado así por el socialista Henri de Man, con singular clarividencia:

"Hasta hace diez años parecía el movimiento socialista como un concepto que compendiaba todas las fuerzas revolucionarias que derivan de la repulsa contra el capitalismo. El polo opuesto político era la ciudadanía social conservadora. El crecimiento del nacionalismo socialista ha cambiado este concepto. En la mayor parte de los países del continente ha llegado a ser este nacionalismo la oposición política más fuerte contra el movimiento comunista. Viene a ser de este modo casi como si la reacción se quisiera poner hoy la careta de un partido revolucionario, que en la acción del tiempo pasara desde la agitación socialista al radicalismo anti-capitalista . . . Hitler aplicó resentimientos anti-capitalistas contra la conmoción socialista y obró de este modo en sentido reaccionario social".

Esta es la gran lección para los países amenazados por el comunismo.

El hitlerismo es, ante todo, un producto sicológico y racial. Hitler es Alemania. Hasta su paso marcial anuncia al descendiente de Odín. Es un tribuno de estirpe imperial, cuya fuerza más poderosa reside en las modulaciones magníficas de su garganta, en sus frases cortantes que vuelan implacables y certeras como la metralla. Leyendo sus discursos no es posible comprender su magnetismo. En la oratoria entran aspectos indefinibles del alma.

Hitler ha realizado en cinco años de gobierno la tarea de colocar nuevamente a Alemania, despedazada an-

tes por el socialismo, a la cabeza de la cultura de occidente, realizando un proceso de aceleración de la historia, donde las semanas valen por años y los años por siglos. En su discurso ante el Reichstag, convocado al día siguiente de la ocupación militar de la Rinelandia, declaraba con poderoso acento humano:

"¡Compañeros! Desde hace tres años estoy a la cabeza del Reich y por lo tanto del pueblo alemán. Grandes son los éxitos que en estos tres años han coronado mis desvelos en pro de la patria. En todos los terrenos de nuestra vida nacional, política y económica se han mejorado las circunstancias. Pero también debo confesar en este día que durante este tiempo, me han agobiado un sinnúmero de inquietudes, siguiendo a los días colmados de trabajo incontables noches de desvelo. He logrado realizar mis deseos, en lo posible, porque jamás me sentí dictador de mi pueblo, sino tan sólo su guía y como tal su representante. Para alcanzar la íntima adhesión a los ideales del pueblo alemán tuve que sostener primero catorce años de lucha, y gracias a su confianza, fuí encargado, por el venerable mariscal de campo, de las riendas del gobierno. Pero también desde entonces he encontrado un manantial de insospechadas energías en la dicha de sentirme indisolublemente unido con mi pueblo como hombre y como guía. En estos tres años, Alemania ha recuperado su honor, a vuelto a encontrar su fe, ha vencido en gran parte su escasez económica y se ha encaminado, por último, hacia un renacimiento de su cultura. Esto, creo afirmarlo ante Dios y mi conciencia".

Aquí cada palabra equivale a un hecho. Alemania, más que ninguna otra nación del mundo había sido colocada en estado de necesidad, porque sus peligros no eran solamente internos sino internacionales. Situada en la frontera de Rusia y amenazada continuamente por el desborde mongólico, Alemania tuvo que constituírse en el contrafuerte de la cultura humana contra el bolcheviquismo, que es la doctrina de un judío europeo aplicada por un temperamento asiático. Si Hitler no asciende al poder en 1.932 Rusia se habría adueñado fácilmente de Europa. Hoy Hitler puede afirmar que Alemania está armada y lista para defender al mundo del peligro soviético. Hitler rompió los injustos tratados de Versalles y Locarno, y Francia no pudo reaccionar. Invadió con sus tropas la Rinelandia y elevó el pie de fuerza a ochocientos mil hombres, y Francia permaneció asombrada pero impotente.

Con Hitler, Alemania, ha recobrado su grandeza imperial. Su obra es más audaz, vasta y sólida que la de Bismarck. Ningún estadista europeo, si se excluye tan sólo a Mussolini, puede presentar un balance comparable al suyo. Si la democracia es el gobierno del pueblo, el tercer Reich es el estado más democrático del mundo; en las últimas votaciones alcanzó Hitler cuarenta y cuatro millones de votos, es decir, el noventa y nueve por ciento de la población alemana, cuando León Blum, el jefe de la democracia más bulliciosa de Europa, no representa siquiera el diez por ciento de la población total de Francia.

Luis Bertrand describe así un desfile de los legionarios de Hitler ante el Fürher:

"No parecían, por cierto, estar en una fiesta. Pero una disciplina rígida se había impreso en todas las caras y dominaba todos los movimientos. Aceptan todos esa disciplina, están llenos de "fidelidad al Fürher y de fe en su misión", como afirmaban los jefes del partido? Lo que sé es que el entusiasmo de las masas hacía un contraste extraño con esa disciplina feroz y muda. Y, sin embargo, ese mismo entusiasmo parecía disciplinado. Nada comparable a las multitudes francesas, donde siempre surgen movimientos espontáneos y gritos individuales. Era la vida formidable y arreglada de un elemento. En cuanto fue anunciado el paso del Fürher, trombas humanas se precipitaron hacia él. Las aclamaciones que se elevaron por encima de ese mar movible se perpetuaban con un ruido de trueno. Allí, verdaderamente, había un impulso del corazón salido de toda esa multitud. Puedo decir que nunca había asistido a un delirio semejante. Y me pregunto qué soberano, qué héroe nacional ha sido aclamado, adulado, mimado e idolatrado como ese hombre, ese hombrecito de camisa parda, que, seguido de su cortejo, como un soberano, tiene siempre el aire de un obrero".

Hitler y Mussolini gobiernan con el pueblo y para el pueblo: El cesarismo es la hipertrofia de la democracia.

Mientras Alemania crece y se altiva, Francia decae y se envilece en manos del frente popular. La patria de

Carlos Martel, de Condé, de Turena, de Napoleón, de Foch, soporta agachada todos los ultrajes y vuela a toda máquina hacia la ruina. León Blum, su tembloroso conductor, ha declarado que nunca juzgará imposible evitar una guerra, frase desgraciada que estimula la audacia imperialista de Hitler.

En un año de gobierno del frente popular la gran nación latina, entregada a los delirios revolucionarios, ha perdido su posición hegemónica en la familia humana.

En la obra de Hitler y de Mussolini hay innumerables errores y son muchas las rectificaciones que exige el estado totalitario, especialmente en lo que hace relación a la libertad y a la justicia. Pero no es lo mismo el trabajo del horticultor que calcula un huerto o un jardín al de la naturaleza que conserva la fecundidad de la tierra y consolida su estructura en medio de tremendos cataclismos. De estos grandes movimientos europeos no pueden aprovecharse sino algunas doctrinas, cuidadosamente revisadas, y su táctica. El fascismo fué en Europa un producto de la propaganda comunista, de los problemas creados por la guerra grande, entre ellos el de los antiguos combatientes, y de peculiares condiciones de los pueblos donde ha triunfado. Mussolini no es un fenómeno aislado en la vida italiana. Desde los tiempos de Mario y de Sila han existido allí, en épocas críticas, dictadores de izquierda y de derecha. Alemania tiene veinticuatro siglos de disciplina imperial. Se trata de un país hecho para el uniforme, para la gran parada, para el espectáculo. Si algún día, publicaba un sagaz comentarista

francés, se realizara el sueño de pactar la unión entre Alemania y Francia, sería preciso hacer desfilar nuestro ejército por las calles de Berlín.

Ningún escritor responsable, en las derechas colombianas, ha preconizado la urgencia de implantar entre nosotros una dictadura de tipo fascista. Es muy fácil combatir a un enemigo, cuando uno mismo escoge el terreno para dar la batalla. Lo que predican propiamente nuestras derechas es un retorno a los ideales bolivarianos, la necesidad de reconstruir el orden y la autoridad en un país amenazado por el caos. El liberalismo no es sino el satánico combate del hombre contra el espíritu a nombre de la libertad.

Sólo los partidos de derecha, poderosamente anclados en el sentimiento nacional, estimulan el progreso de los pueblos, defienden su cultura y les infunden una voluntad de poderío. Fué Sófocles quien dijo que "la patria se halla incluída en las grandes leyes del mundo". Una nación en decadencia, palabras son de Carlos Maurrás, ve decaer con ella su consideración internacional. Si su decadencia se acentúa, aquella desaparece. Cuando se llega al último grado de decadencia política, ni la propiedad ni las personas están ya seguras: los desiertos de Armenia y el Trasvaal prueban que el hombre moderno, sin una patria fuerte, vuelve a caer en la barbarie.

En Colombia hemos tenido república en dos o tres fugaces períodos históricos, pero no hemos tenido nunca democracia. El sufragio ha estado viciado siempre por el fraude o por la violencia, o por ambas cosas a la vez.

En cambio casi todos nuestros gobernantes se han preocupado por el respeto al derecho, manteniendo un régimen de libertad y de justicia.

Las derechas en todos los países del mundo han tenido que renunciar a sus métodos democráticos de lucha y buscar procedimientos más eficaces de acción. La democracia no es posible sino cuando todos los partidos la aceptan lealmente. Pero cuando uno se aprovecha de ella y les impide a sus adversarios defenderse por el mismo sistema, la democracia es una oprobiosa forma de tiranía.

El sino trágico de la democracia es que de su propio seno han brotado sus más temibles enemigos: la ciencia y el comunismo. Los revolucionarios del siglo XIX saludaron en los progresos científicos el advenimiento de la época de las luces, que destruyendo las religiones, haría a los hombres iguales y felices. Fué entonces cuando Lamarck y Darwin proclamaron la desigualdad de todas las especies y la supremacía de los más aptos. Las ideas evolucionistas destruyen el mito revolucionario. Una sociedad que se desenvuelve evolucionando no comienza a cada generación nueva. Quien dice selección dice desigualdad y jerarquía. Durante mucho tiempo fué un lugar común la fraternidad entre la democracia y la ciencia. Nuestra época ha venido a demostrar que todas las conclusiones científicas rectifican la ideología desordenada y anárquica de la revolución. Los principios tradicionales constituyen una "anotación humilde, pero sabia de la experiencia secular". La armonía entre las más re-

cientes hipótesis científicas y la verdad política les abre perspectivas ilimitadas a los partidos contrarrevolucionarios. Fué por un cambio fundamental en los espíritus en el siglo XVIII que la revolución se hizo posible. En nuestro tiempo el ascendiente intelectual y científico, y la potencia de atracción, han pasado de la izquierda a la derecha.

Otra de las grandes doctrinas democráticas fué la ascensión del proletariado, la redención de los humildes. Pero de un momento a otro las masas obreras han renunciado a servir de apéndice a la burguesía y aspiran a conquistar el gobierno únicamente para ellas, destruyendo la democracia y estableciendo la dictadura del proletariado. Sin embargo, como la democracia ha sido un vehículo para el comunismo, los comunistas siguen llamándose demócratas, a pesar de que su ideal es implantar el más sangriento despotismo. En una de sus intuiciones geniales declaraba Edgardo Poe que a pesar de las voces altas y saludables de las leyes de gradación que penetran tan vivamente todas las cosas sobre el cielo y en la tierra se habían hecho esfuerzos insensatos para establecer una democracia universal.

La república atemperada le dió a Colombia días de esplendor y de prosperidad; la república demagógica la lleva hacia la anarquía y hacia la ruina. Los movimientos de masas no sirven sino para demoler; todo lo grande, útil y justo lo han hecho en la historia las minorías egregias.

El Parlamento

La democracia es el gobierno de todos y de ninguno, es decir, el régimen de la irresponsabilidad y de la incompetencia. Sus principales instrumentos de acción: el sufragio y el Parlamento son instituciones morbosas, sin terapéutica posible. En la América Latina, donde no hay sino montoneras anárquicas, las autoridades eligen sus mayorías de acuerdo con su voluntad o con sus intereses. El ciudadano es un simple prisionero de los cuadros burocráticos. Las elecciones son verdaderas guerras civiles, donde triunfa el bando mejor armado. Los terratenientes llevan a las urnas el dócil rebaño de sus arrendatarios o labriegos a sufragar por el partido que mejor consulta sus intereses o sus odios. Los capataces municipales obligan a los empleados subalternos a sufragar por el partido que controla el presupuesto, exigiéndoles coercitivamente toda clase de desafueros contra la verdad electoral. El sufragio es una innoble mentira.

El régimen democrático no ha dado, en la mayoría de las naciones modernas mejor resultado que en la época en que la soldadesca romana votaba por el Emperador. La página donde Gaston Bossier evoca unas elecciones en la Roma republicana de la decadencia, puede aplicársele, con un simple cambio de nombres, a los comicios que se verifican en la América inter-tropical, bajo la doble presión del tumulto democrático y de la coacción oficial.

"Clodio reclutaba sus bandas en los barrios populares de Roma, muchedumbre inmunda y terrible de gentes sin familia, sin patria, que, colocada por la opinión general fuera de la ley y de la sociedad, no respetaban nada, como tampoco tenían nada que perder. Los alistamientos se verificaban en mitad del día, en uno de los parajes más frecuentados de Roma, cerca de las gradas Aurelianas. Los nuevos soldados eran organizados después en decurias y centurias, al mando de jefes enérgicos. Se reunían por barrios en sociedades secretas, donde iban a tomar la consigna, y tenían su centro o su arsenal en el templo de Castor. Llegado el día, y necesitándose hacer una manifestación popular, los tribunos mandaban cerrar las tiendas; entonces los artesanos lanzados a la vía pública y el ejército entero de las sociedades secretas se dirigían juntos al foro. Allí encontraban, no a los hombres de bien, que, considerándose inferiores, no salían de sus casas, sino a los gladiadores y pastores que el Senado, para defenderse, hacía venir de las comarcas salvajes del Piceno de la Galia, y comenzaba la batalla.

"No había ley que fuera respetada, ni ciudadano ni magistrado al abrigo de la violencia. Un día destrozaban las haces de un cónsul, al siguiente acometían a un tribuno hasta dejarlo por muerto. El Senado mismo, influído por el ejemplo, acabó por perder la última cualidad que perdía un romano: la gravedad. En aquella asamblea de reyes, como dijo un griego, se discutía con una brutalidad repugnante. Cicerón no sorprendía a nadie al llamar a sus adversarios cerdo, basura y carne podrida.

Las discusiones eran a veces tan animadas, que el ruido llegaba hasta la multitud agitada que invadía los pórticos cercanos de la curia. Ella tomaba entonces parte en las deliberaciones, y con tal violencia, que los senadores huían aterrados. En el foro, como es fácil de comprender, ocurría mucho peor aún. Cicerón refiere que, cuando se cansaban de isultarse, se escupían a la cara. Era preciso tomar la tribuna por asalto cuando se quería hablar al pueblo, y se arriesgaba la vida por tratar de mantenerse en ella. Los tribunos habían encontrado una manera nueva de obtener la unanimidad de los sufragios para las leyes que proponían: mandaban apalear y expulsar a todos los que manifestaban no ser de su opinión. Pero en ningún lugar eran las luchas más ardientes como en el Campo de Marte los días de elecciones. Se llegó a echar de menos la época en que se traficaba públicamente con los votos de los electores. En aquellos días no se tomaban ya la molestia de comprar las dignidades públicas; les era más cómodo tomarlas por la fuerza. Cada partido se encaminaba antes de amanecer al Campo de Marte.

"Los primeros encuentros tenían lugar en los caminos que a él llevaban. Se apresuraban a llegar allí antes que sus adversarios, o, si éstos habían tomado ya sitio en él, se les acometía para desalojarlos: naturalmente las dignidades eran de quienes quedaban dueños del lugar. Entre todos aquellos bandos armados, nadie estaba seguro. Se veían obligados a fortificarse en sus casas por temor de ser sorprendidos en ellas. No era posible salir sino con acompañamiento de gladiadores y de esclavos.

Para pasar de un barrio a otro tomaban tantas precauciones como si se hubiera de atravesar una comarca desierta, y doblaban la esquina de una calle con el mismo terror que sentirían al penetrar en un bosque. En el centro de Roma se daban verdaderas batallas y se establecían sitios en regla. Era una cosa ordinaria poner fuego a la casa de un enemigo, con peligro de incendiar todo un barrio, y al finalizar aquella época no se celebraba elección ni asamblea popular sin que corriera la sangre. El Tíber, dice Cicerón hablando de uno de esos combates, se llenó de cuerpos de ciudadanos, los albañales públicos se vieron atascados de ellos, y fué necesario recoger con esponjas la sangre que corría por el foro".

Estos desórdenes sepultaron definitivamente la república romana y le dieron origen al imperio que no fué sino una de las diversas formas de fascismo o cesarismo que han medrado en el suelo del Lacio a lo largo de veinticuatro siglos, desde Sila hasta Mussolini. Este régimen de facciones es, en el mejor de los casos, el manchado origen del poder público en la América Latina.

En todos los países del mundo las instituciones parlamentarias sufren las más vehementes críticas, con un sentido de saludable reforma, o con destructor empeño. Después de un siglo de experiencia democrática el balance es fatal, si exceptuamos países de una educación política tan completa como Inglaterra. El parlamento ha llegado a ser una de las más deplorables variedades del parasitismo y del ocio. Sólo en un momento de locura puede confiársele a una asamblea de animales parlan-

tes la solución de las más graves cuestiones públicas. "El parlamentarismo destructor, escribe León Daudet, gasta a los hombres, cada vez más achatados que le envían un sufragio universal y un sufragio restringido igualmente ignorantes e incompetentes. En lugar de gastar a los hombres debiera decirse, más bien, que los mancha . . . La democracia vive bajo el signo del número. Los candidatos en las elecciones procuran tan sólo adular a sus electores, sin lo cual serían derrotados, y una vez elegidos no piensan sino en ser reelegidos".

En su afán incontrolado de reformas la república liberal de Colombia estableció el congreso permanente, extraña y silenciosa manera de suicidio colectivo. El congreso permanente se explica en un régimen parlamentario, donde el poder legislativo ejerce también las funciones ejecutivas, por medio de un gabinete salido de su seno. Así existe en Francia, en Inglaterra, en Bélgica, países de organización parlamentaria. El régimen presidencial, con un ejecutivo fuerte, que tiene necesidad constante de obrar, no tolera sino una corta temporada parlamentaria, cuyo primordial objetivo es la fiscalización de los actos del gobierno. Lo que se ha ensayado en Colombia es una mezcla venenosa de ambos sistemas. Dentro de ella el ejecutivo no puede actuar con eficacia, y el congreso se sale de su órbita. Nunca, ningún profesor de derecho público, soñó mayor locura. Se necesitaba un congreso de aprendices, de picapedreros, para concebir y realizar tan valiente desatino.

Aún el propio régimen parlamentario, dentro de su

clásica estructura, ha sufrido y sufre hoy las más implacables críticas de la derecha y de la izquierda. Desde sus orígenes Montesquieu preveía ya su fracaso: "La soberanía parlamentaria, parodia de la soberanía del pueblo, se expone a terminar así, cada vez que, por el exceso de su principio, destruye al poder ejecutivo. Un ejecutivo fuerte es la condición técnica de una democracia libre. Suprimid este ejecutivo fuerte y tendréis la libertad en peligro".

El congreso mantuvo su papel esencial en el país, bajo la constitución de 1.910, cuando se reunía cuatro meses al año, con el propósito fundamental de examinar los actos del poder ejecutivo. Creado el congreso permanente, en un régimen presidencial, la peligrosa máquina de hacer leyes funciona de manera continua, amontonando disposiciones contradictorias, restando los deberes y multiplicando las licencias, creando impuestos y despilfarrando el tesoro público.

El parlamento es un espectáculo de valor universal que suscita instintos y desarrolla la actividad productiva del pueblo. Mauricio Barrés comparaba sus luchas ardientes, donde las frases vuelan como saetas luminosas, a las danzas de Benarés o de Montmartre, a las corridas de toros en el circo de Sevilla, que despiertan una emoción antigua como el amor y la muerte. Todo ésto pertenece ya a un pasado irrevocable. El congreso en Colombia es una feria rústica, donde pontifican mercaderes y sicofantes venidos a más, por causa de las evoluciones políticas.

Al visitar el Pnix y el Areópago, donde resonó el verbo demosténico, exclamó con desilusión un griego de Francia: "He visto la tribuna de las arengas. Me he sentido incapaz de resucitar allí a Demóstenes". La tierra árida y seca, sin el tribuno y sus bulliciosos oyentes, era una fiel imagen de las instituciones caducas. Nuestro capitolio, noblemente labrado en una piedra maravillosa, no es ya sino un suntuoso ornamento de la capital de la república. Las cúpulas pétreas del senado y de la cámara no devuelven el eco de las bizarras querellas que decidieron tantas veces nuestro destino inmortal. No es posible reconstruir en el ambiente vegetal del congreso homogéneo "la tribuna de las arengas", la silueta rampante de Miguel Antonio Caro en el escorzo aquilino del vuelo o la pesada cabeza leonina de José Vicente Concha. Un siniestro aquelarre ocupa el palacio abandonado. Las pecadoras manos de nuestra brujas democráticas son "aptas para limpiar el establo, pero indignas de alzarse para sancionar las leyes en las corporaciones públicas".

Una de las virtudes clásicas de los políticos colombianos fue el desinterés extraterrestre. Núñez, varias veces presidente o "dictador vitalicio", no conoció más bienes de fortuna que su propio genio: al morir el congreso le asignó una pensión a la viuda, que ésta rechazó con altivez. El general Uribe no testó para sus hijos sino un nombre imperecedero. El patrimonio del señor Suárez fué una miseria luminosa. Todos nuestros grandes conductores democráticos se desposaron, como San Francis-

co de Asís, con la pobreza, aquella mujer, a quien, según las palabras de Dante, nadie le abre las puertas del placer. En cambio, los parlamentarios actuales son interesados, rapaces y sórdidos. El escenario que colmaron aquellos próceres lo llenan hoy políticos menudos, sin aspiraciones ideales.

En países de régimen parlamentario como Inglaterra, donde el congreso permanece reunido todo el año, le remuneración anual es de tres mil quinientos pesos, cuando entre nosotros asciende a seis mil. Inglaterra es una de las naciones más ricas del mundo, y allí las cámaras son las que gobiernan. Nuestros insaciables parlamentarios han querido doblar la soldada británica, en un país paupérrimo.

Hechos de esta naturaleza son los que desprestigian las instituciones democráticas y los que producen reacciones violentas, engendrando el cesarismo. Cuando Italia se cansó de una cámara venal, Mussolini realizó sin tropiezo su marcha hacia Roma.

Lo primero que exigen los pueblos es desinterés en sus conductores. No es justo exigir a las masas sacrificios insignes, a veces un tributo de sangre, para enriquecer en breves años a los heraldos anónimos de su soberanía.

Uno de los fenómenos que acompañan las grandes épocas de corrupción política es el brillo de la inteligencia y la esplendidez de las costumbres. Así era la monarquía francesa en los tiempos de Voltaire, de Turgot, de la Maintenon, o de la Du Barry. Andrajos de púrpura,

diría Benavente. La decadencia moral y política del país coincide con la más repugnante vulgaridad y con una perfecta indigencia mental. En el horizonte político todo es ruin, menesteroso, chabacano.

Concurrir al parlamento fue una de las aspiraciones supremas de mi juventud. Las áureas piedras de su limpia arquitectura dórica, cobraban para mí el prestigio del Pnix, o la romana sobriedad del foro, donde Marco Tulio desbarató los planes siniestros de Catilina, en una "oración bella y útil para la república", como lo declara Salustio en una expresión eterna. El congreso de Colombia estaba henchido aún con las tempestades oratorias de Rafael Uribe Uribe, de Carlos Calderón Reyes, de Guillermo Valencia, de Enrique Olaya Herrera, de Carlos Uribe Echeverri, de Laureano Gómez. Me tocó asistir primero al duelo memorable entre Enrique Olaya Herrera y Hernando Holguín y Caro, sobre la reforma electoral. Los combatientes lidiaron con bravura y gentileza de paladines, palabra que en su sentido originario significa morador de palacio, calificando así las virtudes típicas del caballero. Vino, luego, la ciclópea oposición al señor Suárez asociada al debate sobre el tratado con los Estados Unidos. En el congreso del año 21 se encontraron reunidos los más egregios oradores parlamentarios que tuvo el país en el primer cuarto del presente siglo: Concha, en primer término, Olaya Herrera, Laureano Gómez, Carlos Uribe Echeverri. Asistieron también expositores de calado profundo: Antonio José Uribe, Carlos Adolfo Urueta, Simón Araújo, Diego Mendoza Pé-

rez. Aquella fue una gigantomaquia, la contienda de los titanes. Un día Concha ante una agresión insólita de Olaya Herrera, que lo calificó de **destructor,** alcanzó el supremo estremecimiento oratorio, la misteriosa elación de los grandes tribunos de la historia, comparando orgullosamente su vida con la de Jorge Clemenceau, "el viejo tigre de quijadas de acero". Aludiendo a sus luchas por la libertad de palabra, que ahora le valían tan injusto calificativo, le increpó a su adversario, director entonces de "El Diario Nacional": "No me arrepiento de haber libertado esas plumas que ahora se rompen contra mí". El inmenso público que asistía a las sesiones, en su mayoría partidario del Tratado, le tributó a Concha aquella tarde una ovación que más pareció una apoteosis. En otra legislatura Guillermo Valencia y Antonio José Restrepo se batieron en un duelo a muerte, donde la elocuencia apolínea del payanés insigne se veía envuelta por el torbellino dionisíaco de aquel viejo incomparable, volteriano y mefistofélico, alta honra de la cultura continental.

Para nuestra generación el parlamento se confundía con la gloria. El congreso continuaba siendo la casa de oro de la inteligencia colombiana. La reposada elocuencia de Eliseo Arango, el esplendor asiático de Gabriel Turbay, el arrebato tribunicio de Jorge Eliécer Gaitán, la nobleza preconsular de Carlos Arango Vélez, la clásica dicción de José Camacho Carreño, la lírica tempestad de Augusto Ramírez Moreno, patinaban con nuevo brillo histórico el severo recinto de las leyes.

Este fue el congreso de Colombia. Una oligarquía de

letrados y jurisconsultos había logrado organizar un gran cuerpo moderador contra los abusos de un ejecutivo fuerte. Le correspondía a un régimen abyecto la hora de destruírlo, convirtiendo el augusto recinto en una pocilga de "animales inmundos y soeces". Antiguamente venían desde Urabá, desde Túquerres o desde Durania, haciendo viajes penosísimos, humildes labriegos o férvidos capitalistas a conocer el parlamento y a sus tribunos favoritos. Las barras del congreso se mantenían literalmente colmadas y a veces era preciso esperar durante cinco y seis horas, a las puertas del capitolio, para no perder un gran debate. Hoy el senado y la cámara podrían servir como imágenes escolares del desierto. La clásica barra de estudiantes, intelectuales, políticos y obreros ha desaparecido. Las piedras mudas parecen protestar contra la mediocridad parlamentaria del presente. Las sesiones se abren y se cierran sin quorum, pues los representantes saben que su misión exclusiva es cobrar una crecida nómina, acumulando sórdidamente en dietas los rapaces impuestos decretados por ellos mismos.

El parlamento no se justifica sino dentro del libre juego de los partidos políticos, que el régimen presente ha hecho imposible. En una cámara homogénea no hay nada qué discutir; se presupone que todos sus miembros están de acuerdo. La tarea de los senadores y representantes se reduce al simple ejercicio físico de dar golpes sobre la mesa. Pensar allí es una indiscreción y hablar es rebelarse contra los mandamientos de la causa santa.

Por otra parte faltan también los mejores parlamentarios del país, ya que el partido conservador es por encima de todo una academia de varones ilustres. En el congreso actual no hay sino animales de sangre fría, —ostras y batracios,— cuyo mayor esfuerzo fonético es la monótona chirimía de los charcos.

Libertar a la nación del cretinismo parlamentario es un problema de salud pública.

La única misión de un estadista responsable, dentro de los actuales parlamentos de la América Latina, es oponerse a la arbitrariedad de los gobiernos y al desarreglo intelectual y moral de las mayorías parlamentarias. La razón nunca fue patrimonio de las asambleas públicas. La inteligencia es siempre solitaria. Los congresos no obran; discuten: los parlamentarios no trabajan: intrigan. Para sacar victoriosa una iniciativa justa es preciso deformarla. La duda, la vacilación, el ocio, la ataraxia, son expresiones calculadas para calificar los principales oficios de un miembro del parlamento.

En casi todas las constituciones de la América Latina se han deslizado mañosamente dos artículos invariables que permiten su desconocimiento: el primero de ellos autoriza al congreso para investir al jefe del estado de facultades legislativas cuando las conveniencias públicas lo aconsejen; el segundo establece la dictadura clásica para los casos de guerra o de conmoción interna. Todas las dificultades se solucionan revistiendo al presidente de la república de facultades extraordinarias. El parla-

mento es particularmente inútil en países donde los gobiernos lo desprecian o lo compran.

El profesor López de Meza, que ha observado nuestra vida política con criterio de pensador y de hombre de ciencia, enjuicia así la democracia que tenemos:

"Al contemplar en la historia constitucional colombiana el esfuerzo heroico, de sangre y de espíritu, de riqueza y de dulce paz, hallamos que una vez adquirido el triunfo de los derechos esenciales de la democracia representativa los cedemos negligentemente al primer postor: el sufragio se ha convertido en un pesado deber que las gentes rehusan cumplir; la palabra libre es tan temida que en las aglomeraciones reivindicativas del pueblo todo intelectual se aleja para eludir que se le llame a la tribuna; la prensa libre ha inventado el fabricante polivalente de editoriales que redima al director de periódicos de la tarea abrumadora de expresar todos los días su fatigado pensamiento; al cabildo, a la asamblea departamental, al congreso de la república, asisten destacadamente los que de esas instituciones derivan proventos o en ellas obtienen la base de sustentación de más encumbradas ambiciones. Es la bancarrota de una ilusión que nos cuesta ya doscientos mil galones de sangre".

Y más adelante agrega estas líneas desoladoras sobre nuestras caducas instituciones parlamentarias:

"Lentamente el congreso va dejando al Poder Ejecutivo el cuidado de la iniciativa y el acopio de la documentación en los temas fundamentales de nuestra democracia, aceptando regocijadamente una menor edad

mental, policromada, si se quiere, con las fulguraciones de una elocuencia deliciosa y efímera. Se puede decir que la índole de nuestro pueblo acepta y hasta necesita un gobierno presidencial de muy amplio poder administrativo, a la manera del ideado por el constituyente de 1.886; pero de ahí a eliminar discreta y amablemente el Poder Legislativo hay para un buen rato de meditación. El sistema parlamentario en que este poder se informó hace mucho tiempo vése en todo el mundo atacado de decrepitud alarmante; mas como aún no surge otro que le sustituya con ventajas, aunque de ello se glorían los regímenes fascistas y pro-fascistas que llenan la historia contemporánea, es un deber intentar por el momento, siquiera, aliviarlo de sus dolamas más perniciosas y alejarlo, si posible fuere, del rumbo suicida en que se ha metido tan sin alteza, probidad ni tiento.

"Cuatro son, pues, los motivos de esterilidad de nuestro congreso: vicio de constitución, vicio de reglamentación, vicio de pulcritud, y vicio de competencia intelectual. Con ser suficientes para matar a un imperio, subsiste, sin embargo, nuestra querida institución, por aquella preciosa ley de la inercia que hace que las cosas y los hechos sigan obrando largo espacio después de recibido el impulso que les dió acción y movimiento.

"El enmendar este caso sería labor de poco momento, grata y sencilla. No obstante, nunca se realizará. Las instituciones caen también en demencia senil, para la cual ningún Voronoff ha nacido todavía. Ante la decrepitud de ellas, como ante la fugacidad de los seres, la

vida optó siempre por reeemplazarlas con nuevas creaciones.

"Y quizá ello sea así mejor".

Dentro del plan de este libro no está proponer el sistema completo que deba reemplazar el congreso de Colombia cuya ruina es ya inevitable. En todo caso en el ambiente nacional está la urgencia de reducir el personal de ambas cámaras, de recortar su período de sesiones, de modificar sus reglamentos, de buscar una representación gremial, corporativa y técnica.

A pesar de las críticas hechas contra el sufragio un nacionalista está en el deber de votar, al menos, mientras no alcance plenamente el poder, para evitar males todavía mayores. Paul Bourget escribió este mandamiento político: "Un ingeniero anuncia que tal puente está amenazado de hundimiento, que existe peligro para servirse de él, y, sin embargo, pasa él mismo, si es el único camino para ir a la ciudad".

Nuestros medios de acción política serán todavía por muchos años los parlamentarios: elecciones y prensa. Podrá pensarse acerca de ello lo que se quiera, podrá admirárseles o despreciarlos; pero hay que dominarlos. Hitler alcanzó por este método el poder.

El Nacionalismo económico

Uno de los temas más deformados en la América Latina han sido sus funciones de relación con los Estados Unidos. Durante mucho tiempo este negocio se estudió con un criterio romántico, ajeno a toda realidad económica. Nuestros grandes líricos, predecían en yambos inflamados la ruina de la Nueva Babilonia. Fue Bryan, el secretario de estado del presidente Wilson, de noble talento oratorio, quien planteó por primera vez el problema en su verdadero terreno cuando habló de la "diplomacia del dólar", agregando que el capital extranjero había sido muchas veces un elemento perturbador en la América India. En nuestro tiempo toda diplomacia es negocio y todo negocio es diplomacia. Todas las naciones libres del continente, desde Méjico hasta la Argentina, están amenazadas, en mayor o menor grado, por el imperialismo de la riqueza, por lo que Spengler llamaba la economía conquistadora, que se alimenta y vive de la economía productora, reduciéndola a tributo o robándola. El capital extranjero ha realizado ambas cosas entre nosotros.

La civilización tiene el deber de conservar las riquezas inexploradas de la tierra, reservas destinadas a las generaciones futuras, y de defender las que están en producción, contra la exploración imprudente, lo mismo que protege todas las razas y nacionalidades contra las formas de concurrencia que signifiquen una amena-

za para sus intereses vitales. Los países de la América intertropical, seducidos por el espejismo de la riqueza, por la urgencia de quemar etapas económicas, o guiados por la codicia de sus estadistas vendidos, han entregado sus industrias y sus riquezas naturales, convirtiéndose lentamente en simples colonias. El caso de Cuba es clásico. La enajenación del patrimonio de aquella isla fue consecuencia de aquellos años de orgía financiera que duraron algo más que la guerra europea y que en Cuba se conoce dolorosamente, como entre nosotros, con el título de la danza de los millones. Con el aumento inesperado del precio del azúcar, en un período de inflación, todos los cubanos se sintieron ricos y empezaron a contraer deudas inmoderadas. De la noche a la mañana todos se encontraron millonarios, pero llegó el día del despertar, y entonces, por conducto de los americanos, todas las propiedades de Cuba y su inmensa riqueza azucarera pasaron a poder de los bancos hipotecarios extranjeros, quedando los dueños de antes en condición de simples mayordomos. El National City Bank, verdadero brazo derecho del imperialismo del Norte, fue el hábil intermediario. Los obreros y trabajadores cubanos fueron reemplazados por el trabajo degradado y barato de los negros de Jamaica y de Haití, y la pobreza en los de arriba y la miseria en los de abajo fue la trágica resultante de aquel período crítico.

En un libro ya histórico, publicado en los propios Estados Unidos, "La Diplomacia del Dólar", queda establecido con hechos ineluctables que con la entrada del

National City Bank en Haití fue cuando la intervención del Departamento de Estado se convirtió en una política definida. En 1881 el Banco Nacional de Haití, fundado con capital francés, se hizo cargo de la administración de la Tesorería haitiana. En 1.910 este banco fue reorganizado en conexión con un nuevo empréstito, tomado por banqueros franceses, y reemplazado por el Banco Nacional de la República de Haití, el cual, como a la anterior institución, se le confió la administración de la Tesorería de Haití. Según el contrato con los banqueros franceses, el Banco debería hacer ciertos préstamos anuales al gobierno. De esa coyuntura se valió el National City Bank para interesarse, y el Secretario de Estado, Knox, siguiendo su política de la diplomacia del dólar, intervino en el asunto y se opuso al contrato diciendo que debían estar representados algunos intereses de banqueros yanquis. Después de varias maniobras, minuciosamente relatadas en el libro y que tienen algo de novelesco como las vidas de los grandes corsarios de las finanzas, el Banco Nacional de Haití se convirtió en propiedad del National City Bank de New York. Según el testimonio de Roger L. Ferham, Vicepresidente del National City Bank, ante el Comité del senado, en 1921, la incursión de los marinos yanquis para apoderarse por medio de la violencia, cometiendo un asalto manifiesto a la propiedad privada, sin precedentes en la historia, fue organizada por el Departamento de Estado y el National City Bank.

Luis Araquistain ha comentado en los siguientes términos este despojo:

"Si un particular hiciera cosa semejante diríamos que había cometido un robo. Pero un Estado no puede robar a otro. A lo sumo comete un acto de guerra, que, si el Estado ofendido es impotente, carece de consecuencias. No hace falta ni dar explicaciones, como no las dió el Gobierno de Washington, por mucho que las pidió Haití, creyéndose atropellado en su soberanía. Una explicación significa el reconocimiento de un error o falta. Pero los Estados Unidos no incurren nunca en estos defectos del intelecto o de la conducta. Son infalibles intelectual, moral y jurídicamente. Dejando sin dinero al gobierno de Haití, no intentaban un robo vulgar, ¿qué son quinientos mil dólares para una nación tan multimillonaria sino un recurso más para persuadirle de firmar un tratado de enajenación de su soberanía?".

Bolivia y el Perú han entregado sus riquezas mineras, sus transportes, la soberanía real, a compañías europeas y americanas. La guerra del Chaco, entre Paraguay y Bolivia, fue provocada y sostenida por las compañías de petróleo que se disputaban allí su predominio comercial.

Alberto Torres analizaba así la situación del Brasil, que se ha modificado muy poco en los últimos años:

"En el momento en que los gobiernos de los Estados Unidos, el Canadá, la India, comienzan a vigilar sus riquezas y a repararlas, nosotros, por medio de los hombres que nos gobiernan, corremos presurosos a ofrecer

vastas y generosas concesiones; recibimos con agradecimiento y reverencia a los que se proponen explotar nuestras fuentes de riqueza. Para nuestros estadistas, este ataque a las reservas de nuestra naturaleza, por sindicatos extranjeros, significa la benéfica perspectiva de colocación de capital."

Casi toda la América Latina tiene hoy una economía mediatizada. Políticamente libres, con los atributos formales de la soberanía interna y de la independencia externa, después de un pasado que acredita su buen sentido y su excepcional probidad, estos pueblos se encuentran ante una situación económica que pone en ecuación el problema de su futuro. El progreso material no es para un país sino la osatura, a la cual tan sólo una nación instruída y enérgica puede darle músculos, nervios y sangre. La suerte de las naciones modernas depende de la dirección que tomen en el sentido del trabajo y no de la especulación.

La república de Colombia, situada en una zona de influencia, en lo que suele llamarse el mediterráneo americano, se ha desprendido de sus principales fuentes de riqueza, sin provecho económico alguno. La administración Olaya Herrera inició la entrega al por mayor de todos los puntos estratégicos de la economía patria. Lanzado como candidato a la primera magistratura, cuando ejercía el cargo de Ministro de Colombia en Washington, la burguesía capitalista, que cerró filas en torno suyo, le aclamó como el salvador de la patria, confiando en sus grandes conexiones financieras en los Estados Unidos.

Desde el mes de agosto de 1.930 presentó a la consideración del congreso un proyecto de ley de facultades extraordinarias, que lo colocaba por encima de la constitución y de las leyes, y otro que lo autorizaba para contratar un empréstito con el National City Bank. Se trataba de un préstamo a corto plazo, de aquellos que han constituído el dogal más estrecho para la soberanía nacional en los países de la América Latina desde el Perú hasta Bolivia. Por este sistema ingenioso pasaron a la jurisdicción de los banqueros norteamericanos las diversas rentas públicas de Bolivia y aquella nación continuó administrada por una junta de técnicos saxoamericanos. Pocos meses después hizo aprobar, por los medios más ilícitos, ofreciendo ministerios y legaciones, el famoso contrato del Catatumbo, que le entregó al señor Mellon, entonces Secretario de Comercio de Hoover, y a su grupo, un territorio de quinientas mil hectáreas, nuestra mayor riqueza pretrolífera. El gobierno no alegó propiamente razones económicas para defender este contrato, sino que halagó a una inmensa masa de desocupados, industriales, banqueros y agricultores, con una supuesta financiación del país. Para estudiar y revisar la póliza se importó a un técnico americano, el señor Rublee, célebre por sus hazañas en México, como Secretario de Morrow. Más tarde se le prorrogó por treinta años a la United Fruit Company, el contrato de explotación del Ferrocarril de Santa Marta, consolidando sus privilegios en la zona bananera del Magdalena.

Como reacción contra el régimen del doctor Olaya

Herrera don Alfonso López le propuso al país un programa nacionalista, de seductoras perspectivas. Colombia primero que todo para los colombianos. Pero un destino fatal rige el paso atormentado de estas inciertas democracias. El Presidente López ha querido reemplazar el imperialismo americano con el imperialismo británico, multiplicando así nuestros peligros y asechanzas. Con el propósito deliberado de arruinar la más poderosa de las industrias nacionales, el tabaco, se ha facilitado el establecimiento de una Compañía inglesa, que consumirá la hoja rubia de California. Todo indica que si no se presenta una inesperada reacción nacional, Colombia será en el futuro una simple colonia tropical. En nuestro suelo trabajará una envilecida nación de jornaleros, mientras cobran pródigos dividendos, en las grandes metrópolis de Inglaterra y Estados Unidos, los accionistas de las factorías extranjeras que se han apoderado de nuestras industrias, con el apoyo venal de los gobiernos. Estos hechos no admiten discusión, no pueden ser deformados, ni tergiversados. Como lo escribió Alberto Torres, una nación puede ser libre, aunque sea bárbara, sin seguridad, ni garantías jurídicas; pero no puede serlo, sino tiene el pleno dominio de sus fuentes de riqueza, de las obras vivas de su industria y de su comercio. Las mejores organizaciones militares, nada valen, en defensa de países ocupados por "las armas financieras de los estados". La política de un pueblo moderno, para la paz o para la guerra, consiste en el arte de conservar, obtener y aumentar una economía independiente.

Colombia fué en el pasado una nación tranquila. diseminada en un vasto territorio, que se organizaba, sin ambiciones impacientes, para la concurrencia mundial por medio del trabajo libre y del esfuerzo de sus hijos. De lo que es capaz una raza de trabajadores, situada en un suelo libre, puede servir de testimonio la colonización del Quindío, una de las grandes epopeyas de la energía humana en el continente. Pero los abuelos heroicos se ven reemplazados hoy por el parasitismo proletario, en las clases bajas; por el funcionarismo, por las profesiones liberales, por la política, en la clase media; por la especulación financiera, en las clases elevadas.

En el siglo XIX el proteccionismo fué una teoría imperialista, cuyo principal objeto era defender las grandes industrias o aclimatarlas. Cuando tengamos una industria consolidada iremos al libre-cambio, declaraban los americanos del norte. Hoy sostienen la misma política para tutelar el trabajo nacional amenazado por el obrero degradado y barato de los países coloniales.

El pueblo colombiano nunca había conocido un peligro comparable al que entraña la apropiación de su mejor patrimonio bruto o de sus bienes en explotacin, por agentes de las grandes potencias industriales. No obstante la inexperiencia conque entregamos ya algunas de nuestras riquezas naturales, el petróleo y el platino, la nuéstra parecía tierra libre de los desvaríos, ilusiones y liviandades de ciertos pueblos, que para satisfacer las vanidosas aspiraciones de aparente progreso y dar rienda suelta a los disparatados caprichos de una genera-

ción, despilfarran el trabajo, la producción, las alegrías sanas del esfuerzo y de la labor paciente, entregándose a las más arriesgadas aventuras. El pueblo no tenía porqué preveer este peligro. Confiaba, como es natural, en el buen juicio de los que tienen la misión de dirigirlo y principalmente en las promesas del gobierno sobre la sistemática defensa de su riqueza. Velar por la cosa pública, amparar los intereses colectivos, es el título de legitimidad de las autoridades y la razón de ser de las instituciones políticas. La nación creía que tenía un gobierno, legisladores y administradores, y esperaba que sus mandatarios sabrían consolidar sus conquistas en el terreno económico. De un momento a otro nos encontramos en presencia de un régimen resuelto a hostilizar las industrias nacientes, sin razón y sin causa, por simple odio a una supuesta clase capitalista. La lucha no se plantea hoy únicamente contra el capital importado sino contra el gobierno que lo favorece.

Para este conflicto nuestra preparación es muy deficiente. No tenemos una firme política económica, una sólida organización industrial, trabajo de propaganda y estímulo para las actividades nacionales. La política fiscal fundada tan sólo en las urgencias burocráticas, es adversa a la producción, soporte efectivo de todo sistema tributario.

Tan grave, por lo menos, como la amenaza de que nuestras industrias pasen al dominio del capital extranjero, es la tendencia a convertirlas en empresas oficiales, a la cual le han abierto ancho camino ciertas refor-

mas constitucionales. Una de las más odiosas inclinaciones del Estado colombiano es evitar que los ciudadanos trabajen y se organicen lejos de los cuadros burocráticos. Todo negocio que logra presentar un halagador prospecto económico pasa invariablemente al dominio del gobierno, con tanto daño para aquél como para éste. Es la envidia igualitaria.

Nos espanta pensar que en los momentos en que todas las naciones libres, ofrecen a los ojos del observador, como rasgo dominante de su política, el fenómeno de un exaltado nacionalismo, las gentes que nos gobiernan se empeñen en entregar la economía patria, arrebatándole al país el goce de una soberanía efectiva. A la creciente ambición de las razas sajonas, fundada en una supuesta superioridad racial, en un ideal político coherente, que cuenta a su servicio con la autoridad de una ciencia, de una técnica y de una literatura, oponemos tan sólo un patriotismo oratorio y bizantino, que no vacila en abrir las puertas a la competencia industrial. La resistencia al extranjero debemos presentarla en el terreno de la agricultura y de la industria. De lo contrario las generaciones del futuro serán generaciones esclavas y, aunque conserven sentimentalmente su independencia, morirán, como decía Alberto Torres, de éxtasis místico al son del himno nacional.

Todo nacionalismo en América debe ser continental. En vez de preocuparnos tanto por la conquista de los mercados europeos debemos buscar un intercambio con las demás naciones de América, por medio de una diplo-

macia ilustrada, suscribiendo pactos comerciales y manteniendo una estrecha alianza con ellas en las Asambleas panamericanas. Sólo siendo solidarias estas naciones pueden aspirar a ser libres. Todo lo que amenaza la independencia de nuestros vecinos nos amenaza a nosotros. Por ésto como remate de su obra el Libertador soñaba con una sociedad de las naciones creada por el genio y el esfuerzo de los próceres.

Colombia, que no tiene los problemas raciales que atormentan hoy a otros países del continente, como el Brasil y la Argentina, debe oponerse a la inmigración extranjera. Nuestras guerras civiles detuvieron por mucho tiempo las corrientes migratorias. Nuestra población ha crecido vertiginosamente, con el simple mestizaje del español y del indio, sin el aporte perturbador de otras razas. Este es el bastión más firme de la unidad patria. Las plebes cosmopolitas de la Argentina amenazan hoy su espíritu, su lengua, el genio nacional. Las colonias alemanas y japonesas, perturban la unidad brasilera. Es preciso oponer al "derecho económico", el "derecho de la sangre" y el derecho del suelo. El mito de Anteo que cobraba un vigor inédito al sentir en cada nueva caída el contacto con la tierra bienechora es el más permanente de todos los símbolos políticos.

V

Centralismo y Autonomismo

En sus "7 Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana" José Carlos Mariátegui planteó la cuestión del regionalismo en términos nuevos, abandonando la antigua ideología jacobina que tan hondamente ha perturbado el tema en la América Intertropical. "La polémica entre federalistas y centralistas, escribe, es una polémica superada y anacrónica. Teórica y prácticamente la lucha se desplaza del plano exclusivamente político a un plano social y económico. A la nueva generación no le preocupa en nuestro régimen lo **formal**, el mecanismo administrativo— sino lo **sustancial** —la estructura económica".

Por ningún motivo debemos volver a las antiguas querellas que atormentaron a nuestros abuelos. Las nociones que ya no corresponden por completo a las circunstancias presentes deben ser revisadas y superadas. La vida, se ha dicho, es un movimiento incesante y es preciso que también el derecho cambie, si no quiere fracasar en su misión, que es interpretar los hechos.

Organizada nuestra república en forma unitaria no me parece oportuno revivir el conflicto sobre el origen de las leyes, que además de ser el más complicado de los problemas del derecho público moderno, puede tener en la práctica consecuencias funestas sobre la unidad nacional. En esta materia cometimos ya todos los pecados capitales. Sea el primero el rudo e inútil tránsito de la república federalista a la república centralista. A este

error se opuso don Sergio Arboleda quien sustentaba su criterio sobre las bases de una política experimental. En su proyecto de constitución, trató en vano de evitar que el partido triunfante en el 86 se dejara arrastrar por el torrente de la reacción. El doctor Tomás O. Eastman, sagaz adivinador de los vicios públicos, escribió en magistral ensayo: "El doctor Berrío fue decidido federalista, como fueron la mayor parte de sus contemporáneos de uno y otro partido. En este particular tenía él por exagerada la constitución de Rionegro, en cuanto le quitó al gobierno central la facultad de velar por la paz pública en el territorio de los estados; pero aceptaba esa constitución como base, y quería que fuese lealmente cumplida, para que la experiencia dijera hasta dónde era ella racional y en qué debía reformarse. Es así como ve las cosas un verdadero estadista, el cual entiende de reformas parciales sucesivas y coordinadas; son los empíricos los que desean barrer con todo lo existente, si algo de lo existente les desagrada. Comprendía él, además, que si los conservadores no se embarcaban en la aventura de una guerra general, el régimen federativo les daría el triunfo a ellos en los estados en donde realmente contaban con la mayoría de los ciudadanos. El hombre de estado sabe que el fenómeno de la decantación al fin y al cabo es tan seguro en las sociedades como en los líquidos. Veía él, por otra parte, que los partidos suelen triunfar, no tanto por sus propios aciertos, cuanto por los errores del adversario; y eran tan numerosos los errores cometidos por el liberalismo, que bastaba dejarlo caer en

todas las secciones de la república. Si los conservadores hubiesen seguido las opiniones de Berrío y no se hubiesen lanzando a la guerra en 1876, Colombia sería hoy probablemente una federación semejante, en sus líneas generales, a la Unión Angloamericana. Se habría suprimido el libre comercio de armas y municiones y se le habría devuelto al gobierno general la facultad de restablecer la paz pública en donde fuese alterada. En cada estado gobernaría el partido que allí tuviera preponderancia; entre las diversas secciones habría cierto equilibrio, merced al cual serían imposibles las exageraciones sectarias en las leyes; cada sección resolvería sus propios problemas de acuerdo con sus propias ideas que son siempre las mejores, porque más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena, y los ciudadanos sentirían la satisfacción que trae consigo el "self-government". Estas cosas son imposibles de conseguir en un régimen central".

El tema del regionalismo y el centralismo hunde sus raíces en las tradiciones ibéricas. Hay que recordar el celo, la tenacidad y el heroísmo con que se han sostenido allí los fueros regionales, garantizados por estatutos antiquísimos. Desde los tiempos de la Independencia don Camilo Torres defendió la autonomía de las comarcas contra la absorción unitaria. El Libertador escribió en 1815 en su carta de Jamaica: "Es muy posible que la Nueva Granada no convenga en el reconocimiento de un gobierno central, porque es en extremo adicta a la federación; y entonces formaría por sí sola un estado que, si

subsiste, puede ser muy dichoso por sus grandes recursos de todo género".

Después de un siglo de acciones y reacciones nuestros partidos políticos se han vuelto centralistas, por momentáneas conveniencias de poderío. Todos los días es más notoria la decadencia de la vida nacional por el estrecho centralismo de nuestras instituciones y de nuestras costumbres. Intensificar la vida de las provincias es devolverle el fluir biológico al pueblo colombiano. Desde los tiempos de la Colonia, lejos de las ciudades, fuera de la historia, millones de hombres, en el trabajo oscuro de los campos, han venido construyendo la grandeza nacional. Si se olvida esa humilde, pero múltiple actividad, no podremos entender nunca las inesperadas renovaciones de nuestra vida civil. La verdad profunda es que la riqueza, la entraña de la nación, está en los campos; tenemos una república esencialmente agrícola. Todas nuestras orientaciones legales y constitucionales deben estar calculadas sobre este hecho inevitable. Colombia es urbana y no citadina. "La gran ciudad publica Spengler en una de su asombrosas síntesis, señala el término del ciclo vital de toda gran cultura. El nacimiento de la ciudad trae consigo su muerte. Los aldeanos antaño dieron vida al mercado, a la ciudad rural y la alimentaron con su mejor sangre. Pero ahora la gran ciudad chupará la sangre de la aldea, insaciablemente, pidiendo hombres y más hombres ,tragándoselos, hasta que al fin muera en medio de los campos despoblados". Toda nuestra organización económica y política

está dirigida a garantizar el predominio de una minoría urbana consumidora, sobre las grandes masas trabajadoras.

El problema de la autonomía de las provincias no es sino un episodio en la clásica lucha entre las clases productivas y las consumidoras. El fenómeno de la gran ciudad es un fenómeno de decadencia. Toda producción es rural, campesina. La política económica del país viene orientada en los últimos tiempos en el sentido de vigorizar un núcleo urbano donde se centralizan todos los poderes con detrimento de la provincia, único agente de la riqueza nacional. Debilitando las raíces económicas, por medio del centralismo, la entidad colombiana trabaja su propia destrucción. Una mirada sobre nuestra realidad económica, social y política, atestigua que las fuerzas vitales del país no están en las operaciones de la bolsa, en el comercio de simple especulación, sino en el ambiente trabajador de la provincia, la que produce no sólo todo el cambio internacional y mantiene las reservas de oro del Banco de la República, sino también todos los artículos que consume la población colombiana. En impresionante oposición a este hecho histórico, se observa que en el gobierno no han estado nunca los personeros de estos núcleos provincianos, sino los representantes de los reducidos grupos que se aprovechan de la riqueza colectiva sin haber contribuído a su formación.

A medida que se ensanchan nuestras funciones de relación, que se aumentan y complican los problemas nacionales, no sólo por el natural proceso de crecimiento,

sino por la orgánica diferenciación de nuestras provincias, se les quita a éstas la autonomía necesaria para ajustar la administración a sus intransferibles pecualiaridades. En vez de dilatar la órbita para el estudio de los temas colombianos, se reduce el plano de observación a la simple conveniencia centralista. Nuestros hombres de estado conocen algunos problemas extranjeros pero ignoran habitualmente la realidad sobre la cual operan.

En demostración de estas tesis, se pueden citar algunos ejemplos relacionados principalmente con fenómenos de crédito, de moneda, de organización rentística, de distribución de los dineros públicos, que atestiguan la urgencia de modificar radicalmente nuestra política financiera y conómica.

La herramienta insustituíble de la economía moderna es la moneda; la nuéstra se rige en apariencia todavía por el sistema del patrón de oro y su base son las reservas metálicas del Banco de la República. El origen de éstas es la producción de oro físico y los artículos de exportación que mantienen el cambio internacional. Y es la provincia la que hace el exclusivo aporte de oro y café, a pesar de lo cual nuestra circulación monetaria no se hace con el criterio de favorecer los núcleos productores, sino de estimular los centros de especulación y consumo. Sin aquella decisiva contribución de las regiones, se derrumbaría nuestra actual organización económica.

Todas nuestras obras se manejan con un criterio virreinal. Los dirigentes nacionales no han leído en el vasto anfiteatro de nuestros valles, cordilleras, altipla-

nicies y ríos, único libro que pudiera ilustrar sus empresas. A lo largo de un siglo puede garantizarse que la nación ha estado gobernada por mínimas castas consumidoras y que sólo por excepción ha llegado al poder un personero de las clases productoras, campesinas y provincianas.

Imposible enfocar desde Bogotá todas las urgencias públicas. Hay que darles a los departamentos y a los municipios una amplia autonomía, ya que la uniformidad de los métodos fiscales y administrativos no es deseable sino donde hay uniformidad de condiciones económicas. Las posibilidades de una metrópoli comercial son muy diferentes de las de una aldea y lo excelente para la primera puede ser notoriamente funesto para la última. No pueden sujetarse al mismo arnés la tracción de sangre y el motor de explosión; dejando a cada uno de ellos libre, el resultado total será más satisfactorio para los intereses comunes. Autorizadamente advierte el profesor Seligman, que si se autoriza a las diferentes regiones para hacer la experiencia de los métodos fiscales más apropiados a su prosperidad misma el resultado será una adaptación de la práctica fiscal al hecho económico. Son las provincias, los departamentos, los municipios los que mejor pueden calificar y resolver sus problemas.

Como lo ha escrito Roberto Aron, es loco confiar al Estado, gigante anónimo y abstracto, el cuidado de los gastos concretos que encadenan la suerte de las regiones y de los ciudadanos. Para restablecer el contacto entre el presupuesto y la vida, es preciso distinguir entre

el presupuesto del Estado, limitado a algunas funciones subalternas, como el servicio civil y la estadística, y los presupuestos municipales, corporativos, sindicales o regionales, cada uno de los cuales corresponde a una agrupación espontánea de individuos unidos en una misma actividad y plenamente competentes en su dominio.

Los diversos presupuestos de los departamentos, de los gremios y de los municipios sacarán sus recursos de las agrupaciones correspondientes: así el control será posible, como lo es en el interior de una familia o en una empresa bien gerenciada. En lugar del sistema absurdo del presupuesto anual que, en el curso de una vigencia y cualesquiera que sean los acontecimientos, no varía sino teóricamente, estos presupuestos más limitados, serán seguidos día por día y tendrán suficiente flexibilidad para poder ser modificados según el estado de la riqueza real del grupo que los sostiene y de acuerdo con el bienestar común.

Ya se trate de operaciones financieras con los bancos, de la conversión de la deuda, del régimen monetario, de los gastos diplomáticos, el fraude afecta ordinariamente el presupuesto del Estado. Nuestros financistas hablan sin cesar de la urgencia de combatir el fraude en los contribuyentes y no les falta razón. O mejor no les faltaría, si el fraude esporádico y disperso de los ciudadanos no correspondiera a los fraudes esenciales, sistemáticos y metódicos del Estado.

Al federalismo administrativo es preciso agregar necesariamente el federalismo del presupuesto.

En la raíz de todos los problemas sociales hay siempre un hecho económico. La presente rebelión de las provincias tiene su origen no sólo en la desigual repartición del fisco sino muy principalmente en la escandalosa política bancaria de los últimos años. El Banco de la República, creado por el profesor Kemmerer, sobre los moldes del banco de las reservas federales de los Estados Unidos, en vez de haber sido un banco descentralizador ha sido el instrumento más afilado contra la economía de las provincias. En torno suyo se han hecho especulaciones prohibidas como el contrato de las salinas, que convierten a la república en tributaria del pequeño grupo de accionistas privilegiados del supuesto banco nacional.

Entre nosotros se fundó un banco agrícola hipotecario, cuya misión principalísima fue desarraigar a los campesinos, exportándolos para Europa, con el dinero de sus hipotecas, o incorporándolos en el ocio bullicioso de las capitales. Se hacían préstamos sobre propiedades rurales para urbanizar barrios de lujo.

Geográficamente nuestra república está hecha para un prudente federalismo. Entre nosotros hay colombianos del Pacífico, del Atlántico, del Amazonas y del Táchira, y gentes mediterráneas que necesitan diferentes estilos de administración y un sentido económico y político distinto. Cada departamento exige una organización acorde con sus cultivos predominantes: el café y el oro en Antioquia; el café y la caña de azúcar en Cundinamarca. El país, la nación de los productores, está en los cafe-

tales de Caldas, en las llanuras del Valle del Cauca, del Magdalena y Bolívar donde prosperan el arroz, la caña y el plátano; en los valles y altiplanicies de Boyacá y Cundinamarca, fértiles en caña y en trigo; en las tierras de Santander; numerosas en café y tabaco; en las comarcas montañosas del Tolima y en las ricas vertientes andinas del Cauca y de Nariño. Sin embargo, en el orden económico todo se ha centralizado y la riqueza trabajosamente creada en las provincias se gasta sin contar en la capital, donde viven las clases consumidoras, banqueros, comerciantes, intelectuales, políticos, burócratas . . .

Los peligros del centralismo se han venido acentuando en los últimos años con el crecimiento de la riqueza nacional. Como Bogotá es el centro de los grandes poderes del Estado a ella confluyen las diversas fuentes de tributación que aumentadas sin cesar van sangrando la agricultura, las industrias y el trabajo de las provincias. Multiplicando esta calamidad pública la distribución del presupuesto se hace luego con un criterio asoladoramente centralista. El presupuesto ha llegado a ser así un sifón de nuestra economía.

No existiendo en el país unidad de población y teniendo la mayoría de los departamentos un medio social y económico distinto, se impone la descentralización normalista para formar maestros adecuados para cada una de las regiones. El institutor de Nariño y Boyacá no puede ser el mismo de Antioquia y Caldas. El real estadista colombiano es el que interprete la común inquietud de las diversas comarcas, cumpliendo una reforma educa-

tiva que en vez de formar generaciones de "trasplantados" injerte en la tierra de los padres el afán de los hijos. No olvidemos el trágico fin de aquellos pálidos girondinos, incrustados en París, que Mauricio Barrés grabó con el cincel perseverante de su estilo. En la tierra nutricia canta la experiencia de los siglos, se conservan las reservas espirituales de la raza. Los "desarraigados" que emigran a la capital, no encuentran allí ordinariamente buen terreno de replantación. Abandonando las ciudades de provincia o los cortijos donde medran los cultivos de sus antepasados y donde se clavaron las tumbas de sus abuelos, serán tan solo "jóvenes bestias sin guarida". De su orden natural, humilde tal vez, pero al fin social, pasarán bruscamente a la anarquía y al mortal desorden. Escuchemos este himno misterioso de la tierra, elaborado por las generaciones que gravitan sobre nosotros y que inconscientemente colaboramos a construir cuando no existíamos.

La provincia es la nación. Como lo expresó Mariátegui, "el fin histórico de una descentralización no es secesionista sino, por el contrario, unionista. Se descentraliza no para separar y dividir a las regiones sino para asegurar y perfeccionar su unidad dentro de una convivencia más orgánica y menos coercitiva". Los departamentos han llegado a la mayor edad y deben ser los únicos árbitros de su destino. El centralismo es hoy el auténtico enemigo de la unidad nacional.

El cambio de régimen ha sido funesto en Colombia para el movimiento autonomista. El partido triunfante

en 1930, para asegurar sus hegemonías locales, apeló al poder central. Departamentos secularmente federalistas como Antioquia aceptaron providencias vejatorias de sus fueros administrativos. Una tremenda ola de persecución política ha venido despoblando algunos municipios. Los ciudadanos que no se sienten seguros en la provincia inmigran a la capital, donde se ignora su filiación partidarista y donde existe un ambiente de seguridad y tolerancia. En siete años Bogotá ha duplicado su censo. "La capital, —pudiéramos escribir como declaró de Lima, Mariátegui,— no ha defendido nunca con mucho ardimiento ni con mucha elocuencia, en el terreno teórico, el régimen centralista; pero, en el campo práctico, ha sabido y ha podido conservar intactos sus privilegios. Teóricamente no ha tenido demasiada dificultad para hacer algunas concesiones a la idea de la descentralización administrativa. Pero las soluciones buscadas a este problema han estado vaciadas siempre en los moldes del criterio y del interés centralistas".

Si este proceso continúa acentuándose, sin una resistencia organizada de todos los departamentos, Bogotá terminará por ser una bella y lujosa capital, en medio de una nación pobre y despoblada.

El regionalismo ha hecho la grandeza nacional y es el único agente efectivo de su riqueza. La expansión industrial y demográfica de Antioquia; el incansable reclamo en defensa de sus obras públicas del Cauca y del Valle del Cauca; el afán mercantil, agresivo muchas veces, de Pereira, de Medellín, de Manizales, de Cali; la in-

extinguible lumbre espiritual de la Universidad de Popayán, han sido los más poderosos afluentes de nuestro engrandecimiento. El regionalismo es el arquitecto de la propiedad común, el que ha creado nuestras industrias, defendiendo la economía productora de las confiscaciones constantes del poder central. El regionalismo arraigó la familia colombiana en el suelo de los ancestros, vivificando el concepto orgánico de la patria. El movimiento autonomista puede darle al pueblo colombiano un repertorio de ideas nacionales, capaz de ensanchar el reducido horizonte de las aspiraciones de casta o de partido.

IP

La defensa del espíritu

Julián Bendá ha emocionado a innumerables entendimientos contemporáneos con esta proposición afirmativa: el espíritu está en peligro porque muchos intelectuales, —lo que quiere decir filósofos, sacerdotes, hombres de letras,— se alejan, cada día más, de la vida especulativa para entregarse a los menesteres políticos. Bendá quiere para los "clérigos", palabra que designa a todos los que se dedican a actividades exclusivamente intelectuales, la misma actitud tolerante, generosa y desinteresada que observó Erasmo en su tiempo.

Nada necesita más el país que la formación de un equipo de profesores del espíritu ajenos a la política, consagrados al cultivo de la ciencia, de las artes, de las letras. Los jóvenes más pródigos en promesas terminan por ser simples agitadores políticos o mediocres funcionarios públicos. "Los mozos de hoy aspiran a ser caudillos y al mismo tiempo intelectuales sinceros. De esta guisa la intelectualidad se suicida". La perversión del ambiente es tan grande que en las escuelas de bachillerato y en las universidades "la malhadada ráfaga de política" perturba las tareas escolares. Los estudiantes reclaman posiciones de combate en la época que debiera estar exclusivamente consagrada a la siembra.

El clero especialmente está obligado a mantenerse en las esferas superiores del espíritu, sin mezclarse en las engañosas contiendas de los hombres. Como lo ex-

presaba Jacques Maritain, es un gran error confundir con la Iglesia, reino de Dios que peregrina por este mundo, centrada toda sobre la vida eterna, las estructuras sociales terrestres de la vida política y temporal de los hombres, incluso cuando estos son, al menos de nombre, cristianos.

Es preciso que el clero mantenga una posición equidistante de la izquierda y de la derecha. Un soplo inhumano de pasión política ha ido alejando a las masas de la Iglesia de lo cual son tan responsables los teóricos de la revolución como los partidos que se aprovechan de su influencia para fines exclusivamente temporales. En las obras de ciertos propagandistas políticos el ideal moral y social de Cristo ha sido olvidado y la emoción religiosa hay que irla a buscar a veces en ciertos escritores heterodoxos. "Esta mutilación del catolicismo, afirmaba con exactitud un crítico moderno, es una de las razones de la poca influencia que ha tenido el clero sobre la política y la vida social francesa durante ciento cincuenta años". Para reincorporar al pueblo a la Iglesia se necesita una restauración de la vida cristiana.

En las repúblicas antiguas la religión no era sino una de las formas, la más visible acaso, de la nacionalidad. Gaston Boissier refiere como "cada ciudad tenía sus dioses, como tenía sus leyes, a las cuales no se podía renunciar sin dejar de ser inmediatamente ciudadano. No era, pues, posible en un Estado bien administrado admitir religiones extranjeras. En este punto los filósofos, a pesar de la independencia de espíritu de que se jactan,

son del parecer de los políticos. Platón, en su república ideal, no consiente a los impíos, es decir, a los que no creen en la religión del Estado; aun cuando sean mansos y pacíficos, y no hagan propaganda; le parecen peligrosos por el mal ejemplo que dan. ¡Qué lejos estamos aquí de la tolerancia! Cicerón, uno de los espíritus más amplios y más libres de su época, que no cree apenas en los dioses y se burla placenteramente de los augures, no admite, lo mismo que los demás, que un ciudadano se emancipe del culto de su país y se cree obligado a sacar de nuevo a luz, en su **Tratado de las Leyes**, la antigua proscripción contra las religiones extranjeras. Durante toda la dominación romana, no hubo un sólo sabio, así fuese escéptico, como Plinio el Mayor, un libre-pensador, despojado de todos los prejuicios, como Séneca, un filósofo honrado y dulce, como Marco Aurelio, que haya parecido sospechar que se le podrían conceder algún día iguales derechos a todas las religiones del imperio. Le corresponde al cristianismo la alta honra de haberlo dicho y proclamado por primera vez en el mundo. La gran originalidad del cristianismo es su sentido universal, católico, ecuménico, que le obliga a dirigirse no a una sola nacionalidad sino a todas las naciones del mundo. Al colocar el reino de Dios fuera de la tierra, ha distinguido la religión y la nacionalidad, que las repúblicas antiguas habían confundido hasta entonces".

Fue la Iglesia Católica la primera en separar el poder religioso del poder civil, con el cual el paganismo lo había siempre confundido. La doctrina auténtica y oficial

del catolicismo nos presenta la Iglesia y el Estado como dos sociedades perfectas y soberanas, cada una en su dominio.

En un libro magistral del R. P. Coulet, que lleva el **Imprimatur** del Cardenal Andrieu, Arzobispo de Burdeos, se lee que "la enseñanza invariable de la Iglesia es que el Estado es independiente por su naturaleza y en razón de su función, puesto que tiene por fin propio e inmediato el bien temporal de sus miembros y no su bien religioso que, para los católicos, es un bien de orden sobrenatural". Pío XI declaraba, en su encíclica sobre el fascismo, que "siendo las finalidades del Estado solamente corporales y materiales, están por lo tanto necesariamente contenidas en sí en las funciones de lo natural, de lo temporal y de lo terrestre".

La Iglesia se distingue por su universalidad misma que busca asegurar la salud eterna de los hombres; las sociedades humanas, tienen por fin propio el bien temporal de sus miembros, mientras que el objetivo de la Iglesia es el bien sobrenatural de todos.

Con admirable precisión agrega el propio R. P. Coulet: "Nosotros no queremos que la religión se mezcle en los negocios de la Ciudad, que intervenga en la política, ni que trate de poner mano sobre los poderes públicos. Todo esto que es del dominio de la vida pública: El Estado y sus Instituciones, la Magistratura, el Ejército, todo aquello es de todo el mundo. Nosotros no queremos que sea marcado con un signo religioso cualquiera que atestigua una fe que todos no comparten. Nosotros no

queremos pues que la Iglesia pretenda poner al Estado,—su prestigio, su influencia, su poder, sus instituciones y sus leyes— al servicio de la causa religiosa en sí misma. Queremos el Estado independiente de toda religión y soberano absoluto en su órbita".

La frase de Cavour: **la Iglesia libre en el Estado libre,** ha sido clásicamente considerada como el desiderato de los partidos de izquierda. Fue Cristo mismo quien estableció la separación de las dos potestades cuando dijo que su reino no era de este mundo y cuando predicó la obligación de dar a Dios lo que era de Dios, y al César lo suyo. La Iglesia no rechaza la frase de Cavour sino el uso ilegítimo que se ha hecho de ella convirtiéndola en esta otra: la Iglesia esclava en el Estado libre, como lo hizo el general Mosquera cuando resucitó las olvidadas pragmáticas de Carlos III, quien sometió al catolicismo al régimen absolutista del patronato. En **La Reforma Política,** al comentar el doctor Núñez los artículos de la constitución de 1886 que establecen las relaciones entre la Iglesia y el Estado afirma lo siguiente:

"Se ha sancionado el ideal de Cavour: la Iglesia libre en el Estado libre, que fue el mismo del joven liberalismo de 1853, llamado entonces emancipación de la Iglesia. Hemos llegado a la emancipación de ésta, y conjuntamente a la emancipación de las conciencias". Esta doctrina es la que más conviene a los verdaderos intereses de la Iglesia y a los intereses efectivos del Estado. Recuérdese el celo que tuvieron los grandes estadistas que el conservatismo llevó a la primera magistratura, en de-

fender los fueros del poder civil cuando quiera que la Iglesia tuvo en contra suya intervenciones indebidas. El doctor Concha dejó sobre la materia páginas de imperecedera memoria, que constituyen la más alta doctrina civil del Estado colombiano. En el caso del señor Vicentini el presidente Ospina mantuvo con prudencia y energía la dignidad de la nación.

El concordato es uno de los grandes mitos nacionales. En torno suyo se han hecho innumerables polémicas, y, sin embargo, es el menos leído de nuestros actos públicos. Para la demagogia liberalera allí está el origen de todos nuestras desventuras; muchos conservadores lo consideran, en cambio, como una obra intocable. Y es posible que ambos se equivoquen. Lo fundamental aquí es la doctrina el principio concordatario como sistema de mantener las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Un determinado concordato es un simple accidente. El que hoy tenemos puede ser varias veces modificado.

Las relaciones de Colombia con la Santa Sede se rigen por el pacto firmado en Roma el 31 de diciembre de 1.887 entre el cardenal Rampolla y don Joaquín F. Vélez. En su tiempo fue una obra maestra acorde con el sistema constitucional de la república. Hoy es un documento disecado, sin vida alguna en la realidad nacional. En mi concepto es el mejor concordato para el liberalismo, y el peor para la Iglesia. Mientras esté vigente, el régimen le dará al país la sensación perfecta de mantener excelentes relaciones con la Santa Sede, así se cometan las mayores injusticias contra el catolicismo. Con

el actual concordato los doctores Olaya Herrera y Alfonso López han gobernado al país, sin dificultades de ninguna naturaleza. Y es que el concordato de 1.887 en sus cláusulas más gravosas para el Estado ha dejado de existir. El texto legal se conserva, pero no tiene ya aplicación real alguna. Los artículos XII, XIII y XIV, dicen:

Art. XII. — "En las universidades y en los colegios, en las escuelas y en los demás centros de enseñanza, la educación e instrucción pública se organizará y dirigirá en conformidad con los dogmas y la moral de la religión católica. La enseñanza religiosa será obligatoria en tales centros y se observarán en ellos las prácticas piadosas de la religión católica.

Art. XIII. — "Por consiguiente, en dichos centros de enseñanza los respectivos ordinarios diocesanos, ya por sí, ya por medio de delegados especiales, ejercerán el derecho, en lo que se refiere a la religión y a la moral, de inspección y de revisión de textos. El arzobispo de Bogotá designará los libros que han de servir de textos para la religión y la moral en las universidades; y con el fin de asegurar la uniformidad de la enseñanza en las materias indicadas, este prelado, de acuerdo con los otros ordinarios diocesanos, elegirá los textos para los demás planteles de enseñanza oficial. El gobierno impedirá que en el desempeño de asignaturas literarias, científicas y, en general, en todos los ramos de instrucción, se propaguen ideas contrarias al dogma católico y al respeto y veneración debidos a la Iglesia".

Art. XIV. — "En el caso de que la enseñanza de la

religión y la moral, a pesar de las órdenes y prevenciones del gobierno, no sea conforme a la doctrina católica, el respectivo ordinario diocesano podrá retirar a los profesores o maestros la facultad de enseñar tales materias".

Ninguno de los Ordinarios colombianos se atreve hoy a hacer uso de estos derechos y no tenemos memoria de que los artículos transcritos hayan estado en vigencia en los últimos veinte años. Desde hace varios lustros gran parte de los profesores de la Facultad de Medicina de Bogotá son materialistas y fueron llevados allí por los propios gobiernos conservadores. Hoy en los colegios oficiales de bachillerato, en las escuelas normales y primarias, se propagan el protestantismo, el ateísmo, el marxismo y la teosofía en violenta antítesis contra el domga católico y el respeto y la veneración debidos a la Iglesia. Y las relaciones entre las dos potestades son cordialísimas. Lo que el liberalismo desea es una simple reforma jurídica, porque en la realidad ya lo ha logrado todo. Para llegar a la escuela única, laica y obligatoria, y aún a la escuela socialista de Méjico, el gobierno no necesita ninguna reforma.

En cambio, la posición de la Iglesia no puede ser más falsa. Si los prelados hacen uso de las prerrogativas concordatarias suscitarán en contra suya las más vehementes resistencias, facilitando, inclusive, la persecución religiosa, y su silencio es una forma de complicidad con los desvaríos del régimen. La Iglesia necesita más que institución alguna vivir en verdad. Lo que reclama el interés nacional es un concordato que el gobierno esté

resuelto a respetar y la Iglesia en capacidad de hacer cumplir.

Un concordato aceptado por la Santa Sede no tendrá la menor resistencia en el pueblo católico de Colombia. En estas materias el Sumo Pontífice es un árbitro soberano. Y las izquierdas sentirán la desilusión más profunda, porque lo que ellas desean es un ambiente de pugnacidad y no fórmulas de conciliación.

Según informes verosímiles, uno de los puntos convenidos es que el clero no intervendrá en las luchas políticas del país. No serán las derechas nacionales las que rechacen un entendimiento en este terreno, a pesar de que la palabra política es demasiado elástica, porque si por una parte hace referencia a intereses humanos, demasiado humanos, comprende igualmente toda actividad nacional o cívica. La intervención del clero en la política ha sido igualmente funesta para el clero y para la política. Los que tienen a su cuidado intereses espirituales, que están por encima de todas las naciones y de todos los partidos, no pueden convertirse en intendentes de las pasiones partidaristas. No depende únicamente de las izquierdas evitar la cuestión religiosa entre nosotros, sino que las derechas están en el deber de cooperar con ellas, para mantener a la Iglesia en una órbita neutral, aumentando así su influjo poderoso sobre las conciencias.

En cuestiones espirituales la utilidad es el último de los argumentos, pero en todo caso es un argumento. El ejemplo de Francia puede sernos muy útil. En 1.898

el anticlericalismo se había venido debilitando, después de las últimas tempestades desatadas por el verbo fulgurante de Gambetta. Fue la Iglesia con su imprudente intervención en el Affaire Dreyfus, la que lo despertó nuevamente. Maurrás, declaraba entonces, a menudo, que el verdadero católico era necesariamente antidreyfusista. Hay en la historia de la Iglesia en Francia, desde hace ciento cincuenta años, una especie de ritmo regular entre un período de prosperidad y un período de infortunio, ley que ha sido exactamente marcada por Jean Maurain, el eminente autor de la **Política Religiosa del Segundo Imperio,** en estas sugestivas líneas:

"El clero es muy poderoso en Francia, pero sus tendencias políticas son odiosas a la mayoría de la nación. Cuando las manifiesta, una ola de anticlericalismo estalla irresistiblemente. Cuando las oculta, la atención se vuelve hacia las cuestiones religiosas y gana poco a poco terreno hasta el día en que, enardecida por el éxito, afirma sus pretensiones y desencadena así una nueva reacción anticlerical. Así se suceden períodos de combate, siempre desfavorables para el clero, y períodos de apaciguamiento del cual se aprovecha siempre".

Los países de la América Latina son naturalmente rehacios a la intervención del clero en la política. El catolicismo, bastión de la cultura, es señalado ante las turbas analfabetas, como un signo de regresión. Nuestras masas sin ética pasan de la oración a la blasfemia. Es la herencia española. Por esto un régimen de concordia aceptado por todos los partidos es socialmente benéfico.

Con la enmienda del concordato no conseguirá el nuevo régimen sino ventajas teóricas. El único beneficio real que puede traer esta reforma es conseguir que termine la literatura demagógica en torno a un tema sembrado siempre de peligros. Va para cuarenta años que don Carlos Martínez Silva proponía en una página memorable la eliminación de la cuestión religiosa en las luchas de los partidos políticos en Colombia. A esta civilizada práctica le confiaba tan insigne publicista la humanización de nuestras costumbres políticas. Lo que le dió una extraña fiereza a nuestras querellas democráticas en el siglo XIX fue el problema religioso. Con tres silogismos bien meditados sobre la existencia de Dios se hacía carrera en el conservatismo. Los liberales, en cambio, tenían que hacer declaración de ateísmo. Sin haberla leído nunca, ni sospechado su existencia, los electores liberales exaltaban la filosofía de Bentham. En las universidades se leían los textos, declarados sacrosantos del filósofo utilitarista. La primera herejía de Núñez fue citar en sus escritos a Herbert Spencer. . . .

"Los partidos políticos, declaraba Martínez Silva, tal como se entienden hoy en Inglaterra, en casi toda Europa y en los Estados Unidos, nacen, se transforman, se fraccionan y se ligan alternativamente; transigen de ordinario sus diferencias; aceptan las conquistas alcanzadas; reconocen un caso común de acción; y avanzando unas veces con movimiento acelerado, retrocediendo otras, mantienen el equilibrio de todos los intereses le-

gítimos, ponen a raya las ambiciones bastardas, aseguran la paz y labran la pública felicidad.

"Nada de esto es posible cuando el debate versa sobre cuestiones religiosas, porque entonces el dilema se plantea entre el ser y el no ser, entre el error y la verdad absolutos; y un creyente convencido llega así a aceptarlo todo, a trueque de que no se pongan manos violentas en el sagrado depósito de la fe".

Varios años más tarde don Marco Fidel Suárez tuvo una idea semejante y al efecto redactó un proyecto de declaración, que le fue enviado a tres distinguidos jefes del partido liberal, con el propósito de eliminar la cuestión religiosa, que en su sentir era lo que separaba histórica y filosóficamente a nuestros partidos políticos en su criterio de legislación y de gobierno. Comentando en "El Sueño del Compromiso" esta iniciativa, agregaba las siguientes reflexiones:

"De hacer eso se seguiría el inmenso bien de una paz tan sólida como estable. De hacer eso no se seguiría mal alguno, pues de la observancia del concordato y de la constitución, en materia de instrucción pública, de matrimonio y de todas sus demás estipulaciones, ningún perjuicio se sigue a la sociedad sino todo lo contrario.

"Los que obraren de ese modo, cualesquiera que fuesen sus opiniones, no obrarían ni contra su conciencia ni contra su dignidad, del mismo modo que no obraba contra ellas Disraeli al cumplir y hacer cumplir las leyes referentes a la iglesia anglicana, a pesar de ser judío. Esa es la práctica de la sabia Inglaterra, donde mu-

chas veces los ministros no son anglicanos, y donde los únicos que no pueden entrar en el ministerio son los ateos.

"Qué se opondría, pues, a que Colombia diera por medio de sus partidos un alto ejemplo de lógica, de concordia verdadera, de amor patrio, renunciando las colectividades a conflictos inextinguibles que las ha diferenciado hasta hoy, y poniéndose a trabajar, empleando su energía e inteligencia, en campos de actividad fecunda donde podrían hallar distintivos muy espontáneos y provechosos? Ahí encontrarían medios y métodos adecuados a nuestra situación para organizar la hacienda, fomentar la agricultura, reglamentar la instrucción, desarrollar las comunicaciones e imitar, en suma a los pueblos sabios y bien concertados que gastan sus recursos en progresar y no en tontear y necear.

"El doctor Nicolás Esguerra, siempre sincero y magnánimo, sí me hizo algunas observaciones al proyecto, que me permití leerle. Los otros consultados consultarían a su vez y nada pudieron decirme, lo que me explico por la gravedad del asunto y por el peligro que implica hablar, así no más, en nombre de un partido. Del general Uribe Uribe conservo una carta de ideas generales, en que se muestra favorable al "estatu quo" en la materia, es decir, a las relaciones político-eclesiásticas actuales".

En el campo liberal no han faltado voces igualmente cuerdas. Sergio Camargo, Miguel Samper, Aquileo Parra, el general Uribe Uribe, don Nicolás Esguerra sos-

tuvieron la tesis concordataria. Por su parte el doctor Olaya Herrera declaraba en una entrevista que puede considerarse como su testamento político:

"—Cree S. E. que está ya asegurada en el país la estabilidad de la paz interna?

"—Así lo creo, no veo por el momento sino un peligro que pudiera perturbar seriamente esa paz. Me refiero a la política religiosa. Si los gobiernos que vienen desarrollan una política religiosa a lo largo del mecanismo establecido para la armonía del poder civil con el poder eclesiástico, las luchas de los partidos situadas fuera de este campo, pueden tener, como es natural, muchas amarguras, y dar lugar a conflictos lamentables, pero estoy seguro que no alcanzarán nunca a perturbar la paza pública.

"Después de pensar y meditar serenamente este asunto, yo soy partidario de que se mantenga en sus líneas básicas el estatuto que rige nuestras relaciones con la Iglesia, y creo que sería un grave error tratar de perturbar en partes fundamentales ese estatuto."

"—S. E. opina que el concordato actual sea compatible con la reforma educacionista?

"—En lo referente a la educación que el país necesita, no tienen por qué surgir conflictos y antagonismos que vengan a romper la armonía entre el poder civil y las autoridades eclesiásticas. Creo que las reformas educacionales que el país necesita puedan adelantarse y cumplirse en el campo del concordato".

Solucionada la cuestión religiosa, que ha perturbado

secularmente nuestras actividades políticas, los partidos podrán orientar sus programas en un sentido social, económico y administrativo, emulando en el servicio del Estado. Así se formará una masa neutra que le dará el triunfo a las derechas o a las izquierdas, no según una inspiración confesional o dogmática, sino por la bondad de sus ideas y la preparación de sus estadistas. Los problemas de la hora hay que enfocarlos no conforme al capricho de un pequeño núcleo de entusiastas sino con una elevada óptica nacional, única desde la cual, en el sentir de un pensador español, se puede hacer historia perdurable y se evita el mero y triste episodio.

En nuestra América, catolicismo y nacionalismo se confunden. El misionero fué adelante del conquistador y del colono. En la época de la conquista el clero fué el adalid del derecho; en los días de la colonia el adalid de la cultura. Los únicos que crearon algo intelectual y moralmente en el continente fueron los religiosos. Allí está la obra económica de los Jesuítas en el Paraguay y el Perú que obtuvo tan copiosos aplausos de la propia pluma de José Carlos Mariátegui. Los religiosos en México crearon la escuela de Jalisco que se adelantó a casi todas las investigaciones pedagógicas modernas. Desde México hasta la Argentina fundaron más de trescientas universidades, que son alto decoro en la tradición cultural de nuestra raza. La generación libertadora fué obra suya. Mario André ha sostenido, en un admirable ensayo sobre la independencia de las colonias latinas de América, que la epopeya emancipadora no es hija de la revolución

francesa, como se ha afirmado hasta hoy, sino una reacción contra ella. Es preciso que el pueblo de España se levante contra Napoleón para que las naciones americanas rehusen, así mismo, someterse al usurpador. La independencia y la república nacerán entre nosotros con manifestaciones unánimes al régimen caído y a la religión católica. "En 1.809 y 1.810, escribe André, cuando Napoleón es dueño de casi toda España los americanos que no quieren seguir la suerte de la metrópoli sometida al rey intruso, organizan a su vez en las numerosas provincias juntas que se apoderan del gobierno y expulsan a las autoridades españolas. Estas juntas están formadas por ciudadanos emprendedores o por los cabildos y cabildos abiertos. La reacción cunde por todas partes al grito de: **Viva el rey"**

Los derechos del hombre en la traducción de Antonio Nariño son recogidos por los funcionarios peninsulares. No circulan entre el pueblo; constituyen una hazaña intelectual, pero no un triunfo revolucionario. En las proclamas y en los documentos oficiales de nuestros libertadores no corren los nombres de Marat, de Robespierre, de Dantón, sino los de los héroes de Plutarco. Díganlo las páginas de Bolívar, de Bernardo Monteagudo, de Mariano Montes.

En el año de 1.814, pasado el peligro napoleónico, la lucha por la emancipación se convierte en una guerra civil de los criollos contra las clases dominantes. El clero es el agente principal de esta reacción. Así lo comprendieron los precursores. Miranda, fracmasón, se alía con

los jesuítas para libertar a su patria; no cesa de repetir que el régimen que desea instaurar será contrario al de la Francia liberal e irreligiosa. Bolívar, aún en los tiempos de su juvenil escepticismo, proclama su fé católica, asiste a las ceremonias religiosas y congrega al clero en lucha tenaz contra la metrópoli.

Uno de los factores esenciales de la emancipación americana fueron los jesuítas que habían sido expulsados por Carlos III, en 1.767, tanto de España como de los dominios de ultramar. Alberto Sorel escribe: "La dispersión de esta orden hizo tanto por la independencia de la América del Sur como el ejemplo de los Estados Unidos y el estímulo y protección de Inglaterra". Hizo más aún, agrega André. "Desde su partida los criollos y los indios aman menos a la madre patria. Estaban a la vez heridos en sus sentimientos religiosos, dañados en sus intereses materiales y espirituales, afligidos en su corazón, atribulados en su espíritu. Los jesuítas habían sabido hacerse amar de todos. La mayor parte de lo bueno y útil que para la civilización de América se había llevado a efecto, el desarrollo de la instrucción primaria y superior y el progreso de la agricultura era obra suya". En una palabra, la prosperidad material y moral del continente, había sido preparada desde mucho tiempo por los jesuítas. Habían obrado siempre con tanta dulzura como amabilidad, que los historiadores, no sospechosos de parciales en su favor y que antes bien les son hostiles, reconocen que, desde su marcha, hubo en parte en la población india un retroceso a la barbarie.

En un siglo de vida independiente el clero funda escuelas, colegios, monasterios y ciudades. Ellos suplen la deficiente acción cultural de los partidos, empeñados exclusivamente en el dominio material. En todas partes el sacerdote ejerce funciones de conductor y de maestro, defiende al indio y al campesino, enseña y civiliza. Contra estos hechos nada puede el anticlericalismo vocinglero.

La Iglesia católica, que ha perdido entre nostoros su eficacia como instrumento de dominación política, debe ser hoy más que nunca una institución nacional, porque a ella está ligada nuestra supervivencia como entidad soberana. El catolicismo es por excelencia la religión latina y su influjo civilizado hunde sus raíces en el océano de las tres carabelas. Socialmente es un vínculo, un lazo de acción común; individualmente una elevada disciplina. Somos colombianos porque somos católicos, de la propia manera que los americanos del norte son protestantes. Fomentar el protestantismo y el ateísmo en estos pueblos amenazados por la vigilante codicia de los Estados Unidos es desguarnecer la frontera.

La reforma social

La mística revolucionaria del siglo XIX presentó eficazmente a la Iglesia católica y a los partidos de derecha en un clásico antagonismo con las clases trabajadoras. El sofisma empezó a desvanecerse, desde el punto de vista doctrinario, bajo el pontificado de León XIII, quien había dedicado su juventud a estudiar los problemas sociales, económicos y políticos de su siglo. Su Encíclica sobre la constitución cristiana de los estados, provocó en Europa un movimiento social y religioso comparable tan sólo, en sus consecuencias, a la epopeya franciscana de la Edad Media. Sus discípulos y propagandistas se multiplican cada día en todas las regiones del universo. "Hubo un tiempo, declaraba León XIII, en que la filosofía del Evangelio gobernaba a los pueblos". Fue esta una de las épocas más felices de la familia humana. No existe hoy ningún historiador culto que no se refiera con respetuosa justicia a la obra cumplida por el catolicismo en la Edad Media, donde se estableció el primer reglamento moral de la propiedad y se logró un feliz régimen de concordia entre el capital y el trabajo.

El régimen corporativo realizó todo lo que un sano socialismo puede soñar: una jerarquía económica, según las capacidades, poniendo los medios de producción en las manos mismas de los productores. El trabajo del compañero era una alegría. Es claro que todo trabajo

exige en algunos momentos un esfuerzo algo más que penoso, una rutina más o menos monótona, pero en general en el sistema corporativo era una vocación. Trabajando el artista se realiza como un sér de orden superior, cumple su fin y ninguna felicidad iguala al supremo éxtasis creador. La búsqueda de una verdad, por modesta que sea, ocupa toda la vida del sabio. En un plano más modesto el compañero era un creador, un hombre de industria. Voluntariamente aceptaba la porción prosaica, bíblico estigma de todas las empresas en este bajo mundo.

Así todo objeto fabricado en las corporaciones era una obra de arte. El arquitecto, el carpintero, el pintorero, eran creadores, porque eran artistas y no órganos de un rodaje mecánico. Eran inteligentes, en la propia medida en que eran hombres de trabajo; su experiencia les daba un perfecto señorío sobre la materia. Su habilidad era de orden síquico y orgánico.

El mundo moderno inventó la más tremenda forma de esclavitud humana: el "taylorismo", la racionalización industrial. Este vocablo bárbaro, hiperbóreo, que los constituyentes de 1.936 introdujeron en las instituciones de Colombia, encarna un sombrío método de opresión y de injusticia. El obrero en la industria racionalizada es un bruto, sin habilidad adquirida por la experiencia. En sus manipulaciones automáticas no hay alma, no hay nobleza. La concepción materialista de nuestro tiempo trata en vano de hacernos sobreestimar hasta tal punto los valores terrestres. Como lo expresaba Luis Ho-

yack, "es cierto que la riqueza es una cosa excelente, y mejor todavía lo es la riqueza para todos, pero no es racional que el hombre pague a la manera de un Fausto moderno estos tesoros con su alma, con su vida". La alegría del trabajo es parte de su alma y cuando aquella se pierde el espíritu humano está amputado. Ninguna opulencia compensa este sacrificio, así esté maravillosamente extendida.

La racionalización priva al obrero de toda participación intelectual en su tarea convirtiéndolo en el tornillo de una máquina. En el seno de las sociedades cristianas, libertadas de la acción esclavizante de la materia, el trabajo no fué nunca una mercancía. Los monjes en la Edad Media ejercían todos los oficios de su tiempo. Entre los operarios manuales figuraron los más altos espíritus de la humanidad. Jesús mismo, fué carpintero. El místico Jacobo Boheme era tejedor. Spinoza vivía de la industria de los espejos. No es posible imaginar hoy a un grande hombre, lleno de vida espiritual, sometido a realizar una labor rutinaria en una fábrica, supervigilado por capataces analfabetas.

El hombre es un sér religioso, histórico y social, y toda sociedad reposa sobre la religión, la tradición y la asociación. Contra estos tres principios declaró su guerra a muerte el liberalismo moderno, que tiene su acta de nacimiento en lo que Le Play llamaba los "falsos dogmas de 1.789". A nombre de la filosofía nacionalista Odilón Barrot declaraba: "La ley es atea". Pero ya se ha dicho felizmente que si Dios no construye la ciudad, el

hombre la construirá en vano. "Aislar al individuo, escribe Georges Goyau, sustraerlo a todo lo que lo rodea, lo mismo en el tiempo que en el espacio, y erigirlo por encima del presente, considerándolo como una especie de abstracción, al margen de toda tradición y de toda sociedad, lo que vale decir al margen de toda realidad: tal ha sido la táctica del espíritu revolucionario". Por esto en el orden social su obra maestra fue la destrucción de las corporaciones, con el propósito de libertar al obrero del yugo de la asociación. Las consecuencias de este acto no se hicieron esperar. En la vida económica la libertad del trabajo, la libertad del comercio, la libertad de la propiedad, han desencadenado todos los abusos contra todas las debilidades, estableciendo, según la gran palabra de Luis Veuillot, "la libertad de que se goza en los bosques". No hay libertad de consentimiento en el contrato que se celebra entre el menesteroso y el fuerte, entre el que siente la amenaza de la miseria y el que se apoya sobre un capital

Las fatales consecuencias del liberalismo económico las analiza así Pío XI, en su Encíclica CUADRAGESIMO ANNO:

"Primeramente salta a la vista que en nuestros tiempos no se acumulan solamente riquezas, sino se crean enormes poderes y una prepotencia económica despótica en manos de muy pocos. Muchas veces no son estos ni dueños siquiera, sino sólo depositarios y administradores que rigen el capital a su voluntad y arbitrio.

"Estos potentados son extraordinariamente poderosos

cuando dueños absolutos del dinero gobiernan el crédito y lo distribuyen a su gusto; diríase que administran la sangre de la cual vive toda la economía y que de tal modo tienen en sus manos, por decirlo así, el alma de la vida económica, que nadie podría respirar contra su voluntad.

"Esta acumulación de poder y de recursos, nota casi originaria de la economía modernísima, es el fruto que naturalmente produjo la libertad infinita de los competidores, que sólo dejó supervivientes a los más poderosos, que es a menudo lo mismo que decir a los que luchan más violentamente, los que menos cuidan de su conciencia . . .

"Las últimas consecuencias del espíritu individualista en el campo económico, vosotros mismos, Venerables Hermanos y amados hijos, las estáis viendo y deplorando: la libre concurrencia se ha destrozado a sí misma: la prepotencia económica se ha suplantado al mercado libre; al deseo de lucro ha sucedido la ambición desenfrenada de poder; toda la economía se ha hecho extremadamente dura, cruel, implacable".

A la Iglesia católica y a las derechas se les ha querido hacer responsables de una oprobiosa situación económica que condenaron siempre. Individualismo, capitalismo, liberalismo son términos sinónimos.

Después de un siglo de gobierno liberal en los antiguos estados cristianos el descontento del pueblo crece en un sentido inverso a sus promesas y en medida directa de su progreso. Sin embargo, el liberalismo no se

siente satisfecho ante las ruinas de una sociedad destruída por su obra. De sus entrañas ha brotado el socialismo por la lógica de sus principios y por reacción contra sus prácticas. El gran fenómeno de los países que han padecido este régimen es el tránsito de la anarquía liberal al despotismo comunista.

Lo que congrega estos dos sistemas es el ateísmo político. El liberalismo y el comunismo se hermanan en la fiebre del goce inmediato, en la pasión del lucro, lanzando a los hombres unos contra otros, en una lucha implacable y feroz, como hijos de un mismo padre. Los que ayer impulsaban al capitalista al frenesí de la posesión ilimitada, hoy agitan la cólera de los que nada tienen para que se apoderen de todo. No es posible someter al hombre a las ciegas fuerzas económicas. Al formar Dios a su criatura le entregó todos los dones de la naturaleza para que se sirviera de ellos y no para que fuera su esclavo. La primera y la última cosa que enseña la sabiduría espiritual es independizarse de los bienes de este mundo.

El liberalismo no existe hoy sino en sociedades de evolución retrasada. Hablar de él es pronunciar una oración fúnebre. En cambio, el comunismo, en sus diversas metamorfosis, es uno de los mayores peligros que ha tenido en veinte siglos la civilización cristiano-clásica. Sus dos errores fundamentales son el materialismo dialéctico y la lucha de clases.

La interpretación económica de los fenómenos históricos es casi tan antigua como el mundo. Aristóteles

habla ya de la influencia que ejercen las realidades económicas sobre los problemas políticos. Polibio, en su historia romana, afirma que en las guerras civiles se trata principalmente del traslado de las fortunas. Harrison, Madison, Pacquer, nos dieron una explicación económica de la historia y Babeuf, en el Manifiesto de los Iguales, establece que la historia no es sino una lucha económica de clases. El único mérito de Marx fué sistematizar esta doctrina.

La dialéctica marxista es un producto de las doctrinas "mecanicistas", que tanta boga tuvieron en el siglo XIX, es una aplicación de doctrinas teológicas y providencialistas. Vico y Bossuet veían la obra de la providencia en todas las trasformaciones históricas. "Un siglo, ha dicho Waldo Frank, que había perdido la noción de Dios, hacía esfuerzos desesperados para reemplazarlo con una ley que fuera poderosa y omnipotente como la divinidad para mover al mundo". La teoría mecanicista estaba fundada sobre los principios de la física newtoniana que establecía la causalidad esencial de todos los fenómenos físicos y humanos. El mundo era concebido como una máquina. Vienen entonces, Freud, que todo lo explica con la líbido; Taine que le concede al clima una influencia predominante; Ratzel, que nos dá una interpretación geográfica; Gunther, que nos ofrece una teoría racial, describiendo la historia como un movimiento progresivo dirigido por la raza aria.

Lo cierto es que innumerables factores, muchos de ellos todavía desconocidos, entran en la difícil marcha

del mundo. Pero antes que factores económicos, actúan coeficientes intelectuales y morales. Clásicamente se ha establecido que el pensamiento es el legislador del universo. Ningún historiador serio puede afirmar que el catolicismo, las cruzadas, el ciclo franciscano o el descubrimiento de América, fueron simples aventuras económicas. Isabel la Católica envió navegantes y misioneros al nuevo mundo a conquistar legiones para Dios. ¡Cuánta espiritualidad, cuánto fervor en estas almas, encendidas por mística lumbre, que buscaban en medio de la muerte y de sacrificios inenarrables, el cumplimiento de una misión espiritual! Como lo ha escrito Waldo Frank, no existe desde el paso de los israelitas por la Palestina, una obra más puramente espiritual y religiosa que la conquista de América.

El socialismo científico es una religión materialista y laica, con su dogmas, sus pontífices, su moral y su liturgia. Siempre he imaginado a Carlos Marx como uno de los tipos clásicos de la raza judía. Dos grandes principios han luchado en la historia de occidente: el humanismo racional de los griegos y la sed insaciable de justicia de la raza hebrea. El pueblo de Israel ha sido el depositario histórico de un ideal absoluto de justicia humana. El antiguo testamento nos muestra esa raza apasionada y religiosa, cautiva en Babilonia y en Egipto, soñando caminos de humana redención, marchando hacia una Jerusalém ideal donde impera la eterna justicia. Marx, esencialmente judío, busca también un pueblo elegido de Dios: la clase proletaria y dentro de su "mística mate-

rialista" le va mostrando una nueva tierra de promisión donde habrán de cumplirse los ideales de justicia que él describió en el Nuevo Testamento de su doctrina: EL CAPITAL. El comunismo no ha triunfado en ninguna parte por su desarrollo económico, sino por sus promesas espirituales. En Rusia se rompió toda la dialéctica marxista porque en un pueblo de economía medioeval se impuso un movimiento comunista, rompiendo todos los itinerarios teóricos. El socialismo científico, convertido en una verdadera religión, con su Dios —el Padrecito Lenín,— ha venido imperando en el vasto dominio de los Zares. Y es que la humanidad ha sido pasmosamente propicia a todas las doctrinas "que levantan su templo sobre alturas espirituales".

Nicolás Berdiaeff escribe estas anotaciones concluyentes sobre el materialismo histórico: "El marxismo, bien analizado, es una mentira, porque Dios, es decir, la Fuerza suprema y el Manantial de toda fuerza, existe. Es evidente que todo se resuelve por la fuerza en la vida social; pero la fuerza suprema no es la economía, no es la lucha de clases; la fuerza suprema es el espíritu; hasta la fuerza del pecado es espíritu. La materia es impotente, inerte, pasiva; sólo el espíritu es activo, mueve a los materialistas mismos que le niegan. No hay absurdo mayor que fundar su actividad en una doctrina materialista. Es el ser el que manda a la conciencia, y no la conciencia la que manda al sér, que es, ante todo, espíritu y no materia, y ésta no depende más que de la conciencia. La economía es una creación del espíritu humano; su calidad

está determinada por la del espíritu, y, por consiguiente, posée una base espiritual".

El materialismo histórico se cifra sobre este postulado que enunciaban Marx y Engels en el Manifiesto Comunista: "La historia de toda la sociedad hasta nuestros días no ha sido sino la historia de la lucha de clases". La realidad humana le demuestra al observador menos atento que existen otros antagonismos: antagonismos religiosos; antagonismos nacionalistas; antagonismos raciales; antagonismos sentimentales; lucha biológica de generaciones. El marxismo es una escuela que trata de resolver todos los problemas dentro de una avalancha vengativa. Marx es el mayor acumulador de odio que ha existido después de Lutero. La lucha de clases es la doctrina catastrófica de la venganza social. Marx se encerró en la Biblioteca de Londres a recoger todos los casos de iniquidad o de injusticia que se hubieran cometido en la historia humana contra las viudas, las empleadas, los huérfanos, las clases proletarias y sistematizó todos estos datos para producir una tempestad de cólera en los desheredados contra los capitalistas, los burgueses y los ricos.

De esta herejía es responsable la economía liberal que dividió la sociedad en clases. De la Revolución Francesa arranca esta terrible guerra social, donde los unos no quieren abdicar nada y los otros nada respetan. El Estado cristiano congregaba a los hombres por sus oficios; el Estado liberal por su clase; el primero realizó la paz social; el segundo la guerra.

Esta ruptura del lazo social, cuyas causas filosóficas están a la vista, nos está indicando el único remedio inmediato y saludable: la reclasificación de los elementos sociales. La fiebre producida por una fractura no es posible tratarla sino juntando primero los miembros dislocados. Uno de los espíritus más clarividentes de su siglo, el Marqués de la Tour Du-Pin, escribía en 1.887:

"Se dice comunmente que no hay sino clases y se quiere decir con aquello que no deben existir más castas: no las hubo nunca en la civilización cristiana, cuando todos los órdenes del Estado estaban abiertos al mérito por la vía de los servicios públicos. Congregar a los hombres en el orden religioso, económico y político, no solamente según el domicilio, sino también según la profesión, restableciendo en religión la confraternidad, en economía la corporación, en política la representación de intereses, el REGIMEN CORPORATIVO en una palabra, con todos sus principios y todas sus consecuencias, tal parece que debe ser el fin inmediato de la política social".

Toda sociedad fundada sobre un régimen de clases prepara naturalmente su ruina. El deber de los tiempos nuevos es renovar los vínculos sociales, en vez de quebrantarlos.

El partido nacional que realizó en Colombia una completa transformación política imponiendo como postulados nacionales sus grandes principios animadores: el proteccionismo, el centralismo, la república plebiscitaria, la paz de las conciencias, no ha sabido evolucionar sufi-

cientemente en cuestiones sociales. A nuestras derechas les falta una política proselitista. Dueñas de la inmensa mayoría de las masas campesinas, muy poco han hecho por conquistarse las masas urbanas. El obrero es el elemento político por excelencia. Sin una política social no puede aspirarse hoy a conquistar el poder o a conservarlo. Las clases socialmente dominantes no saben sino ceder a la amenaza y son generalmente el dócil instrumento de los gobiernos. Para la oposición son totalmente nulas. Los que todo lo tienen sólo aspiran al goce del binestar acumualado y la oposición necesita masas acostumbradas a la intemperie. En Europa los partidos que llevan las banderas de las justas reivindicaciones obreras son los partidos nacionalistas y católicos. El sereno y reflexivo Van Zeeland, jefe de los católicos belgas, decía recientemente:

"Es indispensable practicar una política social tan avanzada como sea posible. No se trata solamente de un imperativo de justicia, sino de una necesidad de hecho. Es preciso ir sobre la vía del progreso social tan lejos como lo permita la salvaguardia del progreso económico, sin el cual el mismo progreso social llegaría a ser imposible".

El régimen corporativo italiano ha logrado el equilibrio social, el progreso de la agricultura y de las industrias, la reconstrucción nacional. El canciller Dollfus, una de las figuras más enérgicas de su tiempo, estableció en Austria el régimen corporativo cristiano. En septiembre de 1.933, decía: "Queremos un Estado austriaco

cristiano basado en un régimen corporativo bajo la dirección de una autoridad respetada". Y, luego, agregaba: "Tenemos la ambición nosotros, pequeño pueblo alemán, de ser la primera nación que preste atención al llamamiento de la magnífica Encíclica CUADRAGESIMO ANNO por la formación de un estado corporativo". Desde 1.933 funciona en Portugal un Estado corporativo sustentado en las puras doctrinas de León XIII y Pío XI. Hitler, en Alemania, sigue los pasos del régimen corporativo italiano.

Lo que hará inmortal en la historia el pontificado de Pío XI es su fervorosa adhesión a las dos ideas que atraen con más fuerza los espíritus en nuestra época: la justicia social y la paz entre los pueblos. Su encíclica CUADRAGESIMO ANNO ocupa ya un sitio en la literatura social y política sólo comparable a la carta encíclica de León XIII, RERUM NOVARUM. La obra de Pío XI ha sido adaptar el pensamiento de su predecesor sobre la restauración cristiana del mundo a las exigencias del tiempo presente. Mayor fuerza tiene todavía, si es posible, su última encíclica DIVINI REDEMPTORIS sobre el "comunismo ateo", dada en Roma, en la fiesta de San José, el diez y nueve de marzo de 1.937, año XVI de su pontificado. En la primera parte el Sumo Pontífice señala los peligros del comunismo, que "tiene en mira dar al traste con el orden social vigente y minar los fundamentos mismos de la civilización cristiana". Viene luego una exposición fiel, metódica y sintética de la doctrina comunista en la cual no hay puesto para la

idea de Dios, ni existe diferencia entre el espíritu y la materia; entre el alma y el cuerpo. El materialismo dialéctico conduce fatalmente a la lucha de clases con principios del Evangelio, en todos aquellos que se glorían de pertenecer al redil de Jesucristo, a fin de que de esta suerte sean la sal de la tierra que preserve a la sociedad humana de tan grande corrupción".

Lejos de defender el Pontífice el derecho absoluto a la propiedad vuelve a las puras fuentes cristianas, que consideran al hombre sólo como administrador de las cosas perecederas, de cuyo manejo tendrá que dar cuenta a Dios, su dueño supremo. La propiedad es el fruto del trabajo social, es decir, el trabajo ejecutado en sociedad: ella tiene como él un carácter social, estando destinada a aprovechar no solamente al propietario sino a la comunidad entera. Esta era, al menos, la concepción que tenían los doctores cristianos de la Edad Media, por oposición a los antiguos, que la defendían como el derecho de gozar un bien con exclusión de los demás.

Elevándose a los deberes y responsabilidades de su siglo, Pío XI declara con franca entereza:

"No es razonable que el obrero reciba como limosna, lo que le corresponde en justicia y nadie puede intentar eximirse de los deberes impuestos por la justicia con pequeñas dádivas de misericordia. Por tanto nos dirigimos de una manera particular a vosotros, patronos e industriales cristianos, cuya función es con frecuencia muy difícil, porque lleváis la pesada herencia de los herrores de un régimen económico injusto durante muchas

generaciones: tened conciencia de vuestra responsabilidad".

Afirmándose en el ejemplo de los grandes constructores espirituales y políticos de nuestro siglo, desde Mussolini hasta Pío XI, las derechas colombianas no deben aparecer como intendentes de la burguesía capitalista. Es preciso ir hacia el pueblo sin orgullos intelectuales. Hay que luchar por la redención de los humildes, por el alza gradual de los salarios, por las leyes que protegen al obrero, al funcionario, al empleado. La Iglesia cristiana, debe estar con el pueblo obrero, que está amenazado espiritualmente por los mayores peligros y se intoxica con los venenos mortíferos del ateísmo. En la juventud europea ha aparecido una nueva noción de la empresa social del cristianismo. Los seres selectos de esta juventud están francamente orientados en contra del capitalismo y del espíritu burgués. La burguesía se asocia siempre a los vencedores; claudica ante los poderosos. El partido conservador aparece hoy como el defensor de todos los privilegios, no siendo este ni su programa, ni su espíritu. El pueblo y la juventud deben ser los macizos fundamentos de una política de derechas vigorosamente anclada en el porvenir. Hay que prometer a las masas realidades concretas, alimenticias, y estar dispuestos a pagar con la vida la fidelidad de estas promesas. El deber de las derechas colombianas es no colocar nunca al obrero y al campesino en un conflicto entre sus ideas y sus intereses. No es preciso dirigir al proletariado contra el capitalismo en una antítesis pu-

ramente oratoria, sino hacer desaparecer al proletariado exaltando su condición. Debemos aspirar a mantener al colombiano en el campo, dándole al trabajo rural ventajas semejantes a las del trabajo urbano. Es necesario que la vida llegue a ser agradable en los centros agrarios haciendo llegar hasta ellos las ventajas de la ciudad, sin ninguno de sus peligros. Hay que facilitar la adquisición y la defensa de la pequeña propiedad, del pequeño comercio y de la pequeña industria; hay que proteger las aldeas, por la concesión de créditos municipales y otras medidas tendientes a desenvolver el progreso de las aglomeraciones urbanas limitadas; hay que favorecer la policultura, con la enseñanza y con el crédito; hay que dictar leyes sociales adecuadas que progresivamente establezcan un régimen de justicia, comprendiendo la organización del corporativismo libre, de base confesional o neutra; hay que luchar por el salario familiar o vital, aboliendo en cuanto sea posible el trabajo nocturno, protegiendo la maternidad y las grandes familias, los seguros sociales de toda especie; hay que fomentar las habitaciones obreras, los consejos de empresa, compuestos de obreros y patronos, estimular en fin, todas las industrias que proclamen el objetivo superior de la organización del trabajo nacional. Nuestro esfuerzo debe dirigirse a destruir la esclavitud del salario y del mal alojamiento; poner a disposición del cultivador la energía eléctrica; asegurar buenos aprovisionamientos de agua; irrigar y drenar; abrir y sostener permanentemente vías de comunicación que desarrollen la agricultura y el comercio;

generalizar el cinematógrafo y el radio. Es preciso hacer del obrero agrícola un propietario, substituyendo a los asalariados rurales por explotadores libres que se aprovechen poco a poco de los progresos realizados en la vasta explotación de carácter técnico. Conviene que el colombiano tenga interés en permanecer en la tierra. No fué para mantener las injusticias sociales para lo que vino Dios a morir entre los hombres.

Durante mucho tiempo se creyó que el industrialismo americano, con las ingenuas teorías sociales de Ford, podía ser una bandera de combate contra el comunismo internacional. Fué entonces cuando Driue de la Rochelle lanzó su fórmula famosa: "Moscú o Detroit". Esta concepción política tenía el defecto supremo de poner en conflicto dos materialismos: el de la miseria y el de la riqueza. El fracaso de la civilización maquinizada nos volvió a la norma justa: "Roma o Moscú". Más que de la obra grandiosa de Mussolini se trata de los valores espirituales individualizados en la historia del pensamiento y de la política por la ciudad de los césares y de los pontífices, que arrancó a un visitante hiperbóreo esta expresión magnífica: "Roma, tú eres verdaderamente un mundo".

Contra el desolado materialismo comunista Roma encarna la hegemonía de los valores eternos. Como lo ha expresado Maritain, en uno de sus libros más bellos y profundos, "a la supuesta supremacía de la materia no son solamente los derechos de la inteligencia y de la razón lo que es preciso oponer, sino la supremacía de la

divina gracia, la primacía de lo espiritual. Las soluciones intermedias pasan a la retaguardia, el hombre aparecerá en lo sucesivo solicitado por los dos extremos: la carne y el espíritu, en el sentido que San Pablo daba a esta frase,— un puro materialismo, infra-humano, y una vida divina, supra-humana; este conflicto es característico de la época en la cual ha entrado la humanidad. Es preciso, si no queremos perecer, que la razón se someta a Dios que es espíritu, y a todo el orden espiritual instituído por El".

Con nuestra voluntad o sin ella es en este terreno donde hay que situar el dramático conflicto de nuestra época. Hace medio siglo que los liberales de Colombia militaban bajo las banderas del utilitarismo, en la propia forma que hoy entropa su ala izquierda en el materialismo dialéctico. En todas partes la absorción del poder espiritual en lo temporal.

Llamo movimientos de derechas a todos los que aceptan una base idealista, espiritual o religiosa, a los que creen en un orden moral que supera y gobierna el orden político. La izquierda es la negación de esta jerarquía de valores sobrepuestos, causa y origen de todos los errores sociales y políticos. El materialismo histórico, reconociendo únicamente los derechos de la fuerza, practica en todos los continentes una táctica terrorista, persigue y oprime. Por esto las derechas han tenido que adoptar también un método internacional de defensa. Así se explica la intervención de Italia y Alemania en la península española amenazada por el comunismo. El triun-

fo de las izquierdas representa el fin de la cultura humana: pensamiento, arte, ciencia, patria, familia, todo lo que levanta al hombre sobre el nivel de la corteza terrestre está en peligro. Las actitudes intermedias favorecen a la revolución. Quien no está hoy con las derechas, aceptando todas las consecuencias, es un mensajero del caos. No es posible eludir el inexorable dilema, La historia no tiene burladeros. Nacimos en una época turbada y nuestro deber es permanecer heroicamente en el sitio que nos señaló el destino. Delante de este horizonte siniestro la inteligencia humana debe hacer un esfuerzo supremo antes de naufragar. **A nombre de la razón y de la naturaleza,** declara Maurrás, **conforme a las viejas leyes del universo, por la salud del orden, por la duración y el progreso de una civilización amenazada, todas las esperanzas flotan sobre el navío de una Contra-Revolución.**

Una tàctica

Ciertos partidos políticos europeos acostumbran encomendar anualmente a uno de sus conductores, de talento exclusivamente crítico, redactar una memoria sobre los errores tácticos cometidos, utilizando los desvaríos del pasado para despejar el porvenir. Nada necesita más premurosamente el partido conservador de Colombia que esta insigne tarea analítica. Intelectualmente es una colectividad egregia; su posición moral es firmísima. Pero no tiene dirección política alguna. Su jefe, el doctor Laureano Gómez, con inmenso prestigio en las masas, ha cometido la equivocación suprema que estigmatizó Dante en "La Divina Comedia": **L'Error de'ciechi che si fanno duci;** el error del ciego que se hace conductor.

Tan fundamental hoy para las derechas como una doctrina que apasione a las masas y que contagie a sus propios adversarios es una táctica. "Debo a Mussolini, —decía Giolitti— el haber aprendido que no es contra el programa de una revolución contra lo que debe defenderse un gobierno, sino contra su táctica". Y esto es lo que nos ha faltado.

"La lucha por el poder, escribía Trotzky, tiene sus leyes, sus métodos, su táctica y su estrategia; quien ignore este arte jamás conocerá la victoria". Lo que necesitan hoy las derechas es un método de combate, una disciplina para la oposición, una estrategia y una táctica

para conquistar el poder. Durante un período de bruscos cambios en la política mundial, en una época de sacudidas universales profundas, la educación de los partidos oposicionistas se hace con extraordinaria rapidez, sobre todo con la condición de que cambien sus métodos de acuerdo con las experiencias, se controlen mutuamente y se sometan a una dirección central común. No es posible aspirar a ganar las elecciones por la benevolencia o la tolerancia del gobierno, sino porque se trabaja sobre una colectividad crepitante, que maniobra, y que, mientras trabaja, observa las condiciones variables de la batalla, comprueba sus armas, las afila de nuevo cuando se oxidan y somete toda su acción a la necesidad de preparar las victorias futuras.

El doctor Laureano Gómez le debe todo su prestigio en el partido conservador a la extraordinaria tarea cumplida en el Senado, como jefe de la oposición, de 1.933 a 1.935. No creo que el país conserve recuerdo de una campaña semejante. Acaso lo igualaron don Miguel Antonio Caro y Carlos Calderón Reyes; pero nadie lo ha superado. En el minuto cenital de su prestigio y de su grandeza oratoria, el destino lo hirió mortalmente. El doctor Gómez perdió entonces los remos pujantes que le permitían domar las tempestades. Fuera del Parlamento, como jefe y como periodista, el Director de "El Siglo" es el álbatros en la playa, cuyo desgarbado meneo no inspira sino compasión. Esta situación trágica sólo Baudelaire ha logrado expresarla:

Ce voyageur ailé, comme il est gauche et veule!
Lui, naguére si beau, qu'il est comique et laid!
L'un agace son bec avec un brule-gueule,
L'autre mime, en boitant, l'infirme qui volait!

Valencia trajo así a nuestra lengua esta estrofa soberana:

¡Qué pánfilo y maltrecho el viajador alado,
tan ágil en los tumbos! ¡Qué desmañado y feo!
Sus iras un marino le excita por un lado,
los otros, cojeando, remedan su meneo.

En el año de 1.935 el partido conservador, hostilizado por el régimen, desprovisto de la cédula de ciudadanía, aceptó la abstención electoral como una imposición de los hechos. Era una herramienta eficaz de combate por los estragos que estaba llamada a realizar. Plutarco nos recuerda que los participantes en una victoria política en la isla de Chios, les hicieron esta advertencia a sus jefes: "No expulséis a todos los enemigos, no vaya a ocurrir que, libres de ellos, empecemos a reñir los amigos".

A pesar de esto no fuí partidario de esta medida que acepté como un mandato de la disciplina. Pero declaré desde el mismo día en que fué decretada, que la abstención no podía ser el renunciamiento a la lucha, sino un período de entrenamiento fecundo. La abstención debió aprovecharse para cedular al partido, sin abandonar las

corporaciones electorales. La presencia de nuestros fiscales en el Parlamento era necesario remplazarla con la continua actividad de nuestros tribunos en la plaza pública.

Lo que le dá una particular ardentía a nuestras luchas políticas es el sistemático abandono de los deberes cívicos. Pasadas las elecciones los partidos se disuelven prácticamente, para organizarse como las vírgenes necias cuando ya no hay tiempo de cargar el aceite. En sesenta días de agitación y de violencia tratan de recuperar el tiempo perdido en largos meses de reprobable molicie. Por esto cada elección es una descarga eléctrica. Solamente pueden aspirar al reino de la justicia las colectividades que han aderezado con oportunidad sus lámparas. En las naciones civilizadas, con tradición política, los partidos mantienen una organización permanente. Un partido consciente de sus responsabilidades debe ser al propio tiempo una universidad y una escuela. A las masas hay que educarlas para la acción, si no queremos que continúen siendo montoneras anárquicas.

En el vocabulario de los deportes hay una palabra particularmente expresiva, que ha entrado ya en el idioma de la filosofía política: ESTAR EN FORMA. "Harto conocida, —palabras son de Ortega y Gasset,— es la fabulosa diferencia que hay entre un jugador cuando **está en forma** y el mismo cuando está fuera de ella. Diríase que no son la misma persona: tal distancia notamos entre lo que es capaz de hacer en un caso y en otro. Pero la forma tiene que ser conquistada; lograrla supone que

el individuo se ha recogido y concentrado sobre sí mismo, que ha practicado un entrenamiento, que ha renunciado a muchas cosas, que vive sobre sí, alerta, tenso, elástico. No le es nada indiferente, porque cada cosa, o es favorable a la forma, o la hace bajar, y en vista de ella la procura o la evita. En suma, estar en forma es no abandonarse nunca en nada".

En forma vive el caballo de sangre esperando la gran prueba de la pista. Su verdadera fatiga está en el entrenamiento, no en el vital ejercicio de la hora suprema. En forma viven el intelectual y el político de raza. La actividad esporádica conduce a la chabacanería. Spengler, agrega: "En forma están los luchadores, los esgrimidores, los futbolistas cuando obran las mayores audacias con naturalidad y ligereza. En forma está una época de arte cuando ha convertido la tradición en naturaleza, como el contrapunto para Bach. En forma se halla un ejército como el de Napoleón en Austerlitz o como el de Moltke en Sedán. Todo cuanto se ha llevado a cabo en la historia universal, no sólo en las guerras, sino también en esa continuación de la guerra con medios espirituales que llamamos política; toda diplomacia triunfante, toda táctica y estrategia, no sólo de los Estados, sino también de las clases y los partidos, todo proviene de unidades vivientes que se hallaban en forma".

La abstención fué para el conservatismo, tan sólo, un período de vacaciones políticas, en vez de serlo de organización continua, de alta y severa disciplina. En

ningún momento sus jefes procuraron alistarlo para el dominio de la calle, para el mítin constante, para una poderosa hazaña de acción y de defensa. Un partido de gobierno puede abandonar sin peligro sus masas; la máquina administrativa actúa sin pausa en favor suyo consolidando la arbitrariedad.

Debajo de las pirámides, nos recordaba un historiador moderno, no se encontraron vestigios de civilizaciones desaparecidas. Aquellas maravillas del arte brotaron del desierto sumisas a la mano disciplinada del hombre. Casi sin interrupción pasaron los egipcios de la piedra pulimentada a la piedra clásica. Lo que demuestra que "la historia procede muchas veces a saltos. Estos saltos en que se salvan súbitamente fantásticas distancias espirituales, se llaman generaciones. Una generación en forma puede lograr lo que siglos sin ella no consiguieron". El deber de las derechas es quemar etapas. Así lo han hecho Hitler y Mussolini, no sólo cuando atropellaron el poder, sino hoy cuando avasallan el destino.

El doctor Laureano Gómez ha querido dirigir al partido conservador por correspondencia. Los jefes deben recorrer el país periódicamente, estar en contacto continuo con las masas y organizarlas con la seguridad y eficacia de un regimiento. El sistema de las circulares públicas y secretas no sirve sino para los partidos que están en el gobierno. En tres años de férrea dictadura el doctor Gómez no ha tomado una sola resolución polí-

tica creadora. Y, lo que es peor aún, paraliza la acción de los dirigentes, de la juventud y del pueblo.

Entre los conductores responsables de la nación ninguno es tan aficionado como él a la violencia verbal. Yo no condeno la violencia. Al contrario, creo que es el único camino que nos queda en ciertos departamentos, ante la insensibilidad moral del régimen. Lo que es una equivocación es provocar reacciones que uno no está en capacidad de resistir. La intemperancia hablada y escrita del doctor Gómez hubiera sido excelente si se tratara de un organizador, capaz de formar secciones de asalto en todo el país. Stefan Sweig ha dicho admirablemente: "La violencia no tiene un aliento duradero; golpea ciegamente en un frenesí de ira; sin embargo, su voluntad carece de objetivo; no tiene visión, y después de sus ataques locos, queda postrada, impotente y lacia. Aún cuando la violencia es contagiosa e infecta grupos enteros, estos son fáciles de dispersar tan pronto como pasa la primera ola de ardor. Las insurrecciones han sido una amenaza cuando han carecido de dirección intelectual. Solamente cuando el impulso de violencia está inspirado por una idea, o al servicio de una idea, toma los caracteres de un verdadero tumulto. Entonces se producen las revoluciones sangrientas y destructivas, entonces las bandas de harapientos acuden al llamado formando un ejército, es entonces cuando el dogma se constituye en el nervio del movimiento". El doctor Gómez no ha hecho sino golpear ciegamente en un fenesí de ira; pero sin obedecer a ningún sistema intelectual. Al contrario, el

jefe conservador es enemigo de la fuerza, como método de expresión política, es un discípulo de Gandhi, el adalid de los brazos cruzados,. En una conferencia sobre el fracasado apóstol hindú, declaraba:

"Admirable sería que los jóvenes renovaran en la prodigiosa vida de Gandhi la enseñanza eterna de que la fuerza moral es la primera; que el poder del espíritu se sobrepone a la violencia y la destruye; que es más fuerte con la justicia que con la mejor escuadra y los cañones más poderosos. Gandhi dijo: **La fuerza no está en los medios físicos, sino en la voluntad indomable. El hombre que la tenga puede desafiar un imperio y provocar su caída".**

Espiritualmente muy bello, pero históricamente falso. Gandhi, el apóstol de "la voluntad indomable", ha sido impotente contra el imperialismo inglés y le ha hecho perder cuarenta años de su historia a la India, que hoy lo tiene prácticamente abandonado, para seguir tras el Pandit Neheru, paladín de la rebeldía armada. Gastón Boissier nos recuerda, como un hecho doloroso para la conciencia humana, que muchas persecuciones han triunfado. En las páginas finales de LA DECADENCIA DE OCCIDENTE, un libro para minorías, Spengler escribe esta sentencia digna de Zarathustra:

"Ante el mundo irresistible de las generaciones en sucesión, desaparece, en último término, todo lo que la conciencia despierta edifica en sus mundos espirituales. En la historia trátase de la vida, y siempre de la vida, de la raza, del triunfo para la voluntad de poderío; pero no

se trata de verdades, de invenciones o de dinero. La historia universal es el tribunal del mundo: ha dado siempre la razón a la vida más fuerte, más plena, más segura de sí misma; ha conferido siempre a esta vida derecho a la existencia, sin importarle que ello sea justo para la conciencia. Siempre ha sacrificado la verdad y la justicia al poder, a la raza, y siempre ha condenado a muerte a aquellos hombres y aquellos pueblos para quienes la verdad era más importante que la acción y la justicia más esencial que la fuerza".

Fracasados en Colombia los métodos democráticos, las derechas tienen que infundirles a las masas un estado de alma prócer si aspiran a tener vigencia histórica. Es más, sólo les queda éste dilema: o manejar los sistemas políticos de lucha moderna mejor que sus adversarios o perecer. A la violencia de las izquierdas hay que oponerle la violencia de las derechas. Nuestras mayorías son siempre impotentes; las otras siempre dañinas.

Es una equivocación pensar que un elector de derechas vale lo mismo que un elector de izquierdas. La demagogia urbana actúa no sólo con la fuerza de sus votos sino también con su falta absoluta de escrúpulos, evitando el sufragio de sus adversarios. Los conservadores son ordinariamente tímidos, retroceden ante la actividad explosiva de liberales y socialistas.

En Colombia existe una mayoría aldeana y campesina oprimida por una demagogia urbana. En esta forma no es posible concurrir eficazmente a las urnas. Por eso es preciso modificar la táctica. Hay que darles in-

cremento a los equipos de ataque de los partidos conservadores, para romper el más fuerte y poderoso silogismo de las izquierdas: el terror en las calles, en los talleres, en las salas donde se celebran los mítines. "Sólo mediante este contraterror, —lo ha expresado y demostrado magistralmente Hitler,— enmudecería la eterna amenaza de **los puños del proletariado** y el dominio de las calles. Sólo con sus propias armas puede ser derrotada la dictadura roja".

No es posible presentarse a un plebiscito político con un electorado inerme, cuando se tiene la certidumbre de que el adversario hará uso de la fuerza. La iniquidad perentoria del régimen ha venido creando una sensibilidad de derechas en el partido conservador. Las masas desencantadas de las actividades democráticas terminarán por buscar en los métodos fascistas la reivindicación de los derechos conculcados.

El doctor Gómez, que es impotente para la violencia, lo es más todavía para la acción civil. Su temperamento dogmático no permite la más leve contradicción. Se siente en posesión absoluta de la verdad, lo mismo ante sus partidarios que antes sus enemigos. Y todo el que no obra de acuerdo con sus ideas o sus caprichos es un vendido, un traficante, un criminal, un pirómano, un hijo de la noche. Nunca encuentra un móvil elevado en los procedimientos de los demás.

Fué Federico Nietzsche quien hizo la sugestiva revelación de que el resentimiento era una de las fuentes de los juicios morales de valor. Sobre el tema escribió

Max Scheler un libro tan útil como profundo. **El resentimiento es una autointoxicación psíquica, con causas y consecuencias bien definidas.** Toda moral egregia brota de una triunfal afirmación de sí mismo. En cambio, la moral de las gentes resentidas indica un acusado sentimiento de impotencia, que se traduce en rencor, ojeriza, chisme y perfidia . Con precisión diagnostica Max Scheler: "El que, ávido de venganza es arrastrado a la acción y se venga; el que odia o infiere un daño al adversario; el envidioso que trata de adquirir el bien que envidia, mediante el trabajo, el trueque o el crimen y la violencia, no incurren en resentimiento. La condición necesaria para que este surja, se da tan sólo allí donde una especial vehemencia de estos afectos va acompañada por el sentimiento de la **impotencia para traducirlos en actividad**; y entonces se **enconan,** ya sea por debilidad corporal o espiritual, ya por el temor y pánico a aquel a quien se refieren dichas emociones". La gran catástrofe orgánica que privó al doctor Gómez del don de la palabra hizo de él un resentido. Sin embargo ya el señor Suárez había descubierto que el jefe único pertenecía a la oscura casta ofidia de las Euménides, arquetipo del resentimiento. De este vicio ético se han contagiado ciertas actividades conservadoras de los últimos años.

Nadie oye con tanta deleitación como el doctor Gómez un chisme o una baja diatriba, y vive rodeado de caracteres mezquinos y pequeños. La última crisis conservadora fué una simple farsa. El jefe único sabía que el partido tenía que votar en las elecciones municipales,

pero aprovechó esta resolución del Directorio para barrer, según su expresión, a Augusto Ramírez Moreno y Gilberto Alzate Avendaño. Pasado el resonante plebiscito que le dió la más completa victoria, ordenó la votación general y permitió, en todos los departamentos donde fué posible, que los conservadores aceptaran los cargos en el poder electoral. Esto destruye toda lógica y toda ética.

Yo acepté mi posición en el Gran Consejo Electoral, para defender una tésis que he sostenido invariablemente contra las directivas conservadoras: la urgencia de mantener una estrecha vigilancia en la cedulación y en el escrutinio. No puede confundirse una trinchera con un empleo. Ni un solo instante pensé en debilitar entonces la situación política del doctor Gómez. Luego he tenido que defenderme contra sus protervas sugestiones.

El actual Directorio Nacional Conservador me parece excelente para un partido de gobierno. Hoy es inoperante. Nos hace daño únicamente por su pasividad.

Los años que siguen son desoladores para el partido conservador. Yo espero en una reacción hacia las derechas, cuando nuestras ideas estén encarnadas en hombres ajenos a los últimos episodios del poder. El doctor Gómez ha cometido el error inmarcesible de llamar a las directivas a los hombres más combatidos por él durante el antiguo régimen, desde don Ruperto Melo hasta Sotero Peñuela, a quienes estigmatizó con labio colérico. La república no le confiará nuevamente el mando a los hombres funestos que arrasaron la hegemonía conservadora

con sus culpas. Nosotros no podemos proponerle al país una vuelta al pasado, sino una marcha hacia un orden nuevo. No somos reaccionarios sino contra-revolucionarios.

Las últimas elecciones fueron un auténtico Waterloo para el conservatismo, por falta de una doctrina y de un método. La ideología liberal y democrática, prestada a los adversarios, carece en nuestros días de fuerza y de color. Pierre Gaxotte ha escrito: "El plebiscito del Sarre es revelador desde este punto de vista. No se había invitado a los electores a decidir entre Francia y Alemania, sino entre el pensamiento político significado por la Sociedad de las Naciones y el hitlerismo. **Nosotros representamos la democracia, la libertad, el derecho del pueblo, la Sociedad de las Naciones, la Internacional, el progreso, el porvenir, la liberación etc. . . Del otro lado están el nacionalismo, la disciplina, la obediencia y la dictadura.** En la proporción del 90%, los electores fueron al nacionalismo, a la disciplina, a la obediencia y a la dictadura. Esas son las ideas que, en la Europa del siglo XX, representan las ideas-fuerzas. Ellas son las que actúan y conquistan. La ideología revolucionaria y democrática está en retirada".

La abstención ha sido fatal para las masas conservadoras, que están perdiendo sus hábitos de lucha. La vida satisfecha va reemplazando a la vida heroica. Los conservadores compran su tranquilidad a cambio de sus derechos políticos. Y la iniquidad avanza sin obstáculos. Varios años más de abstención y no quedará sino el re-

cuerdo de un partido que es la mayoría indiscutible del país.

El abandono del poder electoral le ha permitido al régimen hacer las elecciones antes de concurrir a las urnas, a tal punto que en un departamento como Caldas, donde el fraude es un delito, el gobierno pudo otorgarnos plenas garantías sin poner en peligro sus victorias robadas.

No es posible presentarse a las elecciones sin un poder electoral actuante y vigilante. A pesar de las iniquidades que nos birlaron la victoria en siete municipios de Caldas, presentamos relativamente a la población el más alto guarismo electoral del país. Trece mil votos más que Cundinamarca, con el doble de población. Votamos en treinta y ocho municipios, mientras que en este departamento tuvieron que abstenerse en cuarenta. Los avances electorales del conservatismo en Bogotá se explican porque la tolerante capital es el refugio de todos los perseguidos en las provincias. Bogotá tendrá en un futuro próximo quinientos mil habitantes y un cabildo de mayoría conservadora. Todas las injusticias se pagan.

El doctor Gómez vive esperando que el liberalismo se rinda a los golpes de su prosa reumática. En tres años no se ha preocupado por organizar el partido para la abstención o para la lucha. A un debate electoral no puede irse sino con garantías o con voluntad de conquistarlas. Las primeras se consiguen con la política: la segunda con una acción heroica. El doctor Gómez ni parlamenta, ni pelea, ni se retira.

Pasadas unas elecciones, de cuyo fracaso es directamente responsable, por haber aconsejado la ausencia de las corporaciones electorales y por el abandono de toda organización política, declara que ha triunfado la tesis de la abstención porque se registraron crueles desórdenes en una docena de municipios. Los partidos no son sociedades de seguros de vida. Y siete muertos nada valen si están recompensados con la defensa de doscientos municipios, donde triunfamos, base firmísima para la reconquista. Entregarlos sin lucha hubiera sido traicionar nuestro destino. A pesar de la abstención injustificada en más de trescientos municipios, nuestros efectivos electorales no disminuyeron, y los del liberalismo se han reducido a la mitad. La cédula electoral, con todas sus deformaciones, empieza a modificar fundamentalmente nuestras viciadas costumbres cívicas.

Todo nos es hoy adverso. Pero el porvenir nace de las estratificaciones del pasado.

"—Bien, ¿pero en qué esperar?

"—Mejor preguntaréis que por qué desesperar. Lo que no haya hecho nuestra generación, la siguiente podrá hacerlo. Momentáneamente vencidos, nuestros escritos, nuestros actos, nuestra memoria, dejarán tras sí una enseñanza. Podrá desesperar quien debe morir. Pero las naciones, con relación a los hombres, son inmortales; desmembradas y repartidas, pueden revivir indefinidamente. Berlín tenía un gobernador francés cuando Fitche proclamaba dentro de sus muros, en su DISCURSO A LA NACION ALEMANA, el genio universal de la sangre

y el espíritu germánico. Es posible sobrevivir a análogos aniquilamientos. Nada impide, pues, el calcular para nuestra patria una duración superior a la del partido extranjero que hoy la sojuzga".

(Maurrás. Encuesta sobre la Monarquía)

¿Y cómo traer la república atemperada? Por medio de la fuerza. Para ésto necesitamos unirnos. La diversidad de jefes y de grupos es inoperante. Hay que perderle el miedo a la acción ilegal, o incorporarse sinceramente, con todas sus consecuencias, en la vida civil. La gran tragedia del partido conservador es que no acepta sino los medios democráticos de lucha, pero los hace imposibles creando un clima intelectual propicio únicamente para la violencia, exasperando a los adversarios y negándose a ocupar las posiciones parlamentarias y electorales. El conservatismo tiene dos motores que trabajan en sentido contrario. No estamos preparados sino para el aspaviento o para la protesta ruidosa e impotente.

El idilio democrático liberal del siglo XIX ha terminado. Las sombras llegaron ya para muchos países y se aproximan para nosotros. Fué el alma torturada de Carlos Luis Philippe, quien lanzó el grito impresionante: **Ha concluído la dulzura de vivir. Han llegado los tiempos de pasión.** Nietzsche y Jorge Sorel han contagiado todos los espíritus con la apología de la violencia. Quien no se coloca a la altura de los tiempos desaparece fatalmente. Tomás Man ha declarado: "Es desconocer profundamente a la juventud el creer que siente placer con la libertad.

El placer más profundo de la juventud está en la obediencia". Nietzsche describe así el tipo de la Grecia clásica, que es la personalidad humana fascista:

"Las apreciaciones de valores de la aristocracia guerrera se fundan en una constitución corporal vigorosa y en floreciente salud, amén de aquello que es necesario al entrenamiento de tan desbordante vigor; la guerra, las aventuras, la caza, los bailes, los juegos y ejercicios físicos, y, en general, cuanto implica actividad robusta, libre y jocunda".

De todo esto se nutre la política en nuestra época La juventud va a las extremas porque allí hay disciplina, uniforme, violencia, sentido deportivo de la vida. Las secciones de asalto del hitlerismo parecen un gimnasio griego. En el fascismo y sus derivados triunfan las virtudes agnósticas, el anhelo de lucha, el deseo de superación, el afán de rebasarse a sí mismo. Mussolini y Hitler son los super-hombres de Zaratustra.

Heredero de la filosofía guerrera de Nietzsche fue el socialista Jorge Sorel. Se ha demostrado perfectamente que las tesis del sorelismo engendran el comunismo y el sindicalismo revolucionario, tanto como sus antídotos, el fascismo y el nacional-socialismo. Sólo la violencia es creadora, pero ésta no es posible sino creando un estado de alma épico, de los que no producen sino la religión, la gloria o un gran mito político. "No habría jamás grandes hazañas en la guerra si cada soldado, aún procediendo como individualidad heroica, pretendiese recibir recompensa adecuada a su mérito. Cuando se envía una

columna al asalto, los individuos que van a su frente saben que se los envía a perecer y que la gloria será para aquellos que, trepando por sus cadáveres, entren en la plaza enemiga: sin embargo, no piensan en injusticia tanta y siguen adelante". Y Renán había dicho: "No se forma al soldado ofreciéndole recompensas temporales. Necesita la inmortalidad. A falta del paraíso tienen la gloria, que es una manera de inmortalidad". **La violencia iluminada por el mito de una patria bella y heroica, es lo único que puede crearnos una alternativa favorable en las grandes luchas del futuro.**

Por esto uno de los ideales supremos de la derecha es hacer de Colombia la primer potencia militar del continente. Debemos ganarnos, conquistarnos el ejército, por medio de una paciente tarea de atracción, rodeándolo de respeto, votando y aumentando los presupuestos de guerra. Bolívar no fué un civilista de casaca.

Cuando evocamos el nombre del Libertador no exaltamos la figura estatuaria que decora nuestras plazas, sino el sentimiento heroico de la niñez y de la juventud. En cada hombre hay la posibilidad de un Libertador, si logran despertarse sus virtudes latentes. Bruto oía en la sombra las voces secretas de sus antepasados claman tes en el silencio del mármol. Hablamos para los héroes ocultos que nos leen en el recogimiento de la noche. Colombia los está esperando.

Cómo entiendo una táctica inmediata, de aplicación posible para el partido conservador, lo declara el manifiesto político que escribí en 1.932 en asocio de Augusto

Ramírez Moreno. Allí está consignado todo lo que se ha intentado, lo que las directivas conservadoras se han negado a cumplir. No es posible dirigir un partido con circulares políticas que nadie lee y que no son capaces de conquistar un elector decidido.

La frase NO HAY ENEMIGOS A LA DERECHA, no es un principio doctrinario sino una norma táctica. El partido conservador no conquistará el poder como partido político sino como centro de un movimiento contrarevolucionario. Mi ideal es un político que realice en Colombia lo que está operando en Francia Joaquín Doriot, quien ha organizado la resistencia contra la penetración soviética agrupando todos los partidos de carácter nacional. En torno de aquel socialista renegado se agrupan hoy sus antiguos adherentes, la federación republicana de Francia, el partido agrario, y los grupos nacionalistas de la Acción Francesa. Mañana vendrá el partido social francés del fracasado coronel La Rocque y el ala derecha del radicalismo socialista. Después . . . . la Victoria. Núñez no obró de manera distinta. Los partidos que no están en el poder deben formar únicamente carteles de oposición. Hay que eliminar todo lo que nos divida y afirmar todo lo que nos una. No llegaremos al gobierno sino cuando militen en el mismo campamento, para una gran campaña nacional contra las izquierdas ya maduras, el partido conservador, las derechas, las corrientes moderadas del liberalismo y el año decisivo. Preparar este momento supremo es la misión política de la juventud. El futuro es de los que no desesperan ni se cansan.

APENDICE

Tres Manifiestos y un Artículo

EL MANIFIESTO NACIONALISTA

A LOS HOMBRES JOVENES DEL CONSERVATISMO

La página política que publicamos en seguida tiene una innegable importancia en estos momentos de desorientación política porque atraviesa el país. Están consagrados en él los principios fundamentales de todo conservatismo, en fórmulas muy precisas. Camacho Carreño, Villegas y Arango han sabido interpretar el programa conservador ante los anhelos dispersos del partido. No es una de esas páginas que aparecen cotidianamente en los diarios sino que tiene un altísimo interés doctrinario.

"El Nuevo Tiempo" acoge todos y cada uno de sus puntos y llama la atención del conservatismo sobre la trascendencia del documento que se leerá en seguida.

(El Nuevo Tiempo", mayo de 1.924).

Bajo los signos propicios que rigen la hora histórica que vivimos se recatan factores de infortunio que empiezan a disolver las ideas de nacionalidad y de patria.

Los dineros de la indemnización americana, enderezados a un prospecto de reformas materiales, y el estatuto de los técnicos que equilibra los desvíos de nuestra hacienda, han traído fatalmente un premuroso desenvolvimiento económico cuyos brillos enturbian nuestra contemplación del porvenir. Los egoísmos regionalistas exaltados en la fórmula distributiva del oro en Norte América redujeron la perspectiva de la patria a los con-

tornos departamentales. Al par que las codicias comarcanas se vuelven contra la República disolviendo el espíritu patrio, el advenimiento de fuerzas económicas extrañas empieza a desfigurar nuestra fisonomía.

Para sacar con fortuna nuestra heredad histórica de este conflicto de avaricias, es fuerza que los hombres del presente elaboren una doctrina integral de la patria, por cuyo cauce accedan sin peligro, al buen provecho económico, la energía regionalista y el capital extranjero.

Repasando sobre estos hechos y volviendo sobre los males que traería para la República el oponer las comarcas a la Nación, se nos propone la idea de que formando uno a modo de "bloque nacionalista" pueden aniquilarse los peligros apuntados.

Para obrar este acopio de voluntades urge un sistema político en cuya vasta arquitectura puedan desenvolverse todas las manifestaciones de la vida nacional. Y este orden político se compendia tan sólo en las ideas primarias del partido conservador.

EL BLOQUE NACIONALISTA, se puede sustentar únicamente en estas ideas sillares:

La Propiedad, la Familia y la Patria;

La Autoridad, que crea el orden, causa del progreso, y mantiene la disciplina, base del perfeccionamiento, y

La Unidad espiritual, que es la Unidad religiosa.

Esta también, la síntesis doctrinaria del partido conservador: sólo en él puede realizarse la aspiración nacionalista. Fin particular de estos motivos es, en sentir nuestro, reprobar la exaltación en el conservatismo de nombres que entrañen únicamente aspiraciones locales, y como propósito general desarrollar la plenitud de las doctrinas tradicionalistas.

Tropiézase en este empeño con la costumbre republicana que vive en ciertos hombres del partido conservador. Muerto el republicanismo, subsiste como tendencia en nuestras colectividades históricas. El republicanismo en política es el relativismo filosófico, llevado a todas sus consecuencias: la anemia, la timidez ante las ideas fuertes, la conciliación de principios inconciliables, y como lo ha dicho Luis Menard, es bueno únicamente para los períodos estériles, imposible en las épocas fecundas. Colombia cursa el ciclo de su evolución creadora.

Encuéntrase así mismo con esa fuerza de inercia que es el liberalismo colombiano, retardado en la filosofía individualista. Todos sus principios han sido desmentidos por la ciencia contemporánea.

La filosofía racionalista del siglo XVIII, imaginó el hombre abstracto, el solitario sin antecedentes históricos. La ciencia enseña que el hombre tiene una doble continuidad: la solidaridad en el espacio, la herencia y la tradición en el tiempo. Aquellos utopistas, apunta Georges Goyau, creyeron que la línea de la historia venía a romperse en los cadalsos revolucionarios, olvidando que el espíritu de los muertos impone la continuidad de la historia.

En el orden económico la escuela liberal crea la libre concurrencia. La libre concurrencia es el egoísmo capitalista, que engendra las desigualdades irritantes, las clases proletarias abandonadas de la caridad cristiana. Es responsable de la lucha de clases que reclama el socialismo como remedio a los males de la economía liberal.

Los partidos socialistas aceptan los derechos de la sociedad, desconocidos por la filosofía individualista. pero la solidaridad que reclaman, es mecánica, inhumana, porque está ausente de ella la mirra de la parábola eterna que arde en la Oración de la Montaña.

El movimiento socialista no ha empezado en Colombia. Hay problemas sociales, se juega con las quimeras rusas, pero el sentimiento de clase en el proletariado, no despierta todavía. Y los hombres no obran como piensan sino como sienten. Nosotros podemos esquivar el ciclo comunista marchando hacia un orden social católico.

No hay ninguna posibilidad de restauración de la cosa pública —palabras son de Mauricio Barrés— sin una doctrina. Nuestra tendencia política aspira a cumplir un conservatismo integral cuyo sistema ilustre todas las faces de la vida republicana.

Frente a los extravíos anárquicos del proletariado urbano, que es una sedición sistemática del individuo contra la especie, nosotros invocamos el sentido tradicional de las clases campesinas, que son el espíritu de la tierra.

Siendo nuestro país casi en su totalidad agrícola, el problema social se cifra primeramente, en el mejorestar

de los trabajadores rústicos, que son el fundamento de la economía patria. Como resultante del nacionalismo debemos incorporar el hombre a la tierra para que ella tenga una personalidad ética, según la gran palabra de Maurrás; ella, que madura las bienaventuranzas hogareñas, forma, así, el asiento de la familia y el principio específico de la patria. Ante el individualismo extremo que disuelve el genio social y ante el comunismo que destruye la integridad humana, el orden católico levanta el justo medio del filósofo de Estagira, en cuyo equilibrio desenvuelve el hombre la plenitud de su sér.

En punto a instrucción pública el nacionalismo es la sistematización de las disciplinas clásicas. El hombre especializado recorta la visión del universo; la sabiduría clásica presta al entendimiento el sentido cósmico, ilumina la vida con el optimismo cristiano.

Queremos para la República el orden civil preconizado por la Iglesia, que opone a las libertades revolucionarias, destructoras del Estado y del ciudadano, un concepto de libertades tradicionales. Buscamos la unidad nacional en la unidad religiosa. La Iglesia Católica es el vaso espiritual que guarda los tesoros de la raza; y las religiones extranjeras no son ni ciertas, ni humanas, ni latinas. En el catolicismo, apunta un pensador galo, aparecen significados los valores morales que deben salvarse, para asegurar lo perenne de ciertas delicadezas del pensamiento humano, de la civilización y del arte.

Van estas voces dirigidas a los hombres jóvenes del conservatismo de Colombia, que son los más obligados porque son los más fuertes. Téngaise estas ideas, no por llegar de nosotros sino por el acopio de razón que significan y por que corren en los maestros del pensamiento.

Lo escrito no tiene el brillo de novedad que cautiva a los entendimientos nuevos, pero guarda el acento de la hora, ya que lo eterno nunca es antiguo. Progresar es seguir las leyes de la adquisición científica, conservar las verdades adquiridas.

A los postulados revolucionarios, nosotros oponemos la Inteligencia, que es la perennidad de las verdades conquistadas.

Convirtiendo una fórmula consagrada podemos decir que es preciso conservar para reformar; porque toda reforma necesita una base prima, y esa base es la tradición romana que nosotros invocamos.

Edifiquemos el porvenir sobre la tierra y los muertos, que ellos, como la tumba de Agamenón en la tragedia de Esquilo, templarán nuestros ánimos y su sombra proyectada en nosotros anunciará los amaneceres nuevos.

Silvio Villegas

José Camacho Carreño

Eliseo Arango

DESPUES DE LA DERROTA

AL CONSERVATISMO JOVEN DE COLOMBIA

Las solicitudes presentes nos determinan a dirigirnos a los hombres jóvenes del conservatismo que vienen trabajando con nosotros por la república y por la inteligencia. Fortificados en la ardiente plegaria de las ideas, ajenos al utilitarismo del poder, no se han rasgado nuestras esperanzas con el anuncio de los escrutinios. Si a los candidatos conservadores les fue esquiva la fortuna, nuestra colectividad no ha sido mermada en el caudal de sus adherentes, en la alta prez de su doctrina, en su voluntad de dominio. Nuestros sufragios exceden copiosamente a los del adversario, a pesar de que fueron depositados entre rigores, hostigos y trabajos innumerables. El candidato elegido recibió, en cambio, con libertad generosa, el aporte de opinión que corría de separadas vertientes.

Las excelencias de nuestras circunstancias políticas se puntualizan en el hecho de que los estatutos jurídicos que traducen nuestra doctrina, permanecen como base de la república; en el suceso de que la mayoría de la nación se ha demostrado fiel a las ideas conservadoras; en la

suposición convincente de que el nuevo régimen trabajará con el celo, cuidado y vigilancia de nuestras indiscutibles mayorías parlamentarias y en la certidumbre que abrigamos de que nuestra colectividad no siente la flaqueza del vencimiento por el incidente de que el primer empleo de la nación no le sea otorgado a uno de sus postulantes. Las estaciones espirituales de la patria son conservadoras.

Nuestro partido está solicitado hoy por un doble problema: su actitud ante los negocios nacionales y la urgencia de reconstruir su disciplina y unificar sus propósitos.

Publicar un programa de administración pública es repasar ideas numerosamente conocidas y ofrecer en gran estilo lo que el sentido común acepta como indispensable para gobernar una congregación de amigos del bien público. Rehabilitación de nuestro crédito, defensa de la agricultura, política de petróleos, educación pública, aprovechamiento y auxilio de nuestras industrias, en una palabra, aumento de la producción nacional en sus variados órdenes espirituales y económicos, son temas para cuya solución se han concertado las diversas voluntades políticas. Pensar en términos nacionales es la más elevada exigencia de los partidos.

Nuestro afán no es de programas sino de hombres capaces de elevarse hasta ellos en el dictamen público. Es en la esfera de la competencia administrativa, donde rivalizan por la confianza nacional las colectividades políticas.

El conservatismo encontró la fórmula constitucional de la patria con Rafael Núñez y Miguel Antonio Caro; la conciliación nacional es obra suya con Rafael Reyes; nuestros términos geográficos se definen con Marco Fidel Suárez; José Vicente Concha es el escudo de las libertades conquistadas; Pedro Nel Ospina organiza la reforma administrativa. Y como cifra de tan incansables empeños el conservatismo decreta la pacífica alternabilidad de los partidos en el gobierno. Esperamos la obra del adversario en el poder.

Ante el nuevo régimen debemos presentarnos unificados en la doctrina y en la acción, ajenos a manifestaciones cuyo sentido oportunista pudiera divulgar nuestras

flaquezas. Sólo al precio de nuestra austeridad alcanzaremos el respeto del adversario y la confianza pública.

Hoy más que nunca debemos mantener nuestra independencia congénita, para que mañana no se diga que somos los oficiantes del éxito, comparables a aquellos vasos egipcios que servían alternativamente para todos los cultos. El conservatismo admite la tesis de los ministerios mixtos, que ha practicado en el poder, pero estableciendo el coeficiente de su incuestionable mayoría en el país. Rechazamos la cooperación individual y sólo aceptamos la cooperación de partidos. Nuestra colectividad no quiere granjerías, así sean sencillas, honestas y provechosas.

Nuestro aporte administrativo no debe proponerse como una nómina de funcionarios, sino como un sistema de soluciones para despejar las tormentas que empañan nuestro destino.

El conservatismo es la armadura de la república, constituye una fuerza de cooperación nacional, igualmente constructora en la oposición como en el gobierno. La política no tolera vacilaciones así lucre transitoriamente al adversario. El único fin de los hombres es hacer patria.

Pero el tema que conjuga nuestros anhelos es la reconstrucción conservadora. Las antiguas jerarquías políticas fueron violadas; el lienzo de las ideas proyectaba empeños ambiciosos: sólo la doctrina es poderosa para soldar nuestra quiebra. El abandono de esos principios fue obra revolucionaria que despedazó nuestro vigoroso organismo. La reconquista del poder nos impone una gran libertad de movimiento frente al nuevo régimen, sin transigir en la jurisdicción de las ideas, pero conciliando en el terreno de los hechos.

El conservatismo es un partido autónomo que debe tener como guías a sus hombres civiles, de pulcro linaje intelectual. Respetamos el derecho que asiste al clero católico de mezclarse en la política nacional, cuando se trata de combatir partidos que profesan errores filosóficos, claramente condenados por la Iglesia. No aceptamos su intervención como entidad directiva o como árbitro de la política del partido. El conservatismo y la Iglesia cooperan en el engrandecimiento espiritual, moral

y social del país; pero no se confunden para la acción política. En estos particulares nos alimentamos en las normas fijadas por los acuerdos de nuestra conferencia episcopal y en las enseñanzas infalibles de León XIII, contenidas en diversas declaraciones suyas y de manera notable en su encíclica INMORTALE DEI. "Querer comprometer a la Iglesia —palabras son del Pontífice— en estas querellas de partido y pretender servirse de su apoyo para triunfar más cómodamente de sus adversarios, es abusar indiscretamente de la religión".

Y no podía ser de otra manera, estableciendo el hecho de que las colectividades políticas atienden a la organización del Estado, cuya órbita es distinta de la de la Iglesia. Esta es "máxima y suprema en su esfera"; nosotros aspiramos a ser supremos y máximos en la nuéstra. Para sosiego de las conciencias católicas desprendemos de las epístolas de San Agustín esta síntesis del pensamiento cristiano: "Entre el Estado y la Iglesia existe una diferencia de naturaleza: el Estado es una autoridad física, la Iglesia una autoridad moral; una diferencia de jurisdicción: en profundidad, el Estado rige la vida exterior, la Iglesia la vida interior; en extensión: el Estado gobierna un pueblo determinado, la Iglesia gobierna el universo; una diferencia de acción: el Estado impone y defiende su autoridad con la espada en la mano, la Iglesia ejerce la suya por la caridad y no la defiende sino con sanciones espirituales; una diferencia de destino: el Estado evoluciona, se transforma, desaparece; la Iglesia no cambia: tiene la eternidad delante de ella".

El conservatismo debe ser el intendente de las clases trabajadoras. Vivimos en una época turbada, donde un confuso anhelo de justicia despierta en las multitudes sin fortuna. Para evitar el triunfo de ideas dudosas en su origen, abusivas en su observancia y peligrosas en su objeto, precisa incorporar en nuestro programa las reformas económicas y sociales que escoltan y guarnecen los derechos del trabajo contra el cesarismo de la riqueza. La plutocracia es liberal; significa la victoria del materialismo. Sólo dentro del cauce clásico puede deslizarse sin peligro el Arca grandiosa de la humanidad nueva.

Nuestro concepto del estado tiende a evitar por medio de una intervención moralmente justificada, el cre-

cimiento del capitalismo, que es la paganización del mundo. Efectivamente, el reino absoluto del dinero es anónimo, insaciable, invulnerable y engendra el egoísmo, el odio y la lucha de clases. La concentración de las riquezas llega a ser una tiranía desmesurada y omnipotente, que aniquila la solidaridad en todas las formas y engendra una plutocracia neopagana. Nuestro deber es oponernos al dominio absoluto del capital en defensa del trabajo. La despreocupación individualista, el dejar hacer, es uno de los coeficientes de las injusticias económicas. El imperialismo de la riqueza, la usura voraz, los monopolios implacables tienen su principal fundamento en las doctrinas que tanto fervor despiertan en el liberalismo israelita.

La reconquista del gobierno no podremos realizarla sino movilizando a nuestro servicio las clases campesinas, que son el fundamento del orden, el origen de toda economía y la perennidad de las naciones. Es innegable que los Estados, y señaladamente los que, como el nuéstro, participan de un fértil y extendido territorio, de copiosas selvas inéditas, deben mirar la agricultura como el soporte del poder nacional. Necesitamos arraigar al campesino, sustraerlo a las ciudades indiferentes, vincularlo de nuevo a la tierra de sus padres. Toda economía, toda cultura, es siempre agrícola; crece sobre su territorio materno y afirma una vez más los invisibles lazos espirituales que unen al hombre con el suelo. Los trabajadores rústicos constituyen el depósito de las reservas patrias; el instinto creador de las naciones; su sentido espiritualista; las energías conquistadoras. El proceso obligado de las cosechas les enseña la sujeción a las leyes. El campo, la soledad y la noche, enriquecen el sentimiento religioso, que se traduce para ellos en el misticismo de la acción y en la templanza de las costumbres. Medio siglo de dominación conservadora se explica, entre otros hechos capitales, por el instinto tradicionalista de las clases rústicas; las transitorias vicisitudes de nuestros días por el abandono de los campos.

El tema del imperialismo, en sus diversas manifestaciones económicas y políticas, debe constituir un capítulo muy principal en nuestras empresas.

El azaroso trance histórico en que vivimos no nos

da derecho a equivocarnos. Necesitamos de energías introducidas principalmente en forma de capitales para multiplicar nuestra abundancia. Inteligentemente practicado este es uno de los sistemas de fortificar nuestra soberanía; pueblos engreídos en la miseria son fácilmente sojuzgados. Pero esto impone para el país una vigilancia atentísima; por el cauce de la riqueza importada pueden deslizarse las codicias conquistadoras, que en diversas naciones del continente han sido el último capítulo de la soberanía nacional. No tenemos una técnica ni una cultura que nos ampare contra el cosmopolitismo invasor. Encontrar el límite exacto entre el decoro nacionalista y el aprovechamiento económico de las riquezas nacionales es la empresa de un hombre de estado.

Necesitamos un conservatismo engrandecido por la esperanza, que sepa crear y mantener por encima de los conflictos electorales y de las vicisitudes de los tiempos, el proselitismo de las ideas puras. Sólo ellas nos darán ánimo firme para la reconquista del poder. Los principios no sufren alteraciones, ni mudanzas, no disminuyen, ni menguan, con las incertidumbres de los estados y con las variaciones políticas, porque transitan en la eternidad. Si la fortuna nos fue adversa en las elecciones de febrero, debe animarnos para las porfías del futuro la gran palabra del estilista que dijo que "una derrota era la expiación de una gloria pasada y a menudo la garantía de una victoria en el porvenir".

La concentración conservadora no podrá hacerse sobre el silencio. Existen experiencias, avisos transitorios de Dios, que valen infinitamente más que una victoria. Necesitamos la unión, es decir, un acuerdo de voluntades, de propósitos y de programas. Sólo a este precio lograremos restaurar la antigua grandeza de nuestros cánones, deteniendo las deserciones, evitando las desesperanzas, encauzando los extravíos del instinto.

Nuestra colectividad debe sostener el equilibrio político de la nación organizándose como un dique para contener en el gobierno las irrupciones de la impiedad, los avances del despotismo democrático, y, mayormente, para que no sean desfigurados nuestros estatutos jurídicos, cuya custodia tendrá el adversario. Debemos infundirle a nuestro partido para los conflictos de la vida ci-

vil, el propio ánimo y templanza que llevó a los campamentos, en los días heroicos. La reconquista del poder será empresa de abnegación personal en los combatientes, de austeridad y de fé.

El mayor estorbo que puede contener nuestra organización es el equívoco indoctrinario: el relativismo político; el libre comercio de las ideas, el matiz indeciso que se pinta en la paleta republicana. La generación nuestra debe reaccionar contra este alejandrinismo que disuelve el genio político del país y que al destruir las doctrinas fuertes desgonza los principios morales de la patria. En la tormentosa vida de las democracias modernas toda empresa creadora es producto de dos principios contrarios que se fecundan en la madurez del contacto. El republicanismo es la parálisis de la acción, el cansancio de las ideas. La patria no puede construírse sino sobre aquellas doctrinas a nombre de las cuales se puede morir. Si los partidos en el poder necesitan estilos de conciliación y tolerancia, los de la oposición reclaman ánimo más intrépido y voluntad más valiente. No es el tiempo de las transacciones que debilitan, sino la época de las afirmaciones fecundas.

Bogotá, febrero 18 de 1.930

Silvio Villegas, Eliseo Arango, Augusto Ramírez Moreno, Joaquín Fidalgo Hermida.

MANIFIESTO POLITICO DE SILVIO VILLEGAS Y AUGUSTO RAMIREZ MORENO

Solicitados por el afán histórico de nuestra época queremos hacer un clamoroso llamamiento a las derechas nacionalistas que asisten con angustia a la pérdida de la soberanía patria, a su otoño moral y económico. Cuando juzgamos que era deber nuéstro acompañar a la república en sus trances de prosperidad o de infortunio, cuando descubrimos que la sensibilidad colombiana anhelaba el hallazgo de nuevas fórmulas sociales o económicas, lo hicimos con el perfecto desinterés de quienes obran al soplo del espíritu. Dos manifiestos descifraron nuestra doctrina sobre los negocios más sentidos de los

tiempos en que fueron escritos. Un nacionalismo constructivo fue entonces la entraña de nuestros afanes políticos. Nuestros anhelos corren sobre los mismos horizontes, hoy cuando atropelladamente nos vamos quedando sin patria.

En diversos escritos hemos comprobado que el presente régimen trabaja conducido por fuerzas éticas, intelectuales y económicas, ajenas al interés nacional. Cada pueblo obedece a una ley propia de formación. El sentido de su vida moral, la substancia de sus conceptos colectivos, el ritmo de su crecimiento, el volumen de su producción, sus variantes geográficas, definen su inconfundible perfil histórico. Por tradición somos latinos e indo-hispanos. Seguimos la ley de nuestro propio destino, cuando afirmados en la tierra de los muertos nos defendemos de las influencias demasiado vehementes de otras razas.

Queremos reafirmar nuestra franca adhesión a una política de cordialidad internacional. Singularmente reprobable nos parece la hostilidad sañuda contra la gran democracia de Lincoln y de Wilson entre otras razones porque nos movemos dentro de su meridiano económico. Pero así mismo sostenemos con profundo sentido realista que la armonía continental no se afirma cuando los primeros magistrados de naciones libres se truecan en agentes oficiosos de grupos financieros tenazmente desacreditados en los propios Estados Unidos, por aventuradas especulaciones contrarias a la justicia social y a la ética de los negocios. El pueblo americano sufre tanto como nosotros el oprobio de este capitalismo rapaz.

Lo que particulariza a la presente administración es el sometimiento a poderes económicos extraños. Una plutocracia extranjera señora del Estado, ve extender dentro del país el campo de su propia influencia; por mediación activa del gobierno, administra, dirige y modifica una multitud de funciones públicas. Pero en la propia medida en que aumenta la docilidad del régimen ante la finanza forastera, se acrecienta en lo interior su tiranía sobre las diversas actividades ciudadanas, agobiando con impuestos confiscatorios a las clases productoras.

Para mala fortuna nuestra, la resistencia moral se

ha aflojado tanto como la económica. Entre los dirigentes no aparecen sino por excepción los conductores austeros, puleros y heroicos que en el pasado fabricaron el centro de la conciencia nacional. Los diarios, en su mayor parte, han llegado a ser apoderados efectivos de la finanza norteamericana. La combinación financiera ha matado la idea, el reclamo ha matado la crítica. El lucro conjugado a la baja ambición, produce el silencio comprado o la interesada defensa.

Si la economía nacional se aniquila y resta, es por la acción conjunta del régimen y de la prensa gubernamental que le han presentado una resistencia inexplicable y tenaz a la moratoria de nuestra deuda pública. Nosotros proponemos la moratoria como el fundamento de una política de poderoso calado. En todos los continentes vive hoy una democracia despojada que obra al servicio de pequeñas minorías capitalistas. El mundo no volverá a su equilibrio sino cuando se aniquile la usura plutocrática por la revisión de todas las deudas públicas y privadas. Puede afirmarse que el ciudadano colombiano, como el alemán o el inglés, trabaja cuatro o seis horas para el extranjero y el resto para su familia. Sólo la justicia internacional asociada podrá libertar al mundo de la voracidad capitalista.

Esta política del no pago entraña naturalmente la suspensión inmediata de los impuestos creados por el poder ejecutivo, quebrantando el mandato constitucional, la ética cristiana y las enseñanzas experimentales de la Hacienda Pública. Los impuestos recientemente decretados están destruyendo con afán la agricultura y las industrias, bases de toda prosperidad cierta.

Con todo, el pueblo colombiano sufriría los nuevos gravámenes con la estoica resignación, si se tratara de un continuado esfuerzo de restauración pública. Pero éstos se decretaron para saciar la codicia de los banqueros saxoamericanos y para sostener una burocracia opulenta, donde el nepotismo y el cohecho de las conciencias constituyen uno de los más repuestos capítulos. En una época de miseria se han multiplicado los regalos diplomáticos como premio a los que traicionaron a su partido y a sus amigos.

Imposible desconocer en un programa político mo-

derno el movimiento ascensional de las clases obreras. Nuestra solicitud ha estado siempre con los humildes, porque la justicia social es el fundamento de todo nacionalismo. En este campo nosotros superamos las soluciones de izquierda conducidos por la infalible brújula del ideal católico. Capitalismo y comunismo son fórmulas intelectualmente fenecidas. El Estado no puede sustentarse sobre una sola de las clases que trenzan su complicada estructura. Las causas definitivamente victoriosas en la dilatada historia del mundo, son las que desbrozando el frío egoísmo rebosan de cálida ternura humana. El dinero, símbolo del poder, alimentado por la codicia o el odio, será vencido siempre por el espíritu, que es amor. Por encima de las instituciones exclusivamente económicas, perdurarán las instituciones biológicas como la familia y la nación. La lucha de clases será vencida por la tolerancia y la fraternidad. El Estado debe ser una voluntad de convivencia, y sobre la hostilidad de clases o el odio calcinador de los partidos políticos, no podrán florecer sino la barbarie o la anarquía. Nacionalizar todas las instituciones y todos los partidos es la urgencia presente. Nosotros hacemos un llamamiento a la unión de la patria para resistir al cosmopolitismo de la riqueza y a la penetración extranjera.

Contra el materialismo histórico, así sea socialista o capitalista, afirmamos la supremacía del espíritu. Las actividades religiosas, morales, jurídicas y políticas son las que determinan la actividad económica. La realidad social se funda en la conciencia inteligente del hombre.

El maquinismo, después de haber creado la concentración capitalista, está contribuyendo a su ruina, siendo al propio tiempo la causa de una particular decadencia intelectual y moral. Es preciso substituir el materialismo triste de nuestra época por un sentido espiritualista de la vida. Producir y consumir no deben ser los únicos polos de la inteligencia humana. Sólo el ideal puede ofrecerle promesas de placeres inéditos a un mundo en ruinas.

Contra los milagreros de la política que ilusionan falazmente a los pueblos sin cancelar sus esperanzas, nosotros proclamamos la realidad nacional que es el trabajo favorecido por el Estado; contra la quimera colo-

nizadora solicitamos una profunda reforma agraria. No nos presentamos como enemigos de la propiedad sino como partidarios fervorosos de su difusión. La única salvaguardia eficaz contra el comunismo es la creación de una pequeña burguesía campesina. Si queremos tener una patria perdurable en el tiempo, debemos humanizar la tierra que nos legaron nuestros ancestros. Durar y sufrir sobre un mismo suelo es lo que forma la malla invisible de la solidaridad nacional. Las masas campesinas, abandonadas de las clases dirigentes, se mudan en núcleos explosivos de comunismo y anarquía.

Es preciso reaccionar vigorosamente contra el criterio virreinal y centralista que dirige nuestras empresas económicas y administrativas. La política nacional debe ser, ante todo, política de las provincias y para las provincias. Nuestra república sólo por excepción es urbana. Tenemos una democracia agraria que quiere oir hablar de sus pastos, de la cría de ganado y del cerdo, del cultivo del café, de la parcelación de la tierra, de una reforma educacionista encaminada a la formación técnica del campesino y del obrero. Lo que no entiende la población colombiana es el turbio ajetreo de la finanza cosmopolita y la obligada consulta de nuestros negocios económicos y administrativos con los banqueros de Wall Street, como lo realiza metódicamente nuestro gobierno.

Estos temas los entregamos a la meditación pública, con un criterio ajeno a toda avaricia sectárea. El verdadero hombre de Estado habla desde su partido para toda la nación.

En los manifiestos políticos de 1.924 y de 1.930 corre nuestro acervo doctrinario en cláusulas que han sido confirmadas por nuestras actividades cívicas. Marchábamos entonces como hoy, por las rutas interminables del espíritu. A las verdades eternas hemos procurado darles siempre un asiento en armonía con el nuevo estado psicológico de la época.

Pero la crisis presente no es de inteligencias sino de caracteres, no es de ideas sino de procedimientos, no es de estrategia sino de táctica y por eso este manifiesto responde a la necesidad casi dramática de resistir con

hechos a la disolución nacional. Queremos un Directorio fuerte, que imprima en el partido huella profunda y que lo acostumbre a ejercitar la más vigorosa obediencia.

Nuestro partido está fuera del poder y aspira a reconquistarlo. Para esto precisa una imperial disciplina. Antes de dar la batalla es necesario contar el número de los espías y libertarnos de aquellos elementos que por debilidad o por negocio son capaces de convertir una victoria en retirada y una retirada en derrota.

Nuestra mayor urgencia presente es de agitadores eficaces y responsables. Necesitamos un partido procesional que invada los circos, los teatros, las calles, las plazas públicas en incansable acción política, para romper el más fuerte y poderoso silogismo de radicales y socialistas: el dominio de los grandes centros urbanos. El deber primero de los dirigentes es internarse en el país, recorrerlo en todos sus meridianos, para que su acción penetre en los misteriosos repliegues de la conciencia pública.

Conviene libertar a nuestro partido de la tutela parlamentaria, que establece una mezcla dañina de los problemas nacionales con negocios ceñidamente partidaristas, lo cual ocasiona descrédito a nuestra colectividad y a la república, al propio tiempo que facilita combinaciones donde juega el presupuesto su papel corruptor. Nuestra política debe definirse por medio de convenciones, libre, espontánea y sapientemente elegidas. La necesidad de una asamblea semejante se hace sentir hoy con vigor inusitado y nos vincularíamos a cualquier movimiento autorizado que la promoviera.

Queremos una disciplina dentro de la oposición, indispensable para cooperar con el gobierno o para combatirlo. Si el partido no define por medio de una convención su política, seremos pronto representados en el gobierno por ministros que no significan sino la traición remunerada. Sin esa coherente y lúcida política que pedimos continuaremos presenciando el espectáculo de una colectividad movilizada por el presupuesto, que justifica todas las claudicaciones si las respalda o si las premia un sueldo. Para afirmar el prestigio de los dirigentes debe declararse incompatible el carácter de empleado y el de individuo de las entidades directivas.

El cuociente electoral es una exigencia imperiosa para garantizar la efectividad del sufragio, evitando así que las mayorías políticas ejerzan sobre las minorías una opresión más insoportable que la de un solo amo. Allí donde existe un solo derecho desconocido, una sola opinión extraña a las determinaciones soberanas de la patria, allí no puede existir la república. El conservatismo debe ser el partido de la justicia social y política.

Un gobierno como el presente, opuesto al sentimiento libre y público de los colombianos, requiere conductores que encaucen tanta enemistad, que daña y amenaza con singulares peligros si no se ordena por caminos de actividad cívica. Para el propio gobierno es más tranquilizadora la presencia de caudillos civiles, intelectualmente responsables, que le cierren el paso, que la subterránea maniobra de cóleras sin expresión ni elocuencia. Acaso la peor insidia que pueda meditarse contra este gobierno deplorable, es cubrir de baldón a quienes hacen la crítica acerba pero civilizada de sus actos. Pensamos que los intereses de la república y los del partido exigen un Directorio de agitadores, que se movilice resueltamente contra las equivocaciones y las culpas del actual gobernante. Sólo la presencia del Directorio Nacional en las provincias puede realizar el milagro de recoger un fondo político para las campañas futuras.

El plan de las izquierdas consiste en acentuar las violencias morales y las coacciones físicas sobre los nuestros cuando se preparan a sufragar o se congregan en manifestaciones de carácter político. En milicias y en escuadras se han venido organizando, no sólo con el propósito de amedrentarnos, sino para entrar en acción cuando su delirio de poder lo juzga conveniente. Se impone una metódica organización defensiva para evitar la dictadura del tumulto y asegurar el dominio de la calle. Las derechas tienen el deber social y moral imprescriptible de no esperar inermes que la coacción se ejercite.

La juventud universitaria debe entrar en la levadura de todos nuestros cálculos del porvenir y ha de entregársele una participación eminente en cada detalle de la acción. Por el número y la calidad, nuestros adherentes de las aulas constituyen el más admirable espec-

táculo y la realidad más asombrosa en esta época menguada.

Hemos querido insistir sobre los problemas de táctica política, porque cuando se trata de un ejército pronto a salir en campaña, el primero de sus problemas lógicos es el de la organización. Si a esto se agrega que la tierra que ante nosotros se abre es totalmente desconocida y es inmensa, justificados estamos en contribuir a que se descubra su ministerio.

Nuestro mayor anhelo es un conservatismo ascético, limpio, y estoico, que sea en la oposición o en el gobierno la reserva moral de la patria. A la juventud, a los dirigentes y al pueblo angustiado les entregamos este mandamiento supremo: SED PUROS.

Bogotá, febrero 18 de 1.932.

Silvio Villegas **Augusto Ramírez Moreno**

NO HAY ENEMIGOS A LA DERECHA

("La Patria", diciembre 10 de 1936)

Desde el 23 de noviembre el doctor Aquilino Villegas nos dirigió una carta privada, que hoy hacemos pública, solicitándonos que expulsemos de las columnas de "La Patria" a los jóvenes derechistas y que en caso de no hacerlo se abstendría de colaborar en adelante en este diario. No nos fue posible complacerlo, con infinito sentimiento de nuestra parte, no sólo en nuestra calidad de hombres de partido, sino muy principalmente en nuestra condición de periodistas.

En el partido conservador de Colombia, como en todos los partidos del mundo, existen hoy dos corrientes políticas, que no sólo no se excluyen sino que se complementan: hay una tendencia democrática, que desea actuar civilmente y otra que ya no cree en los métodos democráticos. En la primera figuran algunos de los antiguos conductores del partido; en la última sus nuevas brigadas de choque. Nosotros que doctrinariamente estamos matriculados en el conservatismo republicano y civilista, hemos venido perdiendo todos los días más nuestra fe en la posibilidad de actuar democráticamente en el ac-

tual momento histórico del país. La política es el arte de incorporar en la vida de un pueblo la cantidad de ideal que en cada minuto de su historia está en capacidad de resistir. No es posible cerrar los ojos a la realidad. La misión del tejedor no es producir lana, sino servirse de ella.

El doctor Laureano Gómez escribió, recién llegado al país, un libro tremendo contra las dictaduras de izquierda y de derecha: "CUADRILATERO". Sin embargo, los sucesos políticos de los últimos años lo han llevado a aceptar la táctica insurreccional como la única que opera contra el régimen existente. A raíz de la destrucción de "La Patria" le manifestamos nosotros al señor Lleras Camargo, más o menos lo siguiente:

El descalabro que vienen sufriendo los métodos republicanos de acción política es particularmente grave para el liberalismo, para el gobierno y para la nación. A un partido no se le puede oprimir de manera indefinida. Casi el único partido conservador que existe hoy en el mundo de estructura civil, vigorosamente democrática, es el de Colombia. Los partidos conservadores de Europa se llaman nacionalismo socialista en Alemania; fascismo en Italia; integralismo en Portugal. Pero estos fenómenos no han sido artificialmente provocados. Donde quiera que fracasa la acción civil empieza la acción militar. Hasta ahora los conductores del conservatismo han podido dominar las tentativas derechistas que empiezan a despertar en sus masas y en su juventud. Lo que no podemos garantizar es que ésto siga así. Un partido lanzado a la desesperación, a cuyos adherentes se les niegan los derechos elementales del hombre y del ciudadano, se entrega fácilmente en manos de los más violentos. La sistemática denegación de justicia de parte de las autoridades le va a crear a Colombia el problema derechista. Nosotros no podemos aspirar a llevar nuevamente a un electorado inerme a las urnas para que reciba las mortales garantías del gobierno.

El señor Lleras Camargo pensó que se trataba de opiniones literarias. Un año después el problema está creado. La juventud conservadora de la universidad es íntegramente, en sus unidades más egregias, derechista. Y el pueblo conservador lapidado y masacrado en las

plazas públicas no cree ya sino en los itinerarios de la violencia.

Por otra parte, y esto es lo fundamental, los movimientos fascistas no han prosperado sino donde existe la amenaza soviética. Mosley está fracasado en Inglaterra. El fascismo es históricamente posterior al comunismo. Contra la violencia terrorista de los partidos internacionales no puede combatir eficazmente sino la contra-revolución del orden. Nosotros preferimos como el doctor Villegas vivir en Estados Unidos, en Suiza o en Holanda a tener que soportar la dictadura de Hitler o Mussolini. Pero uno no escoge la época ni el país donde le va a tocar actuar. Es muy fácil criticar desde Manizales el régimen fascista de Italia, con sus métodos políticos innegablemente opresores. Pero el problema no puede plantearse así. Hay que pensar en la situación de Italia en 1.921 en vísperas de la marcha hacia Roma. Las huelgas generales se sucedían sin interrupción. Había tiroteos en las calles de todas las grandes ciudades. La anarquía había llegado a la saturación, el ejército era atacado en sus propios cuarteles. Los oficiales eran víctimas de agresiones en pleno día. Los ministros sucesivos abdicaban ante la revolución inminente, fomentada por el dinero de Moscú. Ancona, Liborino, Milán, Bolonia, veían desarrollarse sangrientos trastornos en los cuales los muertos se contaban por decenas y los heridos por centenares. La anarquía engendró al César. De la derecha a la izquierda todo el mundo se persuadió de que cualquier solución parlamentaria estaría destinada al fracaso. ¿Cómo hubiera actuado el doctor Aquilino Villegas ante el panorama descrito? ¿Los métodos democráticos hubieran sido posibles para contener el caos?

En Alemania sucedió exactamente lo mismo. La situación era más grave todavía que en Italia porque la social-democracia amenazaba convertir a los herederos de Wotan en esclavos rojos del Kremlin; a la Alemania de Goethe y de Hégel en una colonia rusa. Hitler no solamente salvó a Alemania, sino toda la civilización occidental. El fascismo y el nacional-socialismo constituyen hoy los contrafuertes de la cultura europea contra la barbarie asiática. El doctor Villegas dice que una dictadura blanca es tan dictadura como la roja. Deploramos no com-

partir sus opiniones. No hay qué confundir a los incendiarios con el cuerpo de bomberos, ni la gangrena con la cirugía.

España es otro ejemplo que no podemos olvidar. Los partidos de derecha trataron de actuar allí civilmente; fueron a las elecciones, concurrieron al parlamento. Pero el comunismo continuó haciendo medrosos avances. Donde fracasaron Maura, Gil Robles, Cambó, empieza a triunfar el general Franco, cuyo primer acto al tomar posesión del gobierno en Burgos fue proclamar el estado corporativo, y provisionalmente, la dictadura militar. Todos los elementos civiles de la derecha se sometieron al jefe de los legionarios de Marruecos, convencidos de que ya nada había que hacer. Y es el propio doctor Villegas, quien saluda en los rebeldes a los restauradores de la Hispanidad. Escuchemos sus palabras textuales:

"La gran mayoría de los pueblos es suave, inofensiva y buena; entregada a la tarea cotidiana de trabajar para vivir no quiere líos ni pendencias, y se entrega al más fuerte, o mejor al más atrevido. España estaba en esas condiciones hace tres meses. Y a ésto se agregaba la profunda y criminal debilidad de los conductores de lo que llaman revolución, los Azañas, los Prietos, los Alvarez del Vayo, los Martínez Barrios, por citar cuatro nombres, retóricos criminales porque su vanidad personal prefiere el caos de su patria al triunfo de sus adversarios políticos hacia la derecha. Y llegada la hora, Azaña y sus comilitones, por vanidad y por carencia moral, cometieron la infamia de entregar las armas a la canalla, con el nombre de milicias. A la canalla; porque seguramente en la competencia el obrero honesto será dominado por el maleante tarado y sin escrúpulos. Esta es la condición humana. Y hoy balancea los asesinatos la pobre Madre Patria con una cifra de CIEN MIL MUERTOS, fuera de los campos de batalla, y una montaña de horror y de dolor se levanta sobre cada uno de esos cien mil hogares. Todo esto por la vanidad de cuatro retóricos que abusaron inconscientemente, como quien riega una droga inofensiva de la terrible palabra: REVOLUCION. Ya tiene el señor Azaña su revolución en su casa. Que escape la vida, si puede; y Dios quiera que si tiene hermanas, o

esposa e hijas, que logre escapar el honor de aquellas damas. Algo supieron de ellos las desdichadas hermanas del vicecónsul del Uruguay, fusiladas hace cuatro días por los salvadores del pueblo. Pero en España había empollado una "Defensa": el ejército. Allí existían hombres educados en el orden, en el honor, en la disciplina, en el sentido hondo de la bandera y de la patria, y estalló la defensa; y lo que no supo darle el pueblo conducido por su ejército.

"Y volvamos los ojos hacia nuestra patria. Ella dará de sí antitoxinas, DEFENSAS contra la fiebre pútrida cuando se presente bajo la forma de una minoría violenta sin escrúpulos".

Las antitoxinas que espera el doctor Villegas existen en Colombia y llevan el nombre de derechas. El derechismo constituye la fagocitósis de la sociedad. A medida que medran el ala izquierda del liberalismo y las fuerzas comunistas, está bien que prospere el ala derecha de nuestro partido, para que en la hora definitiva la sociedad no esté desguarnecida.

Mejor sería que nada de esto existiera, pero el error es no crear diques cuando la inundación se adivina en el horizonte.

Ningún partido político puede rechazar en abstracto la dictadura. Lo peligroso para una nación es caer en manos de la demagogia, porque entonces la dictadura se hace necesaria, con el beneplácito de republicanos y demócratas. Todos los regímenes de libertad han establecido un período de dictadura legal para hacer frente a ciertas crisis patológicas agudas que podrían poner en peligro la misma libertad y las instituciones sobre las cuales, normalmente se fundamenta. Roma nos ofrece admirables ejemplos de esta terapéutica política. Cuando los galos invaden a Roma y amenazan el capitolio, el senado se reconoce incapaz para encarrilar la situación y nombra a Camilo dictador, que salva y liberta a Roma Ante la conspiración de Catilina, Marco Tulio es investido de poderes supremos. El Maquiavelo republicano de los primeros tiempos, en su "Discurso sobre la primera década de Tito Livio", habla extensamente de la dictadura legal de la república romana, en términos de una actualidad todavía sorprendente:

"Han censurado algunos escritores a los romanos que idearon y crearon la dictadura por estimarla cosa ocasionada, andando el tiempo, a la tiranía en Roma, alegando que el primer tirano que en ella hubo ejerció su poder con título de dictador, y diciendo que, de no existir la dictadura, con ningún título público hubiera ejercido César su tiranía.

"No meditaron bien esta opinión los que la expusieron, ni los que después ligeramente la han creído, porque ni el nombre ni el cargo, de dictador, hizo sierva a Roma, sino la autoridad de que se apoderaron algunos para perpetuarse en el poder. De no ser conocido allí el nombre de dictador, hubieran tomado cualquier otro, porque la fuerza, fácilmente adquiere denominación, pero ésta no da la fuerza; y es notorio que el dictador, cuando llegó a serlo por legal nombramiento y no por autoridad propia, siempre hizo bien a Roma. Perjudican a las repúblicas las magistraturas creadas y la autoridad concedida por procedimientos extraordinarios; pero no si lo han sido conforme a las leyes.

"La república en que falta una institución de esta clase se ve obligada a perecer por conservar sus procedimientos constitucionales o a salvarse quebrantándolos, y en un estado bien regido no debe ocurrir cosa que haga indispensable acudir a remedios extraordinarios porque aun cuando éstos produjeran buen resultado, el ejemplo será peligroso. La costumbre de quebrantar la constitución para hacer el bien conduciría a quebrantarla con tal pretexto, para, en realidad, hacer mal. Jamás será pues, perfecta la organización de una república si sus leyes no proveen a todo, fijando el remedio para cualquier peligro y el modo de aplicarlo. Termino diciendo que las repúblicas que no tienen el recurso de la dictadura o de otra idéntica institución, siempre las arruinará cualquier grave accidente".

El señor Caro, que era un clásico, formado en Tácito, en Salustio, en Tito Livio, en Maquiavelo, estableció en la constitución de 1.886, que es propiamente el programa del partido conservador, dos formas de dictadura legal: las facultades extraordinarias y la turbación del orden público. Una de ellas está contenida en el artículo ciento veintiuno de la constitución, que a la letra dice. en su texto original:

"En los casos de guerra exterior, o de conmoción interior, podrá el presidente, previa audiencia del consejo de estado y con la firma de todos los ministros, declarar turbado el orden público y en estado de sitio toda la república o parte de ella.

"Mediante tal declaración quedará el presidente investido de las facultades que le confieran las leyes, y, en su defecto, de las que le da el derecho de gentes para defender los derechos de la nación o reprimir el alzamiento. Las medidas extraordinarias o decretos de carácter provisional legislativo que, dentro de dichos límites, dicte el presidente, serán obligatorios siempre que lleven la firma de todos los ministros.

"El gobierno declarará restablecido el orden público luego que haya cesado la perturbación o el peligro exterior; pasará al congreso una exposición motivada de sus providencias. Serán responsables cualesquiera autoridades por los abusos que hubieren cometido en el ejercicio de sus facultades extraordinarias".

El partido liberal no se ha atrevido ni se atreverá a derogar estos artículos, que garantizan la defensa nacional frente a todos los peligros.

Se trata, por otra parte, de una cuestión teórica. Los derechistas de Colombia no son ni mussolinianos, ni hitleristas, entre otros motivos porque en Colombia no existen ni Mussolini ni Hitler. Su programa, todavía confuso, se inspira en el pensamiento político del Libertador y en la doctrina social de la Iglesia. La juventud de la derecha no es ni "musgo, ni cardo, ni muérdago, ni parásita", como lo declara el doctor Aquilino Villegas, sino la savia renovadora de nuestro partido y un claro orgullo intelectual de nuestra causa. Nosotros que empezamos nuestra carrera política excomulgados por el señor Suárez del partido conservador, porque no compartíamos todas sus ilusiones, no obraríamos lógicamente escribiendo anatemas contra los que vienen. No tenemos ni autoridad, ni temperamento para realizarlo. Carlos Echeverri Herrera, es un espíritu reflexivo, estudioso, de la mejor alcurnia intelectual y moral. En estas mismas columnas ha proclamado su fidelidad a las directivas conservadoras. Joaquín Estrada Monsalve se limitó en "La Patria", a publicar un ensayo imparcial, docu-

mentado, objetivo, sobre el fascismo. En ninguna parte se declaró fascista. Al contrario, le hizo muy penetrantes críticas al estado mussoliniano. Estrada Monsalve es una de las figuras literarias y políticas más seductoras en la juventud del país.

Si el partido conservador expulsa de su seno a la juventud universitaria que se ha matriculado en las derechas, habrá escrito su sentencia de muerte. Allí están todas nuestras reservas del mañana, los que recogerán la antorcha cuando vacile en nuestras manos o nos la arrebate la muerte. Siempre hemos leído con una profunda emoción estas palabras, casi las últimas, de nuestro Jacques Bainville:

"Un gobierno o un régimen que no se interesa en conquistar las simpatías de la juventud y especialmente de la juventud intelectual, está perdido. Si no tiene éxito en atraerse ese sector, quiere decir que se debilita periódicamente.

"Eso se decía del segundo imperio, a quien el sufragio universal le dió el "sí", mientra el Barrio Latino le decía "no".

"La imbecilidad suprema consiste en colocarse en conflicto con la juventud, porque contra ella ni la fuerza ni la violencia producen resultado.

"La juventud no teme a la lucha, al contrario la busca, la persigue. Y, además, posee el culto de las ideas. ¿Qué puede hacerse cuando no puede halagársela?

"Estamos en la época del heroísmo y no en la de los placeres. Henri Massis cuenta que él le citó a Mussolini esta frase de un poeta, que el "Duce escuchó con marcada complacencia. En efecto: fue a los acordes de "Giovenneza" que él sublevó a Italia.

"Que sea usted gobierno o no, escritor o simple fabricante de jabones, procure escoger su clientela no entre los viejos gotosos, que pronto mueren, sino entre las generaciones del mañana".

El único servicio que le hemos prestado nosotros al partido conservador y del cual nos sentimos plenamente orgullosos, es haber contribuído a la formación de sus nuevas juventudes, abriéndoles ampliamente las puertas de los periódicos que hemos dirigido en diversas épocas, y estimulándolos, sin ningún género de egoísmo. De ese

pasado no renegaremos nunca. La presente generación de derechas nos inspira un profundo respeto porque no llegó a nuestro campamento en la hora de la victoria, cuando teníamos dádivas y honores para repartir, sino en la hora del vencimiento, cuando soplaba el viento trágico de la derrota. Su posición moral es invulnerable.

Nuestra bandera como periodistas conservadores y como políticos, es ésta: NO HAY ENEMIGOS A LA DERECHA. Hoy constituímos por encima de todo, un cartel de oposición. Con nuestro voto o con nuestro concurso no se podrá contar nunca para romper el frente contrarevolucionario del país. Cuando Jesús iba a ser entregado a los judíos, entre una gran multitud de gentes armadas con lanzas y con palos, Pedro no pudo contenerse y desenvainando la espada hirió a un criado del príncipe de los sacerdotes, cortándole una oreja. Entonces Jesús le dijo:

"No ves Pedro cómo estamos, y tú cortando orejas?"

Más o menos esta fue la exposición que hicimos en el seno de la convención conservadora alcanzando la aprobación unánime de todos los delegados. El nuevo directorio fue elegido con este criterio. Allí están Francisco José Ocampo que sigue con generoso afán la nueva política conservadora; Gilberto Alzate Avendaño el primer capitán de las derechas jóvenes; y Fernando Londoño y Londoño, que acaba de fijar su posición en estas palabras magistrales que definen también la nuestra:

"El movimiento derechista tiende a darle vitalidad y aliento al partido que bajo la dirección de Laureano Gómez trata de salvar a la república. Oficialmente no pertenezco a las derechas, pero miro con simpatía su movilización, porque nuestra causa necesita hoy más que nunca de la juventud". Así puntualizamos nuestra posición como hombres de partido. Pero el caso que nos ha planteado el doctor Villegas es muy distinto. Para nosotros un periódico no puede ser una capilla cerrada. En "La Patria" y en todo periódico que nos tenga a nosotros a su cabeza, ha escrito y escribirá el que tenga algo para decir y sepa decirlo. Nosotros, que hemos publicado artículos de liberales tan destacados como Arias Trujillo, Luis Cano, Jorge Luis Vargas, Alejandro López, no podemos cerrarles la puerta a las derechas conservado-

ras. Eso nunca. No podemos asumir la posición de amos insolentes ni implantar en esta casa los métodos fascistas cuya más odiosa manifestación es la inteligencia dirigida.

Muchas veces hemos editado en estas columnas artículos contra el director de este diario. Un periódico es, más que todo, un servicio público. La orientación intelectual y política se marca en las columnas editoriales, y ningún conservador tendría derecho para descalificarnos. De todos los contornos del país se ve este contrafuerte de la tradición de Colombia.

Por lo demás en "El Siglo", colaboran Carlos Ariel Gutiérrez, Guillermo Camacho Montoya y César Garrido, derechistas integrales; "El Colombiano" de Medellín es generosa palestra del "Haz Godo"; en "La Tradición", que orienta un conservador demócrata tan definido como Gonzalo Restrepo Jaramillo, escriben los derechistas de Antioquia; "Claridad" y "La Razón" de Popayán, "El Diario del Pacífico" de Cali, "El Deber" de Bucaramanga, siguen nuestras línea de conducta. En "El Tiempo" de Bogotá colaboran intelectuales de todos los partidos; nosotros mismos hemos escrito allí sin limitación alguna.

Lamentamos en lo más hondo de nuestro corazón y de nuestro espíritu, este incidente con Aquilino Villegas, a quien veneramos por su inteligencia, y todavía más, por su carácter. Esta casa será siempre suya y aquí lo esperamos con las luces encendidas.

FIN

Se acabó de imprimir este libro en Manizales,
el día 20 de Octubre de 1937.